

DIORAMA

Ana Teresa Torres

El reino de la alegría

1.

Se sentó en su lugar preferido, el sillón verde frente a la mesa redonda, junto a la ventana desde la que podía verse un poste de luz que no alumbraba porque hacía mucho tiempo que el bombillo estaba fundido. Le gustaba la sombra del atardecer en la esquina solitaria y esperar a que regresara Samid, verla recorrer la acera, entrar en el edificio, abrir la puerta y decir, ¿ya llegaste, Dimas? Entonces comentaban las anécdotas del trabajo, que casi siempre eran las mismas, pero aquel día fue distinto. Aquel día Dimas tenía cosas nuevas que contar.

-Hay problemas con el supervisor.

-¿Qué clase de problemas?

-No está conforme con mis reseñas.

-¿Cómo que no está conforme?, tú eres el mejor reseñador del instituto, y él lo sabe.

Dimas trabajaba en el Instituto Nacional de la Reseña desde hacía más de veinte años. Había recibido varios premios, era ejemplo para las nuevas generaciones y el más reconocido por sus colegas. Su amigo Cosme siempre lo decía, “las reseñas de Dimas son las mejores, yo quisiera reseñar tan bien como él”. Pero los tiempos habían cambiado, el supervisor le había advertido que los directores no estaban contentos con su trabajo y no quería verse obligado a despedirlo.

-Despedirme, ¿por qué? Mis reseñas están al día, nunca retraso las entregas, y creo que soy el que produce el mayor número de ellas.

-No se trata de eso.

-Entonces, ¿de qué se trata?

-De lo que escribes, Dimas, de lo que escribes. Es todo, cómo decirte, muy siniestro, muy lúgubre, muy triste. Ese tono no es el que necesitamos. Queremos algo más optimista, más alegre, más esperanzador.

Dimas se echó a reír. -No puedo creer que me estás hablando en serio. Los libros dicen lo que dicen. Yo no puedo hacerlos optimistas, alegres o esperanzadores, si no lo son.

-Entonces cambia de libros. Debe haber otros más apropiados, ¿no crees?

-Siempre hemos tenido plena libertad para escoger los libros que reseñamos, yo selecciono lo mejor de la novela, del pensamiento, de la poesía. ¿Quieres que me ponga a reseñar libros de autoayuda?

-En el Reino de la Alegría no se necesitan libros de autoayuda porque el Ministerio de la Felicidad vela por todos.

-De verdad, no entiendo qué se espera de mí.

-Se espera que reseñes libros felices, es muy fácil de entender.

En el Reino de la Alegría se había creado un Ministerio de la Felicidad y también una ley contra el odio. El odio estaba castigado con pena de cárcel, si nadie odiaba a nadie no podían existir motivos de infelicidad porque la mayor desgracia era el odio de unos contra otros, y si el odio estaba prohibido la felicidad era general.

Samid guardó silencio. No sabía qué decir, ni qué pensar. Sacó una botella del aparador y sirvió dos copas.

-¿Crees que bebiendo se nos ocurrirá algo?

-Se me ocurre lo que estoy haciendo, beber un poco, por cierto, no es mucho lo que nos queda. Voy a preparar la cena.

- No tengo hambre.

- Igual hay que comer.

Después vieron un rato una película. Por la mañana Dimas salió hacia el Instituto Nacional de la Reseña y Samid hacia el Instituto Nacional del Archivo. Ambos habían ingresado en los prestigiosos institutos nacionales después de ser profesores en la universidad. Se besaron suavemente y al despedirse Samid le dijo al oído, “recuerda, tenemos que pensar en lo nuestro”. Lo primero que hizo al llegar al instituto fue buscar a Cosme, quería contarle lo que le había dicho el supervisor.

-¿Ya lo sabías? -Dimas se quedó sorprendido-. ¿Y por qué no me lo dijiste?

-No quería preocuparte.

-Ahora sí que estoy preocupado. ¿Lo sabe alguien más?

-Creo que lo sabe todo el mundo.

-Todos menos yo.

Dimas se sentía traicionado. Su mejor amigo, su colega de toda la vida, le había ocultado la situación en la que se encontraba.

-El asunto es grave, pero tiene solución. Lo único que debes hacer es escribir las reseñas tal como ellos las quieren, optimistas, alegres, esperanzadoras. Yo vengo haciéndolo así y no se ha presentado ningún problema, es solo cuestión de cambiar la perspectiva.

- ¿Quieres que cambie la perspectiva de Akhmátova, o de Mandelstam, o de Bunin?

- Por favor, Dimas, deja a esos rusos en paz.

-Muy bien, entonces le cambio la perspectiva a Alejandra Pizarnik, o a Thomas Bernhard o a Rafael Cadenas.

-Estoy tratando de ayudarte. Trata de entender.

-O mejor a Celan, esa sí que es una buena idea, darle una perspectiva optimista a Celan.

-Te estás tomando a broma un asunto muy serio. Y además, sabes muy bien que los únicos que leen las reseñas son los supervisores. Nadie más las lee, simplemente pasan del Instituto Nacional de la Reseña al Instituto Nacional del Archivo, donde tampoco las leen, solo las archivan. Pregúntale a Samid.

-O una perspectiva esperanzadora de Ismaíl Kadaré, eso es, cómo no se me había ocurrido.

-Está bien, Dimas, ya veo que no es un buen momento para hablar de esto. Discúlpame por insistir.

-No, discúlpame tú a mí. Comprendo que tienes razón, solo que no estoy preparado, sabía que este día llegaría y he intentado todo el tiempo no pensar en ello, pero ahora es inevitable.

-Claro que es evitable, necesitamos estos míseros empleos para subsistir y no los vamos a perder por una cuestión de perspectiva. Te voy a decir cómo lo he solucionado yo. Escribo primero la reseña como siempre, pensando en lo que el autor quiere decir, luego la leo y subrayo todo lo que suene pesimista, lúgubre, triste. Y entonces le doy la vuelta. Es cuestión de buscar el antónimo del sentido, si es que tal cosa existe.

-Te entiendo perfectamente. Escribes lo contrario.

-Exacto. ¿Sabes de dónde saque la idea?, de una película argentina que vi hace tiempo, no recuerdo el título ahora,

contaba la vida de una niña que vivía escondida con su madre a la que perseguían los militares, en el colegio le pusieron una tarea, que escribiera una historia, cualquier historia. La niña escribió lo que le estaba pasando a ella y a sus padres, y cuando la maestra lo leyó se asustó mucho, era una buena persona, llamó a la mamá y le explicó que esa historia le podía costar muy caro. Entonces ayudó a su hija a escribir otra versión, la misma pero al revés, la familia apoyaba a los militares y los perseguían los guerrilleros, y al final hasta recibió un premio.

Cuando regresó a su casa le preguntó a Samid:

-Dime una cosa, ¿en tu instituto leen las reseñas que nosotros mandamos?

-No que yo sepa.

-Eso es lo que dice Cosme.

-¿Y qué más dice?

-Dice que para solucionar mi situación debo cambiar la perspectiva.

-¿Y eso cómo se hace?

-No es demasiado difícil pero no sé si quiero hacerlo.

-El tema es que si no lo haces vas a perder ese trabajo. Está claro que con mi sueldo no nos alcanza, además, cuando alguien pierde la confianza de sus superiores generalmente también dan por desconfiables a sus familiares, y si yo llego a perder el mío...

-Si los dos perdemos nuestros trabajos pasamos al Departamento de Personas Inservibles y allí moriríamos en poco tiempo. Menos mal que no tenemos hijos, nuestros padres

ya fallecieron y nuestros hermanos han abandonado el reino. Solo tenemos que preocuparnos por nosotros mismos.

Sobre su escritorio se amontonaban los libros pendientes y la pantalla de la computadora seguía mostrando la página en blanco. Al intentar convertir las reseñas tristes en alegres, Dimas se iba sintiendo progresivamente deprimido hasta entrar en un estado melancólico que lo alejaba del mundo. Lo único que deseaba era sentarse en su sillón, el sillón verde frente a la mesa redonda, junto a la ventana desde la que podía verse el poste de luz. Le comentó sus cavilaciones a Cosme en el receso de la mañana.

-Eso que sientes es un problema que ya los supervisores han detectado. El ritmo de trabajo ha disminuido considerablemente, parece que la mayoría de los reseñadores experimenta un estado de ánimo similar.

-¿Y tú no?

-Yo vengo acostumbrándome a la idea desde hace tiempo y muy poco a poco, de esa manera he logrado resistir mejor. ¿Conoces el libro de Bandi?

Dimas no lo había leído.

-Es el seudónimo de un escritor de Corea del Norte que logró sacarlo clandestinamente, no hay muchos detalles sobre cómo lo hizo para evitar incriminar a las personas que lo ayudaron. Son varias historias y fue publicado en 2017 con el título *La acusación* en una editorial de Barcelona. Te lo puedo prestar.

-¿Hiciste la reseña?

-La escribí, pero no me atreví a entregarla. Luego te paso algo por mensaje, pero bórralo inmediatamente.

Era un fragmento de una historia titulada “Tan cerca, tan lejos”. No quiso borrarla hasta que Samid la pudiera leer.

Quería llorar con toda su rabia, quería golpear el suelo y agitar sus puños contra el cielo. Pero en este país incluso llorar está considerado un acto de sedición y podía suponer una condena a muerte. La ley exige que la gente sonría pese a sus sufrimientos y cada uno debe tragarse solo su amargura.

-¿Qué piensas?

-Hace tiempo que no pienso nada, solo en lo nuestro.

-Creo que mañana no voy al instituto, llamaré a decir que estoy enfermo.

-Está bien, necesitas descansar, todo esto es muy pesado. Ahora tener que escribir reseñas alegres de libros tristes, lo que faltaba.

-¿A ti no te han pedido nada distinto?

-Por el momento no, me limito a archivar los documentos y nadie me ha ordenado nada nuevo, pero en algún momento ocurrirá. Estoy segura.

-Es lo más probable.

-¿Sabes qué?, voy a hacer lo mismo que tú, llamaré a decir que estoy enferma.

Entró un mensaje de Cosme, “¿ya lo borraste?”. “Tranquilo”, contestó Dimas.

Al día siguiente sonó el teléfono. - ¿Qué te pasa?, no viniste hoy.

-Me siento mal, avisé esta mañana.

-En este momento te tienes que sentir bien, es imprescindible que te presentes aquí mañana, a primera hora como siempre.

-¿Qué es eso tan importante que va a ocurrir mañana a primera hora?

-Paso en un rato por tu casa.

Dimas se sentó en su sillón preferido, frente a la mesa redonda junto a la ventana. Vio venir a Cosme y se levantó a abrir la puerta.

-¿Quieres algo?

-Un café está bien, o no, mejor un whisky.

-Aquí hace tiempo que se acabó el whisky -se escuchó decir a Samid -, te puedo ofrecer una cerveza.

-Voy al grano -dijo Cosme destapando la cerveza-; el tema se ha complicado. Como te dije, muchos colegas han ido entrando en un modo depresivo que han tratado de ocultar pero que ya resulta evidente. No es uno ni dos, son casi todos, somos, mejor dicho. El asunto ha pasado a las instancias superiores, todo esto lo sé porque tengo una informante, Lili, nos conocemos desde niños y ella de vez en cuando me cuenta cosas.

Mi padre ayudó mucho al suyo en otros tiempos, y ella me lo quiere agradecer, una buena persona.

-Cosme, por favor, no te vayas por las ramas.

-Muy bien, no quieres detalles, pues no te doy detalles. Mañana tendrá lugar la apertura del curso de instrucción política de la felicidad y todos los reseñadores estamos obligados a asistir. No puedes faltar.

-¿De verdad estás hablando en serio?, -intervino Samid.

-¡Como para tomarlo a broma! Esta será la primera clase, pero la instrucción continuará hasta que todos los reseñadores hayan demostrado haber aprobado la materia; se harán exámenes periódicos, además de la observación y control, por supuesto.

-La observación y control, ¿de qué?

-La observación de los reseñadores para analizar si su estado de ánimo ha mejorado, y el control de sus reseñas para comprobar si han tomado la perspectiva adecuada.

-Es demasiado absurdo.

-Absurdo o no, Samid, el curso empieza mañana a las 8 am y es imprescindible que Dimas asista. ¿Y sabes por qué? Porque él es el encargado de dar la clase.

Dimas había permanecido en silencio, ensimismado en el poste que no se encendería por la noche, pero cuando Cosme terminó de contestar las preguntas de Samid, su atención volvió a la conversación.

-¿Quién dices que va a dar la clase?

-Tú, Dimas, tú mismo.

-¿No será que te has vuelto loco, o que todos estamos locos?

-No lo sé, lo único cierto es que el supervisor dijo muy claramente tu nombre, insistió en que habías sido elegido en atención a tus méritos profesionales, y que la primera clase te correspondía a ti por ser el mejor reseñador del Instituto Nacional de la Reseña.

- No lo hagas, Dimas, es una trampa.

-No tiene escapatoria, Samid, no puede dejar de hacerlo. No puede rechazar el honor de ser el primer instructor de las reseñas felices, la consecuencia sería el despido inmediato, probablemente sin jubilación.

Los tres permanecieron en silencio. En una obra de teatro la iluminación hubiera disminuido hasta dejar la escena a oscuras, pero no era una obra de teatro.

-¿Te quedas a comer con nosotros?

-Quédate, voy a necesitar ayuda.

Pasaron casi toda la noche sin dormir y por la mañana Dimas estaba listo para dar su clase. Dudaba si había logrado su propósito, es decir, transformar lo pesimista y desesperanzador en optimista y esperanzado. Cosme lo tranquilizaba asegurándole que el resultado era bastante bueno, quizás con más tiempo hubiera logrado un producto más refinado, pero para ser la primera vez quedaba muy aceptable. Al llegar, saludaron a los supervisores y directivos, casi todos habían sido puntuales, lo que no dejaba de ser inusual, y el acto comenzó a la hora prevista con las palabras del director.

-Hoy estamos reunidos para dar inicio a nuestro programa de instrucción de la felicidad, en el que nosotros, como profesionales del Instituto Nacional de la Reseña, tenemos una misión fundamental que cumplir. Nuestro pueblo ha decidido ser feliz y somos nosotros, los que divulgamos el contenido de los libros en el reino, los que estamos obligados a servir con nuestro mejor esfuerzo a su fin máximo: la alegría absoluta. Es decir, completar la gran obra de nuestro proyecto, construir el Reino de la Alegría para siempre, pero nuestra alegría, compañeros, no está asegurada porque nuestros enemigos no descansan en su finalidad perversa de destruirla, por eso, en este instituto, ponemos nuestro grano de arena para alcanzar la playa de la felicidad plena.

Continuó por un buen rato y Dimas dejó de oírlo, estaba nervioso y revisaba sus apuntes para estar seguro de algo imposible, que su clase fuera un éxito. Cosme, sentado en otra esquina de la sala, le enviaba mensajes tranquilizadores. Fue llamado al estrado, se acomodó la corbata, aproximó el micrófono, aclaró la voz, saludó a los presentes, agradeció el honor de haber sido el primer convocado y procedió a leer su escrito.

-No daré el título del libro que he escogido, ni tampoco el nombre del autor, porque inevitablemente esa información desvía el propósito clave de esta clase. Quiero que ustedes escuchen sin ningún prejuicio lo que voy a exponer a continuación, y para ello es necesario que no se siembren opiniones preconcebidas y que todos puedan atender

exclusivamente al texto sin pensar en quién lo escribió, cuándo, y dónde. Resumen para ustedes algunos episodios.

Poco después del incendio Diorama comenzó a sufrir una sequía abominable que arruinaba las cosechas, único medio de vida de la población. Muchos de ellos abandonaron el lugar y se perdieron para siempre en ciudades desconocidas, pero otros, fieles a su tierra, decidieron emigrar a la región de las cumbres en donde la lluvia era casi constante durante, al menos, ocho meses del año. El éxodo desalojó la antigua población y produjo una nueva, la que después se conoció como Nocturama,

-Pueden ver en este fragmento cómo el autor describe una situación de calamidad que obliga a la emigración de los habitantes, pero al mismo tiempo destaca el valor positivo del éxodo que dará origen a un renacimiento y revierte así la situación. Sigamos.

No era un pueblo feliz, como ninguno lo es. Ni justo, como pocos lo son. Vivía sus ciclos en medio de dificultades y experimentaba épocas de bonanza y otras de pobreza. Quizá lo inesperado de su origen lo inclinaba hacia la utopía, pero también a la nostalgia de los tiempos guerreros que ellos mismos habían decidido establecer como sus antepasados.

-Aquí comienza a plantearse un tema fundamental de la novela; inmerso en un clima oscuro y difícil surge por primera vez lo que será la semilla de la alegría de sus habitantes: la nostalgia de su pasado glorioso que dará origen a la utopía que los conducirá a la felicidad. Como sabemos, muchos pensadores han coincidido en que el utopismo es una condición indispensable para el avance de la humanidad.

Ciertamente el exilio de Diorama a Nocturama era la gloria mayor con la que contaban como pueblo, pero un vacío muy notable se presentaba en su leyenda: quién era el héroe del éxodo. Una gesta emancipatoria requería de un nombre, mejor dicho, de un hombre.

Pasaron dos meses y, finalmente, el héroe apareció en la plaza central de Nocturama una noche de invierno en la que todos los habitantes estaban reclusos en sus casas. Aquella noche había caído muy temprano, ya poco después de las tres de la tarde la espesura de la neblina impedía distinguir a más de un metro de distancia. Sólo algunos habituales del Nocturama Pool Bar seguían bebiendo y hablando estupideces cuando alguien golpeó la ventana. El héroe estaba allí, detrás de los cristales del Nocturama Pool Bar, intentando llamar la atención de los concurrentes. Los pocos que todavía jugaban cartas o pool se sobresaltaron y quedaron estupefactos ante su aparición. En realidad era un hombre normal, no tenía ningún rasgo que lo

diferenciara de modo llamativo; de estatura mediana, facciones regulares, un hombre de aspecto ordinario.

-Este es, sin duda, el episodio que resume la esencia del argumento: el encuentro del héroe con su pueblo. Esperaban una aparición sorprendente, y quien los buscaba -observen que el héroe se hace notar con el simple gesto de golpear los cristales de la ventana de un modesto lugar recreativo para los vecinos-, era un hombre común, un hombre como ellos, es decir, un hombre surgido del pueblo.

Mientras tanto una certeza era evidente para todos: la comida escaseaba y la verdad no podía ignorarse por más tiempo. Fue necesario instaurar unos contenedores colectivos para almacenar los alimentos y evitar así el mercado informal que dejaba a los más débiles sometidos a la privación. Se repartieron libretas de consumo de modo tal que todas las familias recibieran lo indispensable, sin que esta medida solucionara la crisis. Los nocturnos no abandonaron la constante vigilia. El héroe sin estatua era su única oportunidad para consagrar su origen y recordarlo por milenios. Ésa era la razón que los impulsaba a esperar noche tras noche a que el héroe revelara su nombre. En cada pieza oratoria lo prometía, y a la siguiente ocasión la promesa era pospuesta. Se trataba, entonces, de resistir. Resistir maltrechos hasta tanto el héroe proclamara su nombre

y pudiera inscribirse en una estatua como fundador de Nocturama.

-La calamidad amenaza con arrasar a Nocturama y, sin embargo, la fuerza de la esperanza los mantiene unidos, “resistir maltrechos”, qué mejor expresión de la alegría de un pueblo firmemente unido en el camino que les marca su héroe -comentó Dimas.

Las campanas de Nocturama redoblaron insistentes hasta que la población entera se hubo despertado. “Ha llegado el héroe”, gritaban los ciudadanos tan conmovidos que no podían ni creerse a sí mismos. Todo Nocturama se volcó a la calle y aguantó bajo la helada el primer discurso del héroe sin estatua, a quien montaron en una tarima improvisada en la plaza central. Fue una larga pieza llena de circunloquios y citas alusivas a la historia nocturana la que escucharon pasmados mientras el frío resbalaba por los abrigos y los gorros con que se protegían de la inclemencia. Tampoco, es necesario decirlo, la gente estaba tan pendiente de tales detalles. Era la sorpresa, la felicidad, el porvenir, la gloria del pasado, el conjunto que aplaudían.

-Concluyo aquí, apreciados colegas. Creo que habrán podido disfrutar de una novela que muestra muy claramente cómo, a pesar de las penurias, los pueblos encuentran la felicidad si asumen la fuerza heroica que los guía.

El auditorio prorrumpió en aplausos y el director dijo que había sido un gran acierto comenzar el curso con él. Dimas agradeció los elogios, recogió sus papeles y se dispuso a bajar del estrado. Inesperadamente alguien alzó la mano para pedir la palabra:

-Creo que he leído esa novela, su título es *Nocturama*. La autora es una mujer, no recuerdo el nombre. Siempre pasa que nos olvidamos de las mujeres -se rió-, es una broma, por supuesto. Lo que quiero comentar es que en su momento no tuvo demasiado éxito, y en mi opinión ello se debió a que su tono lúgubre desanimaba a los lectores. Por eso me sorprende que ahora Dimas la proponga como un ejemplo de felicidad y esperanza.

Cosme intervino a tiempo. -Muy interesante el comentario del compañero, hagamos un seminario con los resultados de las distintas clases de este curso de instrucción política de la felicidad. En otro momento, claro está.

Regresó derrumbado. Mientras Cosme lo ayudaba a subir las escaleras escucharon los gritos de una mujer y una niña que se habían quedado encerrado en el ascensor.

-Señora, no se suba en el ascensor cuando hay temporada de apagones, -dijo Cosme cuando lograron sacarlas.

-Vivo en el último piso y tengo setenta y cinco años.

-Como quiera, pues.

Al entrar en el apartamento Samid los recibió en lágrimas.

-¿Qué te pasa?

-He estado muy nerviosa esperando que te comunicaras conmigo.

-No podía hacerlo.

Samid y Dimas se abrazaron. -Quédate tranquila, todo salió bien, mucho mejor de lo esperado.

-¿Crees que no sospechan nada?

-Estoy seguro, conozco a ese supervisor, estaba contentísimo, lo único malo es que a lo mejor quiere que Dimas repita la clase.

-No lo haré, te lo aseguro, no lo haré. El costo emocional es demasiado grande.

-Fue un mal chiste, nada más. Es poco probable que ocurra, la política es que cada reseñador se encargue de una clase de modo de quebrarnos a todos poco a poco.

-Cosme, he dedicado mi vida a los libros, a leerlos, a tratar de entenderlos para compartir con otros la belleza o la sabiduría que contienen, y este coño de su madre me ha obligado a representar una parodia de mi oficio, del oficio que considero sagrado.

-No te pongas dramático. Es un oficio muy hermoso, pero tampoco sagrado. Nada es sagrado.

-Y él lo sabe, estoy seguro, lo sabe y quiere humillarnos, goza haciéndolo.

-Él también está humillado, él también alguna vez pensó que su trabajo era hermoso y útil -interrumpió Samid-, incluso sagrado.

-Me importa un carajo lo que él haya pensado, ahora o antes. Me importa un carajo que él se sienta humillado. Lo único que sé es que él me humilla a mí.

-A todos.

-A todos y a mí.

Cosme hizo ademán de levantarse. -Estamos muy cansados y es tarde.

-Discúlpame, no mereces recibir el veneno que llevo adentro, más bien tendría que estar agradeciéndote que me hayas ayudado a montar esto, no sé cómo llamarlo, la clase.

-Hace años reseñé *La lección*. Quizás venía preparándome para este día.

-El profesor de Ionesco mata a la alumna. Aquí ha sido al revés.

2.

- ¿Qué dices?, no te escucho -se oyó la voz de Samid.

- “Empecé a encontrar en mí la fuerza necesaria para afrontar la desgracia con sangre fría. Para disimular mi emoción, empecé a darme cuenta de que la devastación y la catástrofe son un espectáculo de una belleza exquisita” -repitió Dimas.

Samid se asomó en pijama. -Hagamos un buen desayuno, por lo menos. Un desayuno como los de antes, cuando nos quedábamos todo el fin de semana en la cama.

Una vez más Dimas dijo, “empecé a encontrar en mí la fuerza necesaria para afrontar la desgracia con sangre fría”.

-Me habías asustado, no me di cuenta de que estabas leyendo.

-No estoy leyendo, me lo aprendí de memoria. Puedo repetirlo todas las veces que quiera. “Para disimular mi emoción, empecé a darme cuenta de que la devastación y la catástrofe son un espectáculo de una belleza exquisita”.

- ¿De quién es?

-Bohumil Hrabal. Deberías leerlo. *Una soledad demasiado ruidosa*. Estoy preparando la reseña.

-No suena muy alegre ni optimista ni esperanzador.

-¿Sabes en qué trabajaba en Checoslovaquia? En una planta de reciclaje de papel de libros censurados. Esa era la manera como se ganaba la vida, extinguiendo lo que más amaba, destruyendo libros censurados como los suyos. ¿Hay algo más cruel que someter a un escritor a esa tarea? Quizá sea algo menos cruel someter a un reseñador a destruir sus propias reseñas, pero no me negarás que es bastante parecido.

Samid se había vestido. -Ya veo que hoy no será un sábado de desayuno en la cama. Podemos salir un rato si quieres y vemos qué podemos comprar en el mercadito de la plaza.

-“Ahora seguían trabajando con toda la calma del mundo, separaban flemáticamente el interior de los libros de las tapas y echaban sobre la cinta las horrorizadas y erizadas páginas, indiferente e inmutables...”-continuó diciendo Dimas.

-No se debe llegar muy tarde porque después no se consigue lo que uno quiere.

-“Sin darse cuenta del valor de cada libro, sin pensar que alguien lo habrá escrito, corregido, leído, ilustrado, impreso, compaginado y publicado, y que después otra persona lo habrá censurado y prohibido, y aun otra persona habrá ordenado su aniquilación, lo habrá cargado en un camión y traído hasta aquí donde jóvenes obreros, con guantes rojos y azules y amarillos y naranja destripaban sus entrañas y los tiraban a la cinta transportadora”.

-A lo mejor ese párrafo lo puedes citar en la reseña, quizá les parezca esperanzador destruir libros.

-Es exactamente lo que pensaba hacer. Citar a Hrabal y luego dar una larga explicación optimista y esperanzadora apoyándome en la frase que habla de la devastación y la catástrofe como un espectáculo de una belleza exquisita. ¿Sabes qué dice Anne Carson?, que la gran paradoja es escribir con placer sobre algo trágico.

El domingo Dimas se despertó inquieto. Samid preparaba el café.

-Estuve soñando que era el propietario de una mansión desvencijada que contenía cuadros famosos, muebles antiguos, adornos de arte, y debía venderlo todo en muy poco tiempo.

-Nunca has tenido cosas de valor y menos mansiones

-Recorría las habitaciones, subía unas escaleras circulares con pasamanos de herrería y pasaba de una planta a otra descubriendo constantemente nuevas habitaciones que guardaban más y más objetos. Lo sorprendente es que yo era el dueño de todo aquello, siempre lo había sido, pero lo ignoraba. Lo ignorábamos, tú tampoco sabías nada de aquello.

-¿Yo también estaba en el sueño?

- Sí, estábamos los dos. Siempre habíamos vivido en aquella casa sin saber lo que ocultaba. Eso nos sorprendía y al mismo tiempo nos angustiaba. Era muy extraño. Nos causaba una gran alegría que todo aquello fuera nuestro y al mismo tiempo nos sentíamos culpables porque no habíamos sabido disfrutarlo. Los espacios de la mansión eran inmensos, muchos no los conocíamos, y ahora los veíamos como lugares maravillosos en los que pudimos ser felices. Había una inmensa biblioteca en la que nunca habíamos entrado ni leído ninguno de sus libros, y una gran sala para juegos, billar, ajedrez, cartas, que nunca utilizamos y nuestros hijos tampoco.

-¿Qué hijos?

-En el sueño los habíamos tenido, aunque no los podíamos ver.

-¿Y cómo terminaba?

-Todo desaparecía, la casa, los muebles, los objetos. Trataba de retener las imágenes, pero ya sabes cómo son los sueños, cuando comienzan a desvanecerse es imposible recuperarlos.

El café estaba listo y desayunaron en silencio. Mientras lavaba las tazas Dimas le preguntó a Samid si tenía algún plan para pasar el día.

-Ninguno.

-Entonces lo mejor es quedarnos tranquilos. Tengo muchos libros atrasados.

-Cuando termines a lo mejor nos queda tiempo para hablar de lo nuestro.

Dimas se sentó en el sillón verde frente a la mesa redonda, junto a la ventana desde la que podía verse la calle y se dispuso a leer, pero no podía concentrarse porque escuchaba constantemente la sirena del barco.

-Es desesperante. ¿No lo oyes?

- ¿Qué no oigo?

-La sirena del barco, suena todo el tiempo rompiendo la niebla.

- ¿Qué libro estás leyendo?

-Ninguno, te estoy hablando de la sirena y de la niebla.

Samid se acercó y le acarició la frente.

-Dimas, nos pasan muchas cosas a la vez y nos dejan de pasar otras tantas, todo eso hace que nuestra mente se confunda. Yo, por ejemplo, el otro día en la oficina de repente vi a mi madre, la vi frente a mí, no recuerdo qué me decía, me estaba regañando como si fuera una niña. La vi claramente, aunque sabía que no estaba allí, comprendes, sabía que era mi imaginación o mi

recuerdo, que no era mi mamá de verdad. Yo creo que es lo mismo que te pasa con la sirena, crees que la oyes, pero es imposible. En esta ciudad no hay mar, no hay ríos, ni lagos. No hay embarcaciones con sirenas, y tampoco mucha niebla. Solo a veces, temprano en la montaña.

-Escucho la sirena. Ahora, en este momento en que estamos hablando, he dejado de escucharla, pero sé que antes estaba allí.

-Está bien, dejemos eso, si la vuelves a escuchar dímelo para ver si yo también la oigo, puede ser un audio que pone algún vecino, hay audios muy extraños.

-Debe ser eso, sí.

-¿Por qué no salimos un rato?, nos hace bien, y podemos aprovechar para hablar de lo nuestro. Vayamos al parque, antes íbamos los domingos y lo disfrutábamos mucho.

Dimas aceptó la invitación y salieron en dirección al parque, buscando la sombra de unos árboles. Había niños jugando y eran muy ruidosos.

- ¿Te arrepientes?

- ¿De no haberlos tenido? No, no me arrepiento, estamos mejor así, solos.

- ¿Esto es hablar de lo nuestro?

- En parte, pero no es todo.

Hicieron silencio, una pelota rebotó en los pies de Samid y ella la recogió y la devolvió a los jugadores.

- ¿Sabes qué es la patria?

- ¿A qué viene esto? Se supone que hemos venido a pasar un rato agradable, a estar con la gente disfrutando de la luz, de los árboles del parque.

-Eso es precisamente lo que estoy haciendo. Estoy pensando que la patria es la sombra del samán en el jardín de mi abuela.

-El jardín tenía varios árboles, pero no recuerdo un samán.

-Hubo una tormenta muy fuerte una noche y un rayo cayó sobre la copa del samán. No nos dimos cuenta en ese momento, la oscuridad no permitía ver nada. Al día siguiente salimos al jardín y allí lo encontramos, sus grandes ramas partidas en el suelo, su tronco roto, estallado. Mi padre estaba demudado, yo nunca lo había visto así. A partir de ese día caminaba silencioso y desencajado, se asomaba una y otra vez a la terraza para cerciorarse de que el samán estaba allí, la visión de su cuerpo destrozado era insoportable. Le dije que era necesario pedir ayuda al Instituto Nacional de Parques. Mi padre se negaba, mi madre también. Mi hermana no le prestaba mucha atención. Mi abuela ya no estaba. Entonces tomé la decisión y llamé. Vinieron a la semana siguiente y serrucharon durante horas. Decidimos encerrarnos en las habitaciones para no escucharlos. Yo puse música al volumen más alto que pude y nadie se quejó. Ellos tampoco querían escuchar. Cuando los hombres de las sierras eléctricas desaparecieron con los restos salimos al jardín. Allí quedó para siempre su ausencia. Y desde entonces mi padre comenzó a desmejorar, su respiración se hizo fatigosa, su marcha muy lenta. Mi madre dijo, esto va a matarlo.

-Por eso no lo recordaba, no nos conocíamos entonces.

-Nos conocimos al año siguiente, poco después de morir mi padre.

Una vez en el estacionamiento Dimas puso en marcha el automóvil.

-Estoy pensando que deberíamos venderlo.

-Pero, ¿por qué? Nos hace falta para salir los fines de semana, para algunas diligencias. Es viejo pero todavía sirve.

-Por eso mismo, todavía se puede vender y nos darían algo por él. Lo vamos a necesitar cuando yo pierda el trabajo.

-No sabemos si eso va a ocurrir.

-Sí que lo sabemos. Es como lo del rayo, cuando cayó mi padre supo que era el final. Y yo también. Además, tampoco nos hace tanta falta.

-Si crees que es mejor así, pues véndelo. Vamos a ver quién lo quiere comprar.

- Alguien habrá.

Llegaron a su casa y el domingo había terminado.

3.

Érase una vez una colina cercada por diez hileras de vallas. Dentro vivía un brujo rodeado de miles de esclavos. Pero la cosa más sorprendente era que tras las diez hileras de vallas no se oía nada más que risas. Se oían las risas fuese otoño, invierno, primavera o verano. Y eso sucedía porque el viejo brujo tenía hechizados a sus esclavos. ¿Y por qué los tenía hechizados a sus esclavos? Porque quería ocultar que los estaba maltratando y engañar de ese modo a la gente que vivía fuera de la colina y hacerles creer que en aquel lugar todo el mundo era feliz. Había ordenado construir diez hileras de vallas para que nadie procedente de los pueblos vecinos pudiese entrar y ver lo que pasaba. Piénsalo. Cuando la gente que vivía en la colina se hacía daño o estaba triste y lloraba, lo que salía de su boca eran grandes carcajadas. ¿Cómo era posible que existiese una magia tan cruel, una colina tan terrorífica?

Dimas leía una y otra vez el mismo párrafo, lo leía para sí mismo, y lo leía en voz alta para Cosme.

-Es muy difícil darle la vuelta para que sea alegre o esperanzador.

-Dimas, por favor, ¿cómo se te ocurre reseñar ese cuento?

-Pero si es del libro que me prestaste, del norcoreano que lo sacó clandestino. El cuento se titula “La capital del infierno”.

-Yo sabía que era un error hablarte de ese libro y peor todavía prestártelo.

-Es un libro magnifico y te lo agradezco mucho.

-Muy bien, pero debe haber otros mejores para intentar reseñar al revés.

-Quiero hacer la prueba con éste, es muy difícil y por eso pienso que si lo logro estaré preparado para otros más fáciles. Ayúdame, no se me da muy bien esto de la reseña alegre.

-Puedes escribir algo así, “el autor muestra en este relato como la propaganda contra la noble república popular democrática de Corea del Norte desfigura los sentimientos genuinos de las personas, y niega que pueda existir la felicidad detrás de unas vallas que no son para encerrarlas sino para protegerlas de la maldad exterior”.

-Eso merece una cerveza -gritó Dimas exaltado.

-Está bien, si es para pasar el rato y tomarnos unas cervezas, no tengo inconveniente, pero si de verdad pretendes presentar esa reseña como parte de tu cuota de la semana, te aseguro que vamos a entrar en problemas; el primero de ellos, contestar a la pregunta sobre el origen de este libro, cómo y dónde lo conseguiste, y luego vendrán otros que no quiero ni imaginar, porque supongo que no vas a decir que te lo presté yo.

-Jamás nadie ha preguntado de dónde vienen los libros que reseñamos, ¿por qué iban a hacerlo ahora?

-Si te han amenazado con despedirte porque reseñas libros deprimentes, se desprenden algunas consecuencias obvias. La primera, no queremos alusiones ni críticas. La segunda, queremos un mundo feliz.

-Hace años reseñé a Huxley y no pasó nada. Tampoco pasó nada con *1984*. Ni con *Nosotros* de ese ruso, ¿cómo es que se llama?

-Comprendo, quieres hacerte el tonto.

Cosme dejó la cerveza en la cocina y se dirigió a la puerta.

-No te vayas, tienes razón, no podemos jugar con esto. Creo que es imposible reseñar al revés y la única solución que se me ocurre para conservar este empleo de mierda es buscar libros que de verdad sean alegres y esperanzadores. Hagamos una lista.

-No me viene ningún nombre. Ni siquiera los que leí en mi infancia, plagados de seres malignos, destinos truncados, mezquindad, avaricia, crueldad, huérfanos maltratados. Y dígame lo que vino después, guerras por todas partes, mujeres castigadas, crímenes, abusos, injusticias, traiciones, venganzas. La literatura es un lugar poco recomendable donde ocurren los peores ejemplos de la humanidad.

-Exacto, eso es lo que están buscando: eliminar la literatura. ¿Cómo no nos habíamos dado cuenta antes?

-Y es también el lugar de las quejas, donde aparecen las víctimas de la historia reclamando justicia.

-Entonces las reseñas esperanzadoras y alegres deben ser las de aquellas historias que relatan cómo los héroes restituyen la justicia de las víctimas.

-Exacto. Por ahí debemos buscar.

-¿Víctor Hugo? ¿Dickens?

-Muy buen comienzo, pero seguro hay otros más modernos.

-Mira esto, leo de *Tango satánico* de László Krasznahorkai: “Escucharon con fugaz perplejidad que su misión consistiría en vigilar de manera constante y atenta su entorno, en registrar con rigor las opiniones, los rumores y los sucesos ‘significativos desde el punto de vista de la causa’.” No sé qué quiere decir eso de ‘significativos desde el punto de vista de la causa’, pero me interesa lo de vigilar constante y atentamente el entorno, registrar opiniones y rumores. Es un estado de alerta ante lo efímero de la opinión y el rumor. Cosme, pon atención, debemos estar en permanente estado de alerta ante la desaparición.

- ¿La desaparición, de qué?

-De todo, de lo más mínimo, por ejemplo, la desaparición de un rumor o de una opinión puede ser de extrema gravedad. Si lo perdemos nunca más sabremos qué se pensaba de algo o de alguien, así fuera equivocado.

-Esto que me propones es lo que llevó a Funes a la locura.

-Es distinto, Funes quería recordarlo todo y László Krasznahorkai propone vigilar y registrar lo significativo “desde el punto de vista de la causa”.

Decidió entonces observarlo todo con detenimiento y ‘documentarlo’ de forma continua procurando no perderse ningún detalle, pues descubrió que no prestar atención a pormenores aparentemente nimios equivalía a reconocer que estamos indefensos, perdidos en el ‘puente vaciante’ entre la desintegración y el orden concebible.

-Esto es exactamente lo que creo que debemos hacer, y este es el próximo libro que quiero reseñar.

-No es desesperanzador del todo, pero eso del “puente vaciante entre la desintegración y el orden concebible” creo que puede caer mal.

-Depende de cómo lo pongas. Por ejemplo, si digo, “Krasznahorkai propone en esta obra la crítica al vacío que nos desintegra en tanto vivimos en una sociedad sin objetivos humanitarios”, suena distinto. “Quiere decir el autor -puedo continuar- que si estamos pendientes de ‘la dirección desde la que llegaban las ocas salvajes o simplemente la secuencia de los ademanes humanos más insignificantes’, corremos el peligro de perdernos en un orden satánico, alejados de los objetivos revolucionarios”. ¿Qué tal? El libro no habla de objetivos revolucionarios, pero lo agrego como una interpretación personal.

-Me parece más fácil abandonar a Krasznahorkai y su *Tango satánico* y buscar algo sencillo, ejemplar, que no proponga temas demenciales como el que estás sugiriendo.

-Es que no lo entiendes, es necesario, es vital, es absolutamente imprescindible que salvemos todos los libros, los que nos gustan y los que no, porque van a desaparecer. En el Reino de la Alegría no caben los libros y somos nosotros, los últimos reseñadores, los que tenemos el sagrado deber de conservarlos.

-Por ese camino, Dimas, vas a parar en loco, si es que ya no lo estás. La tarea es ingrata pero no demasiado complicada, te la

vuelvo a explicar, reseñas un libro cuyo contenido pueda verteerse en un tono alegre y esperanzador y ya está, eso es todo lo que te han pedido. Y eso no lo puedes lograr con ese tipo de autores. Busca otros. Por el momento me voy a mi casa, estoy cansado.

Al salir volteó hacia Dimas. -Ah, y el ruso se llama Yevgeny Zamiatin.

Pasaba el tiempo y continuaban estas conversaciones que no iban a ninguna parte, aunque nadie pretendía que condujesen hacia algún destino, eran solo momentos en que Dimas y Cosme, y a veces Samid, se encontraban con las manos vacías y las mentes desoladas, faltos de sentido, y hasta de cariño.

Un día dejó de ser necesario que Dimas aprendiera a reseñar al revés. El Instituto Nacional de la Reseña prescindió de sus servicios. El análisis de su clase de instrucción de la felicidad había revelado fallas ideológicas que delataban una formación política insuficiente para un reseñador, y aunque tomando en cuenta su impecable trayectoria algunos de sus colegas habían abogado en su favor, no fue posible evitar el despido. En pago a su dedicación de veintitrés años y cuatro meses entre su tiempo como profesor universitario y como reseñador, recibiría una pensión vitalicia equivalente a 1 dólar mensual. Si sobrevivía cuarenta años habría acumulado 480 dólares en total, menos impuestos y cuota de seguro social.

-¿Qué crees que debemos hacer?

- Lo que hace tiempo te vengo diciendo: pensar en lo nuestro. Pero no tenías tiempo, estabas ocupado escribiendo reseñas.

-Era mi trabajo, y un trabajo que amaba. No podía pensar en otra cosa. Ahora todo será distinto. Aunque no lo creas vengo tomando precauciones para este momento. Lo primero, como te dije que haría, vender el automóvil. No es que me ofrezcan gran cosa, pero con ese dinero podremos comprar una buena cantidad de víveres no perecederos y los venderemos poco a poco subiéndoles el precio, mucha gente se está dedicando a eso. Me siento miserable pero creo que será una buena entrada. Un sueldo menos se va a notar mucho, y tampoco sería raro que pronto perdieras el tuyo, entonces se me ocurre que podríamos decirle a Cosme que se venga a vivir con nosotros. Por un lado, puede ahorrar el alquiler de su apartamento, y por el otro nosotros compartimos los gastos. Todos salimos ganando. Y como ya no necesitaré mi biblioteca, esa habitación puede ser para él. Así que ya ves que sí he estado pensando en lo nuestro.

-No tenemos muchas más opciones. Supongo que has hablado de todo esto con Cosme y que estará de acuerdo.

-No quise hacerlo hasta saber si a ti te parecía bien, pero creo que le gustará la idea. Alguna vez me pareció que me lo sugería.

-Quedó muy solo después de la separación de Jazmín.

-Convinimos en que pasará esta noche por aquí, está muy afectado con mi despido, más que yo, creo. Dice que todo se desvanece.

-Aunque no resuelva nada, debemos estar más juntos.

Cuando Cosme llegó no hablaron del despido, ni de otros temas difíciles. Trajo una botella de vino y Samid sirvió unos espaguetis, que según Dimas eran su especialidad, aunque nunca los había preparado antes, o por lo menos no lo recordaba.

-Son los espaguetis como los hacía mi mamá, tradición familiar, la pasta hecha en casa.

Dimas esperó a que terminaran de comer para decir, “¿y cuándo te mudas?, ¿todo listo?” Ordenaron los muebles de la biblioteca para que cupiera el sofá cama. Cosme estaba muy contento.

-Cuando venda los libros habrá más espacio.

-No es necesario que lo hagas, por ahora es bueno tenerlos cerca.

A partir de estas nuevas circunstancias los días comenzaban a hacerse más ligeros, como si fuesen nubes que pasaran entre las luces del verano y dejaran ver la sombra del samán en la casa de su infancia. Dimas se sentaba en su lugar preferido, el sillón verde frente a la mesa redonda, junto a la ventana desde la que podía verse la calle y un poste de luz que no alumbraba porque desde hacía mucho tiempo el bombillo estaba fundido. Veía correr la brisa entre los árboles y reconocía una antigua felicidad. Antes, así, en alguna parte. ¿Qué había cambiado? ¿Qué había perdido en el Reino de la Alegría?

-¿Sería la juventud?, ¿sería eso? ¿Tú qué piensas?

-No te escucho bien -dijo Samid apagando la licuadora.

-Estaba pensando, preguntándome más bien, si antes éramos felices porque éramos jóvenes.

-¿Qué pregunta es ésa? ¿Cómo voy a saber por qué éramos felices? Ni siquiera estoy segura de que lo fuésemos.

Dimas volvió al libro que tenía sobre la mesa. Desde que había dejado de ser reseñador la lectura había perdido sentido, no completamente, pero en gran parte. Antes leía con el propósito de que la reseña sirviera para que otros pudiesen disfrutar el libro, pero eso era también una ilusión, las reseñas se archivaban y nadie, salvo los supervisores, las leía, y eran precisamente los mismos supervisores, sus únicos lectores, quienes habían decidido su despido. No lo llamaban despido sino jubilación adelantada.

-Era la ilusión. ¡Eso es! La ilusión. ¿Oíste, Samid? Éramos felices porque estábamos ilusionados.

Samid no contestó. Estaba ocupada con la cena. Desde que Cosme vivía con ellos se esmeraba más, quizá tenía la ilusión de que estaba preparando una fiesta para muchos invitados. Y también que al compartir gastos podía comprar alimentos más variados. Era su pequeña ilusión porque, a diferencia de Dimas, archivar reseñas y otros papeles no le daba ninguna felicidad. Había pensado en solicitar la jubilación adelantada pero las cuentas no cuadraban. Quizá cuando la venta de víveres produjera mayores beneficios podría pensar en eso. Cosme reportaba las ganancias todas las semanas y eran bastante buenas. Cenaron contentos porque los espaguetis de Samid cada día eran mejores.

-Estoy pensando que deberías salir más, todo el día encerrado en casa, solo, no te hace bien. Necesitas contacto, tú eres una persona sociable, curiosa.

-Sí, yo pienso lo mismo, pero no sé muy bien adónde ir. A veces he sentido la tentación de seguir la sirena del barco, de buscarlo hasta dar con él.

-No me digas que sigues escuchando la sirena.

-La escucho siempre, sobre todo al amanecer. La escucho en la niebla.

-Dimas, mi amor, no quiero que sigas sufriendo con ese fantasma. No hay ninguna sirena, no hay ningún barco en la niebla. Solo estamos nosotros aquí, en este apartamento que compramos hace tantos años, ¿cuánto hace que lo compramos? Era nuestra ilusión, una vivienda propia, y lo pudimos hacer.

-Eso es lo que te decía, que éramos felices porque teníamos ilusiones.

-Quizá sea así, pero no te exijas tantas cavilaciones. Estamos bien y estaremos mejor cuando pensemos en lo nuestro. Prométeme que vas a ocupar tu tiempo de otra manera, no puedes pasar las horas sentado en ese sofá mirando por la ventana y haciéndote preguntas imposibles. Podrías, por ejemplo, salir un rato, observar lo que ves, y hasta reseñarlo.

-Reseñar, ¿qué?

-Pues lo que veas, lo que está pasando, lo que te llame la atención, y luego me lo lees.

-Es una buena idea, pero al revés, reseñar lo que no se ve, lo que no está pasando.

-Como tú quieras, lo que sea mejor para ti.

-Eso es, me has dado una gran idea, ver lo que no hay.

El museo de los lugares perdidos

1.

Samid y Cosme salieron temprano a sus trabajos y Dimas respiró el aire de la calle y se sintió pleno, con ganas de vivir una aventura. He confiado demasiado en los libros, a lo mejor lo más interesante de la vida no está en sus páginas, pensó. Trató de tomar una ruta distinta a la acostumbrada cuando trabajaba en el Instituto Nacional de la Reseña, pero sus pasos lo habían traicionado y sin darse cuenta estaba siguiendo la misma dirección de siempre. Buscó la librería que solía visitar a la vuelta del trabajo, cada vez tenía menos libros, pero permanecía allí, estaba seguro de cuál era la esquina en la que se encontraba, una esquina de dos avenidas principales, muy bien situada, un lugar común, muy céntrico, por el que pasaban muchas personas durante el día y visitaban los jóvenes al caer la tarde. Pero no la vio. Debo haberme equivocado, no es esta esquina sino la siguiente. Caminó una cuadra a la derecha y llegó al cruce de otras dos avenidas. Tampoco era allí. Volvió sobre lo andado y se encontró de nuevo en la primera esquina. Ésta es, no hay duda, enfrente había un hotel. Esperó a que cambiara la luz del semáforo y cruzó la calle. Se detuvo y preguntó a unas personas frente a la entrada qué había pasado con el hotel.

-No hay ningún hotel aquí -le dijo un hombre malencarado.

-Pero antes había un hotel, estoy seguro de haber estacionado mi automóvil aquí.

-No hay ningún hotel.

-El nombre era hotel Estelar.

-¿Usted ve que en alguna parte diga hotel Estelar?

-Yo estoy seguro -insistió Dimas- de que aquí estaba el hotel.

-No se puede quedar más tiempo. Está molestando a los clientes.

-Qué clientes, aquí no hay nadie.

-Los que van a llegar, vete o te vas a arrepentir.

-No tiene por qué amenazarme.

-Que te vayas, coño de tu madre.

Apareció otro hombre igualmente malencarado pero más corpulento y con una pistola en la mano. “¿Te vas o no?”

Dimas dio la vuelta y volvió a cruzar la avenida para llegar a la esquina donde debería estar la librería. Vio una cafetería unos locales más abajo, y recordó haber estado allí en alguna ocasión. Pidió un café con leche.

-No hay -contestó el empleado.

-¿No hay café o no hay leche?

-Ninguna de las dos cosas.

-¿Qué hay, entonces?

-Hay pepsi.

-Dame una pepsi -se quedó mirando la cara del muchacho- Creo que te he visto otras veces, este es un sitio al que venía con frecuencia.

-No creo.

-¿No crees que venía con frecuencia?

-No creo que me haya visto porque yo acabo de empezar a trabajar aquí.

-Pues recuerdo tu cara.

-Debe ser otro que se me parece, yo estoy aquí desde la semana pasada

-¿Entonces, no te acuerdas si en la esquina había una librería?

-No me puedo acordar porque no estaba, ¿va a querer algo más?

Dimas negó con un gesto mientras miraba hacia la esquina que podía verse desde la cafetería.

-A lo mejor el dueño se acuerda -dijo el muchacho.

-¿Y a qué hora viene?

-No se sabe, a veces en la mañana, a veces en la tarde, y hay días que no viene y manda a la hija. Mañana seguro lo encuentra.

Entró una señora con un niño pidiendo usar el baño. “El baño es solo para clientes -dijo el muchacho-, y de paso no funciona”. Dimas pagó y se fue. Al salir se quedó mirando la vitrina del local que le parecía el de la librería y ahora era una tienda para mascotas. Entró y se puso a revisar los estantes y a compararlos con lo que recordaba, una joven muy atractiva se le acercó y le preguntó si podía ayudarlo.

-¿Qué mascota tiene?

-Un perro -contestó Dimas.

-¿Grande o chiquito?

-Más bien chiquito.

-Entonces es por aquí -Lo condujo al fondo del local.

-Aquí están las cosas para perros chiquitos, hay de todo, para jugar, para morder, para vestirlo si hace frio, jabón especial para bañarlo, y los mejores alimentos. También tenemos productos de veterinaria. ¿Cómo se llama su perrito?

-Smoky -contestó Dimas-. Era el nombre de un perro que había tenido en su infancia. -Es un *cocker spaniel*.

-Ah, son bellos, me encantan. ¿Lo quiere cruzar?

-No por ahora.

-No espere a que se ponga viejo, nosotros le conseguimos perritas lindas y nos ocupamos de los detalles.

-Muy bien, le aviso cuando esté decidido. Y dígame una cosa, ¿este local no era antes una librería?

-No sabría decirle, tengo poco tiempo aquí, en realidad, una semana.

-Igual que el muchacho de la cafetería.

-¿Perdón?

-No, nada. ¿Y los dueños también son recientes?

-Pues no tengo ni idea, no los conozco, creo que no viven en el país. A mí me contrató el gerente, pero tampoco lo veo nunca, todo fue por internet. Nos vimos una media hora en la entrevista por internet y después él me manda todas las instrucciones de esa manera. Los lunes viene un camión a reponer inventario según sea lo que se ha vendido.

-Así que él tampoco sabe si aquí había una librería.

-No hemos hablado de eso, tampoco es que conversemos mucho, solo mando las cifras de venta y él las chequea. Está entrando alguien, disculpe.

Dimas recorrió de nuevo el local, le parecía más pequeño que la librería, como si le hubiesen quitado una parte. Pensó en preguntarle a la joven, pero ella estaba ocupada con otro cliente, una señora con un gato en una cesta. Quería probarle la ropa, por eso la había traído, era una gata. En los estantes del fondo, donde ahora estaba la mercancía para mascotas grandes, Dimas recordaba la sección de historia, y un poco después, la de filosofía. Las novedades se colocaban sobre un mesón frente a la entrada, es lo usual en las librerías, pero ahora no había mesón,

y detrás estaba el puesto para efectuar las ventas, que seguía más o menos igual. A la derecha había una mesa larga y estrecha, y detrás unas sillas altas que se usaban para presentaciones o conferencias. La mesa y las sillas habían desaparecido, así como una pantalla de televisión para proyectar fotos o videos.

- ¿Se decide por algo? -preguntó la joven.

- Creo que voy a volver con mi esposa, ella es en realidad la que se ocupa del perro.

-Claro, cuando quiera, aquí estamos.

- ¿Por cuánto tiempo?

- ¿Cómo?

-Que por cuánto tiempo cree que estará en este local.

-Si fuera mío a lo mejor le digo, pero como no es mío, no lo sé -la joven parecía molesta-, y tampoco sé cuánto tiempo más me voy a quedar aquí. Estoy tramitando una visa de estudiante para Canadá.

-Comprendo, bueno, no le quito más tiempo.

-Vuelva cuando quiera, estamos a la orden.

-Disculpe de nuevo, ¿usted no sabrá si cuando montaron la tienda se redujo el espacio?

-No lo sé -dijo la joven, y cerró la puerta.

Dimas estaba seguro de que este local era más pequeño que el de la librería. Una vez en la calle un hombre se le acercó, “¿tienes un dólar, hermano?” “¿Un dólar?” “Sí, para comer algo, hace días que no como nada.” “No tengo nada y menos dólares. Si quiere le compro algo en la cafetería.” El hombre desapareció sin contestar. Dimas vio que al lado de la tienda de mascotas había una puerta de metal pintada de verde, a la que se le había

caído bastante la pintura. No tenía cerradura. Esto era, pensó. Esta es la puerta de un pequeño local que estaba al lado de la librería, quizá lo usaban como depósito de libros. Entonces llegó un hombre y abrió la puerta con un control electrónico. Entró y volvió a cerrarla. Dimas seguía mirando la puerta cuando el hombre salió.

-¿Qué haces aquí?

-Nada. Estoy en la calle, es una vía pública.

El hombre se alejó sin contestar. Luego se volteó y le dijo - Cuidadito con lo que haces, hermano.

-No soy su hermano -le contestó Dimas, pero ya el hombre había desaparecido.

Todo esto tengo que escribirlo, a Samid le gustará leerlo. Siguió caminando para dirigirse a un café en el que había pasado muchas tardes cuando salía temprano del instituto. Tuvo miedo de no encontrarlo, pero allí estaba, no muy lejos de la librería, apenas a unas cuerdas vio la terraza. Era un lugar interesante, frecuentado por periodistas, políticos, gente de ideas. Se sentó y pidió un café y un pastelito de queso.

-No hay muchos clientes hoy -le comentó al mesonero.

-Ni hoy ni ayer ni anteayer.

-Recuerdo que a veces había que esperar para conseguir mesa.

-No lo sé, tengo poco tiempo trabajando aquí.

-No me diga que una semana.

-Dos semanas, y no creo que vaya a durar mucho más. El dueño está cerrando el negocio, los empleados le pedimos que nos dejara trabajar hasta el cierre y dijo que sí.

-¿Y él tampoco vive aquí?

- Sí, claro que vive aquí, si no, ¿cómo iba a llevar el negocio? Lo va a cerrar porque ya no está dando nada, los gastos y poco más. Quiere poner un bodegón, de los que venden comida fina, no de los baratos.

-Aquí servían un café muy bueno, este no es tan bueno.

-Este café lo traen de Turquía, yo no sé si es bueno porque no tomo café.

-¿Y el bodegón lo va a poner aquí mismo?

-Oiga, a mí el dueño no me cuenta lo que va a hacer, solo sé eso, que tiene pensado poner un bodegón, porque se lo escuché a un compañero. ¿Va a querer algo más? Es que vamos cerrando.

-Pero es muy temprano, antes esto estaba abierto hasta la noche, es cuando más se llenaba.

El mesonero no contestó y puso el tique de la cuenta sobre la mesa. Dimas pagó y se fue. Llegó a su casa con la esperanza de que Samid hubiera regresado.

-¿Cómo te fue?

-Muy bien, ya encontré oficio.

-¿Ah sí, qué vas a hacer?

-Voy a escribir un libro que se llame *El museo de los lugares perdidos*.

-Es una buena idea -dijo ella riéndose-. Luego me lees lo que tienes.

-No es mucho, pero poco a poco irá creciendo.

-Cosme avisó que no venía a comer esta noche, así que cuando quieras preparo la cena.

-Mejor, un poco de intimidad no viene mal.

Parecía que Dimas había vuelto de buen humor, el paseo le había sentado bien, estaba segura.

2.

Un grito despertó a Samid en la madrugada. A su lado Dimas sudaba y decía incoherencias. “Qué pasa, qué te pasa”, repetía Samid tratando de que se despertara. Lo ayudó a incorporarse y le acercó un vaso de agua. Dimas sentado en la cama miraba el vacío con los ojos muy abiertos.

-Tienes una pesadilla, bebe algo, tranquilízate.

-Abre la ventana, ábrela -dijo él levantándose.

-¿Qué haces, para qué vas a abrir la ventana?

-Para verlo, para que lo veas tú también.

-Otra vez el barco, por favor, cálmate, vas a tener que ir a un médico, esto no puede seguir así.

-Crees que estoy loco, es eso.

-No creo nada, solamente veo la angustia en que estás, que no te deja ni dormir.

-Escucha, escucha bien, la sirena se está alejando. Es así en la madrugada, primero se escucha muy fuerte y luego se va desvaneciendo el sonido mientras el barco se pierde en el mar. No me digas que esta ciudad no tiene mar, ya lo sé, pero yo escucho la sirena de un barco que se aleja para siempre. ¿Por qué vuelve, entonces? Eso es un misterio, ¿no es verdad? Si se aleja para siempre no puede volver, eso es lo que piensas, eso es lo que diría una mente lógica. Y yo siempre he tenido una mente lógica, pero ahora escucho la sirena de un barco en una ciudad que no tiene ni mar, ni río ni lago, y es un barco que se aleja para siempre, aunque constantemente vuelve y lo vuelvo a escuchar. Tú no te imaginas el terror que produce el sonido de la sirena de

un barco que se esconde en la neblina para siempre y sin embargo regresa.

-Es muy temprano todavía, pero en un rato, cuando hayamos desayunado algo, voy a despertar a Cosme y le voy a pedir que nos acompañe al médico. No creo que estés loco, Dimas, te lo juro, pero me parece que el despido del trabajo, y tantas otras cosas, tantísimas otras cosas, te están generando un estado de pánico, eso es, un ataque de pánico, he leído que es muy común en las situaciones de ansiedad crónicas. Y ésta es una de ellas. Vamos a consultar con Hernán, siempre fue muy amigo tuyo, es un buen psiquiatra y no creo que nos cobre demasiado. En todo caso, lo que sea lo pagamos. Tu salud es lo más importante, y la mía, de paso.

Cosme estuvo de acuerdo con Samid y entre los dos convencieron a Dimas para ir al consultorio de Hernán. No era lejos y había poco tráfico., así que podían llegar rápido.

-Es esta calle -dijo Dimas.

-No, no es aquí -contestó Cosme.

-No me discutas, he venido unas cuantas veces a esta clínica porque Hernán me recomendó el laboratorio.

-Aquí no parece que haya una clínica -dijo Samid leyendo el directorio. - Será que se mudaron.

Cosme pulsó el botón de la conserjería y pasó un buen rato sin que nadie contestara. Una mujer salió del edificio y Cosme le preguntó por la clínica.

-Aquí no hay ninguna clínica.

-Pero aquí trabajaba un psiquiatra.

-Ah, el doctor Hernán, sí, cómo no, es verdad, tenía el consultorio aquí pero ya hace tiempo que se fue.

-¿Sabe a dónde se mudó?

-No lo sé, nunca fui su paciente, él era loquero, y yo, gracias a Dios, tengo mi cabeza muy buena, vieja pero no loca.

-No le demos más vueltas, Hernán ya no está en este edificio, tratemos de localizarlo por otra vía, y si no lo encontramos, pues buscamos a otro, no va a ser el único psiquiatra.

-De acuerdo -dijo Samid-, tengo una compañera del trabajo que me comentó algo parecido a lo que le pasa a Dimas y le fue muy bien con el tratamiento, le preguntaré el nombre del médico.

-Ustedes no se dan cuenta. No entienden lo que está pasando. No entienden nada.

-¿Pero qué es lo que no entendemos? ¿Que un médico se mude de consultorio?

-No entienden, no quieren entender -repetía Dimas.

Cosme y Samid cruzaron miradas: la situación de Dimas empeora, es lo que querían decirse. Una vez en el apartamento, Samid buscó el número de su compañera de trabajo, le escribió un mensaje, y se dispuso a preparar el almuerzo. Se había hecho tarde. Cosme dijo que no podía quedarse, había pedido permiso para una cita médica, lo que después de todo no era mentira, pero no podía tomarse todo el día. Las amenazas de despido flotaban en el aire enrarecido del Instituto Nacional de la Reseña. Samid preparó una sopa que Dimas apenas probó porque quería acostarse. “Descansa -le dijo Samid-, dormiste muy mal anoche, yo también voy a intentar una siesta, menos

mal que pedí permiso por todo el día”. Su compañera le mandó un mensaje diciéndole que el médico que la había tratado ya no estaba, y le anotaba los datos de otro que le había recomendado su cuñada.

Dimas cerró los ojos, pero no estaba dormido, Samid lo escuchó musitar: “ustedes no se dan cuenta, ustedes no entienden nada, no quieren entender”, una y otra vez.

Acudió a la consulta del psiquiatra que le habían recomendado. Aceptó de mala gana porque comprendió que si no iba, tanto su esposa como Cosme le harían la vida imposible, así que era mejor salir cuanto antes de ese compromiso. El consultorio estaba situado en una casa bastante cerca de su apartamento, tocó la puerta y vio que estaba abierta. La empujó y entró en la sala de espera que estaba vacía. Se sentó y sacó un libro del bolsillo mientras tanto. Pasó una media hora, y luego otra, empezó a pensar que si el doctor no lo atendía en diez minutos se iba. Quizás no había venido hoy, o quizá Samid se había equivocado con el horario. Cuando termine este capítulo me voy, he esperado suficiente.

-¿Que está leyendo con tanto interés? -dijo una voz detrás de él.

Dimas cerró el libro y lo miró. - ¿Es usted el doctor Roi?

-Doctor Rei, Augusto Rei.

-Disculpe, debe ser que mi esposa anotó mal el nombre.

-¿Tiene cita conmigo?

-Creo que sí. A las 10, soy Dimas.

-Dimas, ¿qué?

-Si no le importa prefiero dejarlo en Dimas. ¿Es indispensable mi apellido?

-No por ahora. Comprendo su resquemor, mucha gente viene de incógnito al psiquiatra, con miedo a que los tilden de locos o algo peor. Sobre todo las personas famosas.

-No soy nada famoso, ocurre que hace poco perdí mi trabajo y no quisiera que alguien sacara falsas conclusiones.

-Está bien, ya le dije que no era indispensable, y si no quiere darme su número de teléfono, pues no lo haga tampoco, lo único es que si cancelo una cita o tengo algo importante que comunicarle no podré hacerlo.

Dimas no contestó y preguntó si la consulta tendría lugar inmediatamente y si el pago era en dólares. El doctor Rei dijo que sí a las dos cosas. Apenas entraron en el consultorio hubo un corte de luz.

-Como es un poco oscuro tengo una linterna para estos casos, pero también puedo descorrer las cortinas y será suficiente.

Dimas observó que la ventana estaba cubierta con unas cortinas muy pesadas.

-No tema, no soy un vampiro, lo que ocurre es que sufro de ftofobia. ¿Sabe lo que es?

-Déjeme decirle, doctor Rei, que he dedicado mi vida a leer.

-Ya me había dado cuenta de que es usted una persona ilustrada. En fin, dígame que lo trae por aquí.

-Mi esposa, sobre todo. Ella está muy preocupada porque tengo una imagen recurrente, escucho la sirena de un barco que se aleja.

-¿Es un sueño o una alucinación?

-El psiquiatra es usted.

-Creo que usted sabe perfectamente la diferencia.

-La sé, y le voy a decir algo, no es ninguna de las dos cosas, escucho la sirena y estoy seguro de que el barco está allí, aunque no pueda verlo.

-¿Desde cuándo es esto?

-Hace ya unos meses, pero no tiene una rutina, pasan días en que no escucho nada y luego vuelve y se repite constantemente. El asunto es que la última vez tuve un episodio muy fuerte de pesadillas, y al día siguiente mi esposa y mi amigo Cosme, que comparte el apartamento con nosotros, me obligaron a ir al médico. Soy amigo de un psiquiatra, Hernán, no sé si lo conoce, y fuimos a su consultorio, pero no lo encontramos, parece que se mudó.

-No me suena ese nombre, pero no es raro que no lo encontrara, muchos colegas han desaparecido.

-¿Desaparecido?

-Quiero decir que ya no están aquí.

-Bien, y entonces, ¿qué puedo hacer con mi síntoma? Confieso que a veces me perturba, otras no, pero a Samid, mi esposa, siempre le inquieta. Piensa que se debe a la ansiedad crónica y que es posible curarlo o mejorarlo con un tratamiento.

-Es posible, sí, déjeme ver. No me quiero precipitar. Por hoy creo que es suficiente.

-¿Suficiente?, pero no sabe demasiado de mí, quiero decir que no le he explicado que mi mayor preocupación es económica, como le dije perdí el trabajo, y mi esposa teme perder el suyo

también. Y además, me siento muy culpable con ella, continuamente me reclama que no hablamos de lo nuestro.

-¿Y qué es lo nuestro?

-Pues ese es el problema, yo intuyo lo que ella quiere decir, pero no estoy seguro.

-Amigo Dimas, por ahora no puedo escucharlo más, estoy muy ocupado y además sus problemas no son demasiado graves. El tiempo todo lo cura -se levantó del sillón y le hizo señas para conducirlo hasta la puerta.

-¿Cuándo vuelvo?, digo porque Samid va a querer saberlo y va a hacer muchas preguntas.

-No se preocupe, todo en su momento. Llámeme cuando quiera.

-¿Y qué le debo por la consulta de hoy?

-Mi secretaria le cobrará al salir.

-No vi ninguna secretaria cuando entré.

-Ahora la verá.

Dimas salió a la calle furioso. Caminaba mascullando todo lo que pensaba decirle a Samid, y a Cosme, y a la compañera de trabajo de Samid, y a la cuñada de la compañera de trabajo de Samid. Estar desempleado no era motivo para que se burlaran de él y despreciaran sus ocupaciones, eso no era razón para que un arrogante Augusto Rei le explicara que sus problemas se curarían con el tiempo y que le hubiese cobrado 40 dólares, sí, 40 dólares, por esa estúpida frase que cualquiera podría repetir, que la humanidad venía repitiendo desde que Adán y Eva fueron expulsados del paraíso y Eva le dijo a su marido, no te preocupes, nos acostumbraremos con el tiempo. Entró en el

apartamento y dio un portazo. No había nadie y se alegró de su soledad. Hubiese sido muy duro con Samid, le hubiera dicho palabras muy desagradables e injustas. Ella, finalmente, solo quería ayudarlo y le había recomendado lo mejor que se le había ocurrido, algo bastante sensato, por otra parte. Se preparó un sándwich y se sentó en su sillón favorito frente a la ventana. Cuando Samid volviera lo encontraría tranquilo, y en capacidad de decirle que el doctor Rei era un excelente profesional y le había explicado que ese tipo de síntoma era muy común actualmente. Parece estar relacionado con la sociedad líquida y otros problemas de la posmodernidad. De momento, nada por qué preocuparse.

-¿Estás seguro de que dijo eso?

-Claro que estoy seguro, y que volviera en un mes para controlar cómo seguía. Lo único es que es muy carero. No creo que pueda ir con frecuencia. Trataré de curarme solo.

Samid estuvo de acuerdo.

3.

Se sentía desconcertado, sin hallar qué hacer ni qué pensar, sin estar seguro de nada. La consulta con Augusto Rei, sin embargo, lo había tranquilizado, no porque hubiese resuelto ningún conflicto ni llegado a ninguna conjetura significativa, sino gracias a que le había permitido acrecentar su museo. Ahora podía añadir el consultorio de Hernán, amigo de otros tiempos, de cuando eran muchachos y armaban pedreas contra los de la calle de abajo. Ellos eran los de la calle de arriba. Qué juegos tan tontos, pensó, tan sin sentido. Lo único que lograban era partirle la mano a uno o abrirle un boquete en la cabeza a otro, pero eran los juegos que les gustaban. Eso, o ver películas pornográficas en el betamax de su papá. Hernán formaba parte de ese lugar en su memoria, el lugar de las pedreas y de las películas pornográficas. Si Hernán había desaparecido, era como si el Dimas de las pedreas y del betamax también hubiera desaparecido. La memoria es colectiva, escribe Maurice Halbwachs.

Dimas recordaba haber reseñado ese libro apenas ingresó al instituto, *La memoria colectiva*. Fue uno de los primeros libros que seleccionó. Si cerraban el instituto era probable que eliminaran la biblioteca. Para qué una biblioteca, se dirían los supervisores, para qué unos libros que siempre presagian desgracias, cuánto más útil que en cada escuela, en cada liceo, en cada universidad, en cada instituto, en cada plaza, y en cada avenida, se sembrara un huerto productivo. Eso sería lo que dirían los optimistas: los libros, incluyendo los de Halbwachs, y sobre todo los de Halbwachs, son siempre pesimistas. ¿Qué se puede esperar de

alguien que escribió un libro sobre las causas del suicidio, y que cuando se publicó su obra maestra sobre la memoria ya el mismo autor había muerto de disentería en un lugar tan inhospitalario como Buchenwald? Era necesario montar una pedrea contra el pesimismo.

“Hay jugo de naranja natural en la nevera”, leyó en un papelito que encontró en la mesa de la cocina. Dimas terminó de desayunar y pensó que debía programar su paseo del día. No quería buscar a Hernán, no sabía cómo hacerlo, ni tenía la menor idea de dónde pudiera estar su amigo de las pedreas y el betamax. Se propuso un camino diferente al del día anterior pero no pudo evitar regresar al mismo lugar. Quizás hoy encontraba al dueño de la cafetería y le preguntaba por la librería. La tienda de mascotas abría un boquete en su cabeza, desalojaba su recuerdo y ya él no podía ser Dimas en la librería. El comercio es cambiante, vibrante, los lugares rotan y los servicios que ofrecen también, es un principio básico de la economía de mercado, pero Dimas en la tienda de mascotas no era el mismo. De todos modos, y ya que estaba en la esquina de aquel lugar común, entraría en la cafetería, y si el dueño se presentaba hoy podría preguntarle qué había pasado con la librería de la esquina.

-Un café guayoyo y un cachito, por favor.

El hombre le dio el tique y le dijo que lo pidiera en la barra. Buscó al muchacho que lo había atendido la otra vez, pero no lo veía.

-No hay nadie.

-Ya va, tenga paciencia, ahora viene.

-¿Es usted el dueño?

-¿Algún problema?

- Ninguno, es que hace unos días pasé por aquí y quería hacerle una pregunta.

-A ver...

-¿Usted recuerda la librería de la esquina.

-No soy mucho de libros, no creo que haya estado nunca en una librería.

-Pero aunque no haya estado puede ser que la haya visto, era el negocio casi al lado del suyo.

-Yo vengo poco, tengo a este muchacho que atiende, aunque no sirve para nada, y cuando vengo pues voy directo al trabajo, a la caja, y al depósito para chequear la mercancía, así que ni me fijo en lo demás.

-Este es el señor que le dije, el que quería hablar con usted -dijo el muchacho que apareció en ese momento.

-Ya veo, pero es que de lo que me pregunta no puedo decirle nada. ¿Se quiere tomar el café o no? Cachitos me parece que no hay.

Dimas bebió el café de un trago y se fue. Se asomó a la vitrina de la tienda de mascotas y le pareció que todo estaba muy desordenado. La joven atractiva se acercó a la puerta y le dio la vuelta al cartelito para que por fuera se leyera “cerrado”. Dimas insistió y trató de entrar.

- Estamos cerrados.

-¿Por ahora o para siempre?

La joven, que ahora parecía menos atractiva, no contestó.

-Si busca cosas para mascotas, en el centro comercial más abajo abrieron otra mucho mejor -le dijo la mujer que llevaba la gata en la cesta-, esta tienda está cerrada

Dimas repitió la pregunta, ¿por ahora o para siempre?

-Y yo, cómo voy a saber.

Cruzó la avenida y pasó por delante del hotel que ya no era hotel. Creo que va siendo un día positivo, puedo añadir nuevas piezas al museo, definitivamente la librería y el hotel. Esta esquina ya ha dado todo lo mejor de sí.

-¿Cómo te has sentido hoy? -le preguntó Samid por la tarde.

-Bien, bastante bien. ¿Te gustaría ver una peli porno?

-Dimas, por favor, ¿a estas alturas pelis porno?

-¿Por qué no?

-Son cosas de muchachos, ¿no te parece? Yo preferiría aprovechar que es temprano y que Cosme no ha llegado para hablar de lo nuestro.

-De todos modos, por si en algún momento te dan ganas, tengo ésta.

-*Garganta profunda*. ¿De dónde la sacaste? Es *vintage*.

-Era de la colección de mi papá.

Samid lo besó en la frente. -No prometo nada, a lo mejor la vemos luego.

Finalmente no pudieron ver la peli porno porque Dimas no encontró el betamax. Estaba seguro de que lo había guardado en el maletero junto al tocadiscos y algunos LP de vinilo que también eran de su padre. Nunca los había vuelto a escuchar,

aunque siempre los había guardado, no solo por sentimentalismo sino porque ahora eran muy valiosos para los coleccionistas, pero habían desaparecido.

-Déjalo así, dijo Samid, otro día lo buscamos con calma.

-¿Será que hubo un robo?, el maletero estaba completamente lleno y ahora lo veo medio vacío.

-Quién sabe, todo se lo roban. No te preocupes más por eso, si quieres vemos esa película o puedo chequear a ver qué tienen en el quiosco.

Dimas no contestó, estaba pensando cuál podría ser su recorrido para el día siguiente. No quería volver a la esquina de las dos avenidas, ya todo lo que no había en ella estaba guardado en el museo de los lugares perdidos. Solo quedaban el semáforo, las aceras, y el asfalto de la calle. Se le presentó una imagen, Foto Benita. Allí era donde su padre los llevaba a sacarse las fotos para los carnets o los pasaportes. Eran fotografías de revelado, de las que estaban listas al día siguiente, o a los dos días, si la tienda tenía mucho trabajo. Al principio atendía una señora ya un poco mayor, con acento extranjero impreciso, quizás húngara o checa, cómo iba a reconocer su padre ese tipo de acento, pero eso era lo que él decía. Luego atendía una mujer que podía ser la hija o la sobrina de la señora de acento impreciso, y después un muchacho que era evidentemente un empleado. Foto Benita era un establecimiento muy importante en su vida, lo habían frecuentado de niños y de adolescentes, su hermana y él, siempre juntos. Vayan entrando mientras encuentro donde estacionar, decía su papá, y así lo hacían. Carnet o pasaporte, preguntaba la señora húngara o checa. Pasaporte, contestaba él; carnet,

contestaba su hermana. Pónganse de acuerdo, decía la señora. Las dos cosas, necesitamos las dos cosas. Bueno, bueno, decía la señora húngara o checa, siéntense allí hasta que venga su papá. Entonces, si Foto Benita había dejado de estar donde estuvo siempre, ocurriría algo muy grave. Desaparecerían también él y su hermana, sus pasos dejarían de recorrer la calle, sus cuerpos de sentarse en las sillas de Foto Benita, y también se esfumarían la señora húngara o checa, o a lo mejor polaca, todo junto con las máquinas de revelado, la cortinita y la pantalla blanca detrás de la silla del posado, el mostrador y los retratos de otros niños que habían pasado por allí, a los que sus padres habían llevado para demostrar que habían hecho la primera comunión, o se habían disfrazado de Zorro, o se habían graduado de bachilleres, o se habían casado. No podía suceder. No debía suceder. Foto Benita contenía la memoria colectiva de aquel vecindario que desaparecería impunemente.

Tomó una buseta, se bajó a dos cuadras, nadie en el mundo podría decirle que se había equivocado de calle, nadie estaría en capacidad de discutirle que esa no era la calle donde se situaba Foto Benita, cuyo propósito estaba implícito en el mismo nombre. El modelo de negocios (le hacía gracia la manera de hablar de los modernillos) era tomar fotos a la gente y cobrar por el servicio. Y para que no quedaran dudas al posible cliente de cuáles eran esos servicios, se llamaba Foto Benita. Modelo sencillo y práctico. Hubo un tiempo en que abrió un nuevo estudio de fotografía en el centro comercial, pero su padre consideró que tanto la calidad como el precio de Foto Benita eran insuperables y por nada del mundo iba a cambiar.

Con absoluta seguridad en sí mismo Dimas caminó, sin estar pendiente de las otras tiendas que pudieran haberse transformado, pero Foto Benita no aparecía y tenía que estar allí donde siempre estuvo. De lo contrario su hermana y él quedarían congelados y perdidos en la adolescencia y sobre todo su padre quedaría abandonado para siempre. Sin betamax, sin Foto Benita, sin discos de vinilo, ¿quién era su padre?

Se sentó en una mesa de la terraza de un establecimiento en el que parecían vender café, sushi y burritos. Pidió un té frío. “De durazno”, dijo el empleado. “¿Perdón?” “Que solo tenemos de durazno”. Dimas aceptó el té de durazno porque quería sentarse un rato. Vio a un hombre subiendo y bajando la calle, igual que lo había hecho él, mirando vitrina tras vitrina. Un hombre de mediana edad, trajeado como de oficina, con un maletín en la mano. Debe ser un hombre que necesita unas fotos, pensó. El hombre se le acercó.

-Disculpe ¿usted sabe si por aquí queda un negocio de fotografías?

-¿Está buscando Foto Benita?

-En realidad, no sé el nombre, me dijeron que en esta calle había un estudio de fotografía-

-Foto Benita -afirmó Dimas-, se llama así, yo también lo estoy buscando.

-¿Y tiene urgencia con las fotos? - el hombre se sentó a su lado.

-No demasiada.

-Yo sí estoy apurado -dijo el hombre del maletín. -Es para presentar un negocio a los militares, yo también soy militar.

-Entiendo.

-Soy capitán del ejército, retirado. Experto en gerencia de proyectos y comunicaciones electrónicas, hice un posgrado en Houston -mostró una tarjeta.

-Qué bueno.

-Yo no quería saber más nada del mundo militar, después de lo que pasó, usted me entiende, pero ahora con esta situación uno tiene que buscar trabajo donde sea, y como conservo algunos amigos, se me ocurrió presentar un curso de gerencia para oficiales medios, muy sencillo y muy bien estructurado. Me dijeron que trajera mi curriculum con dos fotografías.

-Así que es militar...

-Pero, ojo, yo no tengo nada que ver con esta gente, vamos a estar claros, muy claros -miró el reloj-. Parece que esta tienda ya no está funcionando y yo no puedo perder tiempo. Si quiere me acompaña y buscamos otra.

Una vez en el centro comercial vieron que muchos de los locales estaban cerrados, la mayoría de las luces de neón no funcionaban, el piso de granito estaba renegrido y las paredes con manchones, el olor de las escaleras era nauseabundo. Dimas seguía al capitán que iba preguntando a quien se cruzara, hasta que apareció el estudio fotográfico.

-Menos mal que hay poca gente, se me ha hecho tarde con esto de dar vueltas. Pase primero, usted lleva más tiempo esperando.

Dimas repitió que no estaba apurado, podía sacarlas después o cualquier otro día. El dueño del negocio se dirigió a ellos y les explicó que en su local, en aquel momento, no podían tomarse

las fotos porque la cámara no funcionaba, pero en el local de enfrente, que era de unos amigos, se las tomaban y luego él las imprimía en el suyo.

-Qué complicado, ¿no?

-No es complicado, son cosas de estos tiempos, que hay que solucionar problemas con rapidez y buena voluntad. Y todos nos ayudamos un poco. Tómense un cafecito mientras les voy tomando las fotografías. ¿Carnet o pasaporte?

En el local a Dimas le pareció escuchar la voz de la señora húngara o checa y a su hermana diciendo “necesitamos las dos cosas, carnet y pasaporte”.

-Bueno, pues esto ya está. Ahora esperen otro momentico para imprimirlas, eso lo tengo que hacer en mi local porque en este no tienen papel fotográfico. ¿Ven que todo sale rápido? Tenemos muchos años en este oficio.

Dimas y el capitán estuvieron parados un rato frente al negocio, pero como las fotos se demoraban dieron una vuelta hasta acercarse a los ventanales. A través de ellos se veía una avenida principal por la que transitaban decenas de personas que iban en aumento y luego eran centenares.

-¿Qué está pasando? -preguntó Dimas.

-Parece que hay una manifestación, no sabía que venía por aquí- dijo el capitán-, ¿y usted?

Dimas contestó que tampoco lo sabía -No son cosas que salen en los noticieros.

-Claro que no. Esto va a ir en aumento, sabe, cada vez más. La gente se está rebelando, y comienza a dispararles.

-¿A quiénes?

-A ellos, a quién va a ser. A lo mejor por donde usted vive no pasa nada de esto, pero por los alrededores de las montañas, donde vivo yo, ahí sí que pasa de todo. Óigame lo que le digo, de aquí a unos meses esto está prendido.

Dimas sintió que debía irse de inmediato. Sin decir nada se alejó y se detuvo en la acera, mezclado con el gentío que seguía llegando. Por un momento lo perdió de vista, pero enseguida volvió a ver al capitán, que poco a poco se acercaba a él, como si estuvieran juntos, como si quisiera hacerles ver a otros que estaban juntos. Entonces Dimas logró distanciarse y confundirse en un grupo de jóvenes que gritaban consignas, y fue dando pasos hasta que al hombre del maletín y él los separaba una multitud. Subió por una calle distinta a la que habían tomado para llegar desde el centro comercial a la avenida, y cuando pasaba frente al lugar donde debería estar Foto Benita recordó que se le había olvidado recoger las fotos.

4.

Al despertarse en la madrugada sintió la respiración y la tibieza de Samid a su lado. Se levantó y buscó en la cocina un vaso de agua fresca, desde allí escuchó los ronquidos de Cosme. Todo está en calma, pensó. Solo yo estoy despierto, oyendo la sirena de un barco que se aleja. Pero al menos lo oigo sin inquietarme, lo imagino acercándose a los muelles de un puerto que no conozco, y que debo haber visto en alguna película. ¿*El hombre de Londres*? Quizá. Todo volvía a su padre, en su pequeña biblioteca los libros más frecuentes eran las novelas de Simenon. No son libros para niños, decía su madre.

Era un gran avance escuchar la sirena del barco con tranquilidad. A lo mejor la consulta con el doctor Rei había sido más beneficiosa de lo que había supuesto. ¿Qué era lo que le había dicho sobre eso?, ah, sí, le había preguntado si era un sueño o una alucinación. Ninguna de las dos cosas, es una sirena que flota en mí y que escucho vívidamente, eso es lo que le había respondido, o algo parecido, o lo que debería haber respondido. Pero el doctor Rei no había puesto demasiada atención en ello, quizás eso era lo que le había tranquilizado. Samid y Cosme montaban un escándalo con el asunto de la sirena, les parecía que estaba loco o bajo un severo síndrome de estrés. Se le presentó entonces una necesidad inmediata, un deseo impostergable. Ver los filmes basados en novelas de Simenon, todos los que pudiera encontrar. Y para ello tenía que ir a la universidad y buscar en el pasillo donde se instalaban los

quioscos de libros y videos, ese era el único lugar en el mundo en que podría saciar su sed.

Esperó a que Samid y Cosme se despertaran. Quizá Cosme querría acompañarlo. Habían pasado muchas horas juntos, cuando eran jóvenes, en aquellos pasillos.

- ¿Vienes, entonces?

- Sabes que no puedo. Los supervisores están a la caza del menor detalle para dejarnos sin trabajo, una mañana que llegue tarde y ya estoy en la mira. Además, ¿te acuerdas qué día es hoy?

- Miércoles, creo.

- Miércoles, sí, pero además es el día de la alegría del funcionario. Hoy debemos pararnos frente a la entrada del edificio donde cada quien trabaja, y cuando sean las doce en punto, todos debemos gritar algo que exprese nuestra felicidad.

- ¿Algo como qué?

-Cualquier cosa, algo que se escuche, que oigan los supervisores.

-Eso es nuevo, no recuerdo esa consigna cuando trabajaba en el instituto.

-Es nuevo, y hay unas cuantas cosas nuevas más. No estamos para perder mi sueldo.

- ¿Cómo han ido las ventas? -preguntó Samid.

-Las ventas han ido muy bien, pero nos queda muy poca mercancía.

- ¿Y entonces qué hacemos? -insistió Samid.

-Pues no sé, pensar en comprar más, puede ser.

Dimas esperó a que se marcharan y salió. Lo mejor era tomar el metro hasta una parada muy cerca de la universidad. Tuvo que

dejar pasar varios trenes porque iban abarrotados y algunos ni siquiera se detenían. Por fin logró subirse y entrar en un vagón atestado de gente y con poco aire, pero el trayecto no era demasiado largo. A veces había arrollamientos o suspensiones del servicio por fallas de electricidad, pero aquella mañana todo salió bien y Dimas bajó en la entrada de la universidad y se dirigió contento hacia allá. Estaba de buen humor. Le gustaba volver a un lugar tan querido, y que, estaba seguro, no sería necesario guardar en el museo de los lugares perdidos porque era un lugar inmortal y eterno. Cruzó la avenida y recorrió los largos pasillos que conectaban unas facultades con otras, tenía la ilusión de encontrarse con algún conocido, pero parecía haber menos gente de lo usual a aquella hora de la mañana, mucha menos que antes. Llegó al pasillo de los quioscos y lo caminó hasta el último, donde estaba su preferido, sentía cierta intranquilidad de que su dueño no estuviera, pero no era así. Allí estaba David.

-Hola profe, cuánto tiempo sin verlo. Nos tenía olvidados.

-Claro que no, es que no había tenido tiempo de venir.

-Muy ocupado como siempre. ¿Sigue en el instituto?

-No, estoy jubilado.

-Cómo va a ser, pensé que le faltaba para eso.

- ¿Y qué hay de bueno por aquí?

David procedió a enseñarle las novedades, que no eran muchas, dijo. Habían tenido problemas con el distribuidor.

-Han cerrado algunos quioscos, ¿no?

-Es que la cosa está muy dura, profe, no es solo el tema de los costos, sino que nos han asaltado varias veces. La semana pasada

de aquí se llevaron unas cuantas películas, el efectivo que estaba en caja, los teléfonos, y lo peor, el terminal del punto de venta. Al final casi que tuvimos suerte, a los chamos de los libros de medicina, además de robarles, les cayó una coñaza que casi matan a uno.

-¿Iban armados?

-Yo me imagino que sí, pero no les hacía falta, ellos sabían que con nosotros, los pasilleros, iba a ser fácil. Bueno, lo dejo para que vea las pelis con tranquilidad.

Dimas revisó las filas de videos, separadas por países como le gustaba a él, no por temas que es algo muy dudoso, y allí estaba. *El hombre de Londres*.

-David, ¿ésta es nueva?

-Caramba, no sé. Déjeme ver, la registramos hace dos años. ¿Será que usted no venía desde hace dos años?

-¿Estás seguro de que la copia es buena?

-Segurísimo, profe, y si tiene alguna falla se la copiamos otra vez.

-Es que esta película es la que quiero. Yo creo que la vi alguna vez, pero no la encuentro en mi casa. ¿Tienes otras basadas en novelas de Simenon?

-No creo, pero le puedo dar más del mismo director; a ver, *El caballo de Turín*, *Tango satánico*, ¿las ha visto?, ah, y esta otra, *Las armonías de Werckmeister*. Mi novia dice que son todas maravillosas.

-¿Tu novia es aficionada a Béla Tarr?

-Al cine de esos países, en general, directores húngaros, checos, polacos. A mí también me gustan, pero me parecen muy lúgubres.

Dimas se marchó del quiosco con una bolsa en la que llevaba las recomendadas y algunas otras, pero sobre todo con la que necesitaba ver, la que contenía la imagen del barco cuya sirena escuchaba constantemente. Una vez en la estación del metro, sintió un tirón en la bolsa, por un instante pensó que lo estaban robando.

-Dimas, amigo, ¿cómo estás?

Era Raskolnikov, una sombra que aparecía de cuando en cuando y que le producía grima. Alguien que conoció en alguno de los bares cercanos a la universidad, y que se acercaba para que lo invitaran a una cerveza, y si era posible, un whisky. Siempre llevaba *Crimen y castigo* debajo del brazo, decía que era para leer mientras esperaba a los amigos.

Dimas lo saludó fríamente y le dijo que estaba apurado. Raskolnikov lo siguió y se paró al lado suyo en el andén. No podía impedirle que estuviera allí, que se subiera en el mismo vagón y que le hablara. Apretujados uno contra otro en medio de los demás pasajeros esperaba que llegara el momento en que le iba a pedir dinero, pero la ocasión no se presentaba, parecía que no lo iba a hacer. Raskolnikov solo quería hablar, hablar ininterrumpidamente, contar anécdotas de una vida que no le interesaba, miserias que no podía solucionar, bromas que no daban risa, y Dimas lo único que quería era llegar a su estación de salida y bajarse tan rápido que no le diera tiempo de seguirlo, pero no podía desprenderse de él.

-¿Has escuchado lo que dicen que va a pasar?

-No he escuchado nada.

-Seguro que sí, todo el mundo lo sabe.

Dimas continuaba en silencio.

-Deberías saberlo, es bueno estar prevenido -y se acercó a él para decirle algo al oído. - ¿Lo sabías o no?

Comenzó a experimentar lástima por Raskolnikov, de ser un lambucio, un pobre tipo mendigando tragos en bares subalternos, ahora se había convertido en lo que a lo mejor siempre había sido y ellos, los profesores, no habían percibido: un loco. Lástima y asco. Estaba flaco, muy flaco, sucio, olía mal, no parecía haberse bañado en días. Por fin se aproximaron a la estación de Dimas. Pensó que no iba a lograr bajarse sin que lo siguiera, y lo mejor era enfrentarlo directamente.

-Oye una cosa, yo me bajo en la próxima, pero estoy muy apurado, no puedo conversar contigo, tú te quedas, ¿oíste?, te quedas aquí y otro día nos vemos. No me sigas.

-Como usted diga, jefe.

Dimas salió de la estación de metro avergonzado, pero aliviado. Había visto la cara de Raskolnikov a través del vidrio del vagón y lo había dejado atrás.

Cuando llegó a casa lo primero que le dijo a Cosme fue:

-Me encontré a Raskolnikov en el metro.

-Qué vaina, ¿y te pidió plata?

-No me pidió nada, pero no quiero verlo más. ¿Sabes lo que me dijo?, me dijo algo como, “todo va a explotar, todos vamos a explotar”.

Cosme se echó a reír. -Una sabia premonición. Por cierto, hubo otro arrollamiento, ¿te agarró adentro?

-No, por suerte, con Raskolnikov es suficiente.

Quería esperar a quedarse solo para ver *El hombre de Londres* sin interrupciones. Comenzando por los créditos: directores, Béla Tarr, Ágnes Hranitzky (su esposa). Guionistas: Tarr y László Krasznahorkai sobre un libro de George Simenon (había reseñado varios libros de Krasznahorkai, ninguno de Simenon). Principales actores: Tilda Swinton (Camélia), Erika Bók (Henriette), Miroslav Krobot (Maloin), János Derzsi (Brown). En la primera secuencia, en fotografía de alto contraste b/n, la proa avanza hacia el espectador y la imagen se va abriendo lentamente hasta mostrar todo el barco. Mientras, la banda sonora replica el sonido de una sirena. La sirena en la bruma y el humo del tren silbando frente al muelle componían exactamente la visión de Dimas. No solo lo escuchaba y lo veía, sino que experimentaba el vértigo de encontrar ese lugar y dejarse tragar por él y por aquellos personajes, Camélia, Henriette, Maloin, que vagaban en medio de las paredes de calles estrechas, de ventanas cerradas, de humedad persistente. Dónde, se preguntaba Dimas, dónde he visto yo esas imágenes, de qué las conozco. Nunca he estado en ese puerto, entonces, cómo es posible que ahora lo busque aquí, en esta ciudad sin mar, con la seguridad de que, aunque no lo haya visto nunca, se encuentra en alguna parte, por qué reconozco ese muelle, me despierto oyendo la sirena y la espero durante el día.

Quedó exhausto después de las dos horas y diecinueve minutos. Lo importante había sido intuir, enlazar, comprender la seguridad interior -la locura, diría Samid- de escuchar aquella sirena, de saber que ese barco no estaba anclado en un muelle lejano sino allí, muy cerca de todos. Y además, verla le había añadido otras fuentes de búsqueda obsesiva. La primera versión cinematográfica de la novela de Simenon, publicada en 1933, era *Temptation Harbour* dirigida por un tal Lance Comfort en los años cuarenta, a quien nunca había escuchado mencionar. La copia era inencontrable. La travesía del ferri Newhaven-Dieppe unía Inglaterra y Francia, y la ruta seguía existiendo. Si pudiera, pensó Dimas, si existiera la imposible oportunidad, haría esa ruta, tomaría ese ferri y escucharía la sirena.

Cuando terminó de verla se sentó en su sillón preferido frente a la ventana y abrió un libro sin demasiadas ganas de leerlo. Escuchó la cerradura de la puerta y vio entrar a Cosme.

-La cosa va mal, no nos quedan más remesas para vender, y tampoco se me ocurre de dónde sacar dinero. No quiero vender el automóvil, todavía puede ser útil y jamás lograría comprar otro.

-Si aparecen los discos de vinilo de mi papá puede ser que hagamos un buen negocio, he escuchado que hay coleccionistas que los pagan bien.

-Puede ser, pero ¿dónde están?

-Samid dice que los guardamos en el maletero pero no los encuentro allí.

-Se los robaron, olvídate de eso. Hay que buscar otra solución. ¿Has escuchado hablar del negocio del truequeo?

-¿Qué palabra es esa, por favor?

-Como suena, hacer trueque. Parece que rinde bien, y no tendríamos que hacerlo nosotros mismos, lo que hace falta es asociarse con alguien que negocie los productos en algún mercado.

-Y para eso necesitamos dinero.

-Exactamente.

-¿Que vamos a obtener cómo?

-Lo que te voy a decir es duro pero realista.

-No me sorprende, la realidad casi siempre es dura como una piedra.

-Fíjate en esto, es una oportunidad de negocio.

Dimas soltó una carcajada. - ¿Oportunidad de negocio? ¿De dónde has sacado esa expresión?

Cosme se rio también y buscó una cerveza de la nevera.

-Es bueno que nos lo tomemos con humor. Pues sí, oportunidad de negocios. La semana pasada estuvo de visita en el instituto un tipo que dice representar a varias universidades norteamericanas, quería conocer la biblioteca y hacer una oferta por los libros. No pude hablar con él directamente, solo se reunió con los supervisores, pero sabes que todo se filtra, y el caso es que el instituto está dispuesto a venderla toda.

-Eso es ilegal. Son bienes de la nación.

-Dimas, queridísimo amigo, aterriza un poco. En el Reino de la Alegría, como muy bien sabes, la mayor parte de los libros no hacen falta. Existe el proyecto de que todo ese material, así lo llaman, material, debe desaparecer. Alguien había sugerido quemarlo, lo que sin duda no es una novedad histórica, pero la

presencia de este comprador inesperado abre las nuevas oportunidades de negocio de las que te vengo hablando. Vender, Dimas, vender ese peligroso material a alguna universidad gringa para que se infecten de teorías perniciosas.

-Y el negocito, ¿quién es el afortunado que tendrá la oportunidad de hacerlo?

-Supongo que se pondrán de acuerdo entre ellos. La compra es en verdes, constantes y sonantes.

-Sigo sin entender donde entramos nosotros.

-Aquí viene lo que te quería proponer. Creo que podré tener contacto con este hombre y decirle que tenemos más libros que ofrecerle. Bibliotecas privadas.

-Comenzando por la mía, por supuesto.

-Pues sí, comenzando por la tuya. Si yo tuviera la mía no dudaría en ofrecérsela, pero después de la separación Jazmín se la llevó toda, dijo que la había comprado con su dinero, lo que no es del todo cierto, pero igual se la llevó. He pensado hablar con ella y proponerle esto, aunque me dicen que hace tiempo que no la ha visto nadie. Parece que también ha desaparecido.

-Entonces, pensaste en la mía. Separarme de mi biblioteca en esta tremenda oportunidad de negocio.

-Dimas, sabes muy bien que en general no tenemos muchas oportunidades de nada. Esta es una ocasión que nos cae sin haberla buscado. Con esos dólares podremos resistir un tiempo más los tres.

-¿Cuánto más?

-Cuando se está resistiendo no se puede preguntar cuánto más. Solamente seguir adelante.

- También podría vender el apartamento...
- También, pero no tendrías donde vivir.
- ... y alquilar una habitación en alguna parte, o irnos a alguna vivienda abandonada. Parece que hay muchas.
- No te pongas amargo, esto que te propongo es una solución que te permitiría seguir en las mismas condiciones por un buen tiempo.
- Las mismas condiciones sin mis libros.
- Piénsalo, este tipo no va a quedarse mucho rato por aquí. Está recorriendo todos los lugares donde pueda encontrar bibliotecas, sabe que la política es no más libros; los compra a precios de gallina flaca y los vende a las universidades.
- Podríamos hacerlo directamente nosotros.
- Ya lo había pensado, pero es muy cuesta arriba. Sin los contactos tendríamos que iniciar una rueda de consultas con las universidades de medio Estados Unidos. Nos tomaría un tiempo infinito y sin ninguna certeza de éxito. Esto que te propongo es fácil. Hablo con este hombre, lo traigo para acá, y si le gusta lo que tienes, contrata los contenedores, se lleva los libros y nos paga. No lo vemos más nunca, y de paso, es completamente legal, tus libros no son bienes de la Nación.
- En cierta forma, sí lo son, forman parte del acervo cultural.
- Piénsalo y consúltalo con Samid.
- No tengo ninguna duda de que estará de acuerdo, cualquiera estaría de acuerdo, yo mismo estoy de acuerdo.
- Entonces, ¿nos ponemos en eso?
- Dame un tiempo para pensarlo, por lo menos un día.

Dimas nunca había sido un hombre rico, su familia tampoco lo había sido, aunque se lo pareciera a mucha gente, pero no ricos como había llegado a saber que se puede ser. Toda su vida había permanecido en esa zona neutral de la clase media media, clase media *flat*, decía Samid. Nunca había vendido sus pertenencias, salvo cuando era niño y les vendía las barajitas repetidas del mundial de futbol a sus amigos. Sus padres tenían un solo automóvil y su madre lo vendió cuando murió su padre, también la casa, y con ese dinero su hermana y él habían comprado dos apartamentos, uno de ellos el apartamento en el que siempre había vivido con Samid, y el otro el de su hermana. La casa de sus padres no era una casa en la que hubiera joyas, cuadros, platos finos, juegos de copas o cuberterías para vender. Cuando su madre murió en el apartamento de su hermana, con la que se fue a vivir al venderse la casa, no había nada de valor excepto la cama clínica y el sillón verde que él había guardado. Las pertenencias personales de su madre que estaban en buen estado se las regalaron a la mujer que la cuidó durante sus últimos años. El dinero de la libreta de ahorros (en aquella época la gente tenía un instrumento bancario llamado libreta de ahorros), se utilizó para los gastos del entierro. Ese era más o menos el recuento de sus riquezas y no se quejaba. Había tenido una buena vida, su familia había tenido una buena y honorable vida gracias al trabajo de su padre como visitador médico, una profesión que también existía en aquella época. No estaba acostumbrado a la idea de vender sus cosas para comer, no es que eso lo humillara, en absoluto, estaba dispuesto a venderlo todo, pero sacrificar los libros que había acumulado durante

tantos años era una herida irreparable. Ahora se predice que nuestra memoria será externa, pensaba Dimas, todo estará recogido en los artefactos electrónicos y no será necesario recordar nada. Bueno, su memoria externa estaba registrada en aquellos libros. Una vez que se fueran su memoria también desaparecería. ¿Y quién quiere recordar?, pensó. No hay nada que valga la pena recordar. Una afirmación poco apropiada para un reseñador profesional.

5.

Caminó hasta la esquina para subirse a una buseta y se puso en la cola. ¿Llevan rato esperando?, preguntó. “Bastante”, dijo alguien. “Como que hoy no pasan”, dijo otro. Decidió tomarlo con calma, no estaba apurado. Transcurrió más de una hora, los que estaban cuando llegó se habían ido, pero aparecían nuevos así que la cola era siempre la misma, aunque ahora él estaba en los primeros puestos. Cuando pasara la buseta se montaba seguro. De pronto se escuchó un murmullo que fue creciendo hasta convertirse en gritos, “nos mandan la perrera, nos mandan la perrera”. “Un tío mío yendo a su pueblo se cayó de la perrera y se mató. ¿Y saben lo que dijo el guardia nacional?, se nos cayó un cochino, eso fue lo que dijo”. “No somos animales, oyeron, no somos animales, somos gente, metan en la perrera al coño de su madre”. “¿Usted me puede ayudar a subir?”, le pidió una mujer muy vieja. Dimas dijo que sí, que la ayudaba. “Y a mí, ¿me puedes ayudar con el niño?”, dijo otra. Dimas dijo que también la ayudaba.

La perrera no se detuvo. Era un camión de transporte de ganado y estaba completamente lleno, algunos muchachos se agarraban de los postes con el cuerpo casi en el aire, otros iban sentados unos encima de otros. Ante el riesgo prefirió ir a pie. Cuando llegó al banco estaba sudando, había caminado varias cuadras y hacía mucho calor. La cola empezaba en la calle, contó unas cuarenta personas afuera, y probablemente habría otras tantas adentro. La mayoría eran obreros, algunas personas de tercera edad, y motorizados de los que hacen recados para sus jefes. Todos esperaban en silencio y por suerte la cola fluía

bastante rápido. En eso un hombre se desplomó. No se escuchó nada hasta que los que estaban alrededor comenzaron a gritar, “¡llamen una ambulancia, un médico, una ambulancia!” Continuaban las voces de auxilio y el hombre seguía en el suelo. “Alguien se llevará el cadáver, no pueden dejarlo en la acera”, escuchó. La gente seguía pendiente de la cola y de evitar que otros se adelantaran. Por fin entró en el banco e intentó sacar el número de la máquina repartidora de turnos. El vigilante le dijo con un gesto que no funcionaba y que se sentara. Cada tanto, cuando los asientos se vaciaban, avanzaban en los puestos y Dimas recordó un juego de su infancia, las sillas musicales. Mientras se escuchara la música había que dar vueltas alrededor de las sillas, pero siempre había una menos que participantes, de modo que al silenciarse la música todos debían correr a tomar un puesto y alguien forzosamente quedaba sin silla. Así hasta que solo quedara una. Un juego premonitorio.

Pasaba el tiempo y Dimas seguía leyendo el libro que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, hasta que alguien le avisó que era su turno. Se levantó y se puso en la cola, solo había dos personas por delante. Llegó a la taquilla y enseñó su carnet de identidad, el cajero introdujo sus datos, y en segundos el contador de billetes dispensó el monto mensual de su jubilación. Los trámites habían sido engorrosos y era la primera vez que la cobraba. Contó los billetes varias veces.

- ¿La falta algo? - preguntó el cajero de mal tono.
- Nada- contestó Dimas.
- Entonces, por favor, siguiente.

Contó una vez más los billetes. El vigilante del banco le hizo una seña; ojo, quería decirle, no saques tu dinero así, todo el mundo lo puede ver. Lo guardó en el libro y salió a la calle. Esta vez sí pudo subirse a la buseta y llegar a su casa sin problemas. Se había hecho tarde, sin darse cuenta eran ya las cinco, había pasado parte del día en el banco y no había almorzado. Samid propuso que cenaran temprano, había mucho que conversar.

-No hay nada que conversar -dijo Dimas-, todo está muy claro. Vamos a lo que vamos, a lo que estamos todos esperando. La biblioteca, es decir, mi biblioteca.

-¿Has tomado alguna decisión? -preguntó Samid.

Dimas sacó el dinero que había cobrado en el banco y lo puso sobre la mesa.

-Esta es la decisión.

Se hizo un silencio espeso.

-Llama a ese comprador de libros y dile que se pase por aquí, con el dinero en la mano, nada de transferencias ni vainas raras. Billeto sobre billete.

-¿Y cuánto vamos a pedir?

-Yo creo que se puede pedir un dólar por ejemplar -dijo Samid.

-Yo diría que dos -dijo Cosme.

-Pidamos tres -cerró Dimas-, ya habrá tiempo de regatear. ¿Cuántos volúmenes crees que hay?

-4.735.

-¿Contados uno por uno?

-Contados anoche, incluyendo el que te llevaste esta mañana. Supongamos que logramos vender a dos por volumen, estamos hablando de 9.470 dólares.

-Lo único que les pido es que cuando lo traigan para acá yo no esté.

-Ahora es urgente pensar en lo nuestro -dijo Samid abrazándolo.

-Y más urgente comernos esos espaguetis, no he probado nada en todo el día.

Llegó la fecha convenida para la visita del comprador de libros y Dimas se fue antes de que se presentara. No había electricidad. Mal augurio, pensó, se va a echar los cinco pisos a pie y llegará de pésimo humor. Decidió irse a una cafetería y esperar allí, Cosme le enviaría un mensaje cuando todo estuviera listo. Sorprendentemente en menos de una hora recibió el mensaje.

-Pensé que la negociación tomaría más tiempo.

-Fue rápida -dijo Cosme.

-Bueno, ¿y en cuánto quedamos?

-En nada -contestó Samid.

-¿Cómo en nada?

-No hubo trato. El tipo quería comprar por peso. Estuvo un rato viendo los libros, y llegó a la conclusión de que por peso toda la biblioteca valía 220 dólares.

-Cosme, tu inglés no es muy bueno. ¿Estás seguro de que entendiste bien?

-El tipo es más criollito que la arepa -dijo Samid-, me pareció andino.

-¿Y de donde salió que era un gringo que representaba a varias universidades norteamericanas?

-De donde sale todo, de la fabricación de nubes, de relatos falsos, de deseos inalcanzables.

-Un *fake news*, eso es lo que es. No íbamos a entregar tu biblioteca por 220 dólares.

Dimas no sabía cómo sentirse. Estaba más que contento de que sus libros estuvieran allí, en su biblioteca, apretujados unos contra otros, en doble fila, conviviendo en aquel espacio insuficiente, pero también era verdad que se había hecho ilusiones con la venta. No más negocios humillantes con el mercadeo de alimentos no perecederos, no más angustias para ir a comprar lo necesario; con unos miles de dólares podían subsistir un buen tiempo, hasta que las cosas cambiaran, pero ahora toda esa promesa se había desvanecido.

-Venderé el automóvil, no se preocupen -dijo Cosme-. Es lo único que nos queda.

-También podemos vender algunos muebles- dijo Samid.

-¿La cama o la mesa? ¿La nevera o la cocina?

-Detesto cuando te pones cínico, Dimas, estamos tratando de buscar soluciones

-O el apartamento. Alguien querrá un apartamento de los años setenta sin puesto de estacionamiento, cerámica italiana, horrible pero importada, una joya arquitectónica. Tu papá la consiguió a muy buen precio, ¿te acuerdas?

Samid se encerró en la habitación. Dio un portazo y no volvió a salir hasta el día siguiente. Cosme escuchó que lloraba y le pareció prudente dejarlos solos. Dimas se sentó en el sillón verde frente a la ventana. En el edificio continuaba el apagón, y por esas razones inexplicables el poste con el bombillo fundido se había encendido. Podía ver la calle y algunos árboles, no pasaba nadie, pero eso era lo habitual. La fracasada venta de la biblioteca lo había dejado desconcertado. Entró en la habitación y buscó el cuerpo de Samid, se arrellanó contra ella, tratando de sentir su calor y se abrazaron.

-No estés brava, ya sé que a veces me pongo amargo.

-Todo es muy amargo, amor, no solo tú.

-Buscaremos otras vías de encontrar unos ingresos que nos permitan subsistir.

-Tenemos que pensar en lo nuestro.

-Sí.

Por la mañana volvió la luz y todo regresó a la rutina, parte de esa rutina era preguntarle a Dimas qué iba a hacer. No lo sé, contestó. “Pero no te quedes aquí, eso te obsesiona, y empiezas a escuchar la sirena”, le dijo Samid.

No había escuchado la sirena aquellos días, desde que vio la película de Béla Tarr parecía haber desaparecido, pero la noche anterior dio lugar a una pesadilla. Un sueño muy obvio, pensó. Veía una biblioteca arder, estallaban en el aire las repisas y los libros entre llamas, él se acercaba intentando rescatar algo del incendio y alguien le decía, esto es solo el comienzo. Ahora estaré viendo estas imágenes durante días, no hay un momento tranquilo, todo es una enormidad. Se vistió y salió a la calle como

si no supiera a dónde iba, como si simplemente hubiese echado a andar, pero no era así. Tenía un pensamiento muy definido, llegar a la estación de metro. Había menos gente, quizás por la hora, y no le fue difícil subirse al vagón. Se bajó y caminó hasta llegar a su destino. Quería ver la Biblioteca Nacional, constatar que estaba en su lugar y no en el museo de los lugares perdidos.

No pudo acercarse a la entrada principal porque el recinto estaba rodeado de vallas como las que se utilizan para marcar los límites de una construcción. Había también grúas y algunos camiones. Intentó seguir adelante y un hombre armado y con pasamontañas se lo impidió.

-No puede pasar.

-Soy usuario de la biblioteca, trabajo en el Instituto Nacional de la Reseña, tengo mi carnet.

El hombre no contestó y lo empujó. Entonces vio que un grupo de motorizados lo rodeaban. Comprendió que no podía hacer nada sino irse. “La van a demoler”, dijo alguien. “Eso es imposible -contestó otro-, es la Biblioteca Nacional”. “Pero ¿cuándo? -insistió Dimas-, ¿cuándo la van a demoler?” “Cuando quieran”, se escuchó decir.

No lograba despegar los pies del suelo y dar la vuelta. Seguía mirando el viejo edificio desde lejos.

-Lo mejor es que se vaya -le dijo una mujer.

- ¿Desde cuándo están aquí esas vallas? -pregunto-, estuve hace poco y no las vi

- Desde hace varios días, también los camiones.

-Es la Biblioteca Nacional - insistía Dimas-, no se puede destruir.

-Casi todo se puede destruir - dijo la mujer-. Váyase, hágame caso.

Los motorizados daban vueltas alrededor y Dimas se alejó en dirección al metro cuando de la nada apareció de nuevo.

-No me jodas, Raskolnikov, ¿otra vez aquí?

-Pero ¿qué te pasa, amigo?, ¿no estás contento de verme? Antes te gustaba que nos encontráramos en aquel bar, cómo es que se llamaba, el Molino Rojo, y conversábamos de lo más bien.

-Hace mucho tiempo de eso, el Molino Rojo no existe, yo no existo, tú tampoco existes.

-Sí que estás raro, bueno, siempre fuiste un poco raro, pero ahora eres más raro que un perro verde.

-Estoy apurado, otro día conversamos y nos acordamos del Molino Rojo, hoy no tengo tiempo.

El tren se detuvo en el andén, al abrirse las puertas Dimas esperó tratando de entrar en el último momento para que no le diera tiempo a subir, pero Raskolnikov fue más rápido y logró hacerlo. Tengo que distraerlo y bajarme cuando menos se lo espere, pensó. No puedo tolerarlo, sería capaz de empujarlo a las vías si no desaparece de mi vista. Raskolnikov se acercó a él y le habló en el oído.

-No te preocupes, me bajo en la próxima y te dejo en paz, pero acuérdate, profesor, de lo que te dije.

Al llegar del trabajo Cosme lo encontró sentado en el sofá cama de la biblioteca. En silencio miraba los libros y hacía algunas anotaciones en un cuaderno.

-Disculpa que esté ocupando tu habitación, ya me voy.

-Puedes quedarte lo que quieras, ¿qué haces?

-Pienso que deberíamos escribir las reseñas de cada uno de los libros, no reseñas completas, pero al menos una referencia que permita recordarlos.

-Tú hiciste un inventario, supongo que lo llevas al día.

-No es eso, sino una reseña para saber de qué trata cada libro.

- ¿De 4.735 libros?

-No son tantos, y tengo todo el tiempo del mundo. Puedo empezar mañana mismo, cuando salgas. Y quizás cuando regreses puedas echarme una mano.

- ¿Me puedes explicar por qué te ha entrado esto?

-Nuestra civilización depende de las ideas, las ideas están en los libros. No todos tienen una doble digital, por lo tanto hay que intentar conservar los más que podamos. Todos van a ser destruidos, evaporados, desaparecidos.

- Esos pensamientos son muy depresivos.

-Hay un plan, no te has dado cuenta, la mayoría no se ha dado cuenta, pero hay un plan, eliminar todas las ideas, y para ello hay que empezar por los repositorios físicos, las bibliotecas, las librerías, las colecciones privadas, así hasta que no quede ninguno, y después se suspende el servicio de comunicación electrónica, y desaparecen también los repositorios digitales, los libros, las informaciones, los textos, todo aquello que pueda almacenar ideas. ¿Has leído *De amor y basura*, de Ivan Klíma? Aquí tienes esta cita: “Simplemente busqué un artículo reciente de un destacado funcionario *yerkish*, al cual habían enchufado en la facultad para que propagara el olvido de toda literatura.”

-¿Qué quiere decir *yerkish*?

-Es un lenguaje creado para comunicarse con primates no humanos. Emplea un tablero cuyas claves contienen lexigramas, es decir, un conjunto de letras o símbolos, que a su vez corresponden a objetos o ideas. Comenzó a utilizarse en los años setenta en una universidad de Georgia y los chimpancés utilizaron más de 384 claves. Se le dio ese nombre en honor a honor a Robert Yerkes, un psicólogo y primatólogo que investigaba pruebas de inteligencia y psicología comparada.

- ¿El lexigrama representa una palabra?

-No exactamente, más bien un objeto o una idea. Por ejemplo, “comida”, y la imagen puede ser un cambur. O un pernil.

-Me estoy acordando de algo que leí sobre un lenguaje operativo diseñado para comunicarse con trabajadores esclavizados en algún lugar de África, o quizás Australia. El lenguaje contenía los nombres de las acciones y objetos necesarios para realizar el trabajo, pero no permitía comprender la lengua de la que derivaba, ni expresar emociones o pensamientos. ¿Dónde lo leí?

-Quién sabe, uno de estos días lo sabremos, eso es exactamente lo que quiero decirte, eliminar las formas de comunicación de las ideas y las emociones, y lo primero es hacer desaparecer los lugares donde se encuentran y se aprenden: los libros. Una vez que las personas no puedan leerlos solo los ancianos las recordarán por un tiempo hasta su total desaparición.

-Dimas, ¿es verdad que van a demoler la Biblioteca Nacional?

-¿Por qué me preguntas eso?

-Porque el rumor viene extendiéndose en el instituto pero nadie se atreve a decirlo en alta voz, y pensé que tú, cuando sales en busca de piezas para el museo de los lugares perdidos, podrías saber algo.

-Prométeme que no se lo dirás a Samid.

-Entonces es cierto.

-Creo que sí, en todo caso el edificio es inaccesible, está rodeado por vallas y camiones, y defendido por los Soldados de la Felicidad.

- ¿Desde cuándo sabes esto?

-Desde hoy, vengo de allí.

- ¿Y no pensabas decírmelo?

- Estaba aproximando el tema y ya ves que llegaste a descubrirlo.

- ¿Por qué no quieres decírselo a Samid?

-Más adelante, ahora está muy preocupada, no quiero agobiarla más.

-Ella también lo sabrá en algún momento, es inevitable. Por cierto, la estoy escuchando entrar.

Guardaron silencio, pero Samid era muy intuitiva.

-Cuando los hombres se callan es porque están hablando de mujeres.

-Estábamos hablando de ti, ¿de quién más podemos hablar?

Sabían que un secreto flotaba entre ellos y ninguno de los tres quería romper el momento de felicidad que era reunirse alrededor de la mesa y festejar la cena preparada por Samid.

6.

Dimas no quería volver al metro para evitar a toda costa encontrarse de nuevo con Raskolnikov. Tampoco estaba seguro de a dónde quería ir, en realidad no había ningún lugar que lo atrajera, no encontraba ninguna nostalgia precisa, solo una enorme desazón. Sin darse mucha cuenta vio que estaba a pocas cuadras del instituto, un recorrido que siempre le había gustado hacer a pie y cruzar sus anchas avenidas, raras en una ciudad de vías estrechas, bajo la sombra de las palmeras. Era aquel un camino amable que había emprendido cinco días por semana, salvo que lloviera muy fuerte y entonces usaba el automóvil, dejaba a Samid en su instituto y luego se dirigía al suyo, así durante años, veintitrés años.

Se detuvo frente a la puerta principal ornamentada con unas figuras en bajo relieve de apariencia *jugendstil*, sin serlo totalmente, pero que le daba un toque hasta cierto punto distinguido al edificio. No sabía si entrar o no, hacerlo era incómodo, no sabía con quién podía encontrarse, y no hacerlo era triste, como si esa parte de su vida no hubiese existido, o peor aún, no tuviese derecho a existir. Durante los primeros tiempos del Reino de la Alegría toda la era anterior había sido desgastada, denigrada, dañada; como la costumbre romana, fue condenada a la *damnatio memoriae*, es decir, la condena del recuerdo de un enemigo del Estado tras su muerte. Si el senado decretaba la *damnatio memoriae*, todo aquello que pudiera recordar al condenado debía ser eliminado, sus imágenes o monumentos en los que hubiera inscripciones que lo recordaran, y hasta su nombre debía ser borrado de cualquier parte donde estuviera

inscrito. Era literalmente la destrucción del recuerdo. Impedir que se reviviera, así fuera en la memoria de otro por breves instantes, la existencia de quien había sido condenado como enemigo de la patria. La desaparición física no era suficiente, era necesario que se eliminara por completo el símbolo de lo odiado. Una voz interrumpió sus meditaciones.

-Dimas, ¿qué haces aquí?, no te veía desde que te jubilaste.

Era Darío, uno de sus colegas con el que había trabajado mucho tiempo, ingresaron con poca diferencia en el instituto y siempre habían mantenido un trato cordial, aunque no íntimo; no sabían mucho el uno del otro, más allá de los nombres de sus esposas y de algunas aficiones banales. Darío se acercó a él y lo abrazó afectuosamente.

-Hombre, me alegro de verte. Estuvimos sentados frente a frente tantos años y de repente decidiste jubilarte y no volvimos a vernos.

Dimas se sentía incómodo, no quería decirle que había sido una jubilación forzosa, una prejubilación forzosa, pero tampoco quería que pensara que simplemente había desaparecido sin el menor afecto, sin la menor huella.

-Pues la verdad que a veces pienso que no debí tomar esa decisión apresurada pero ya no hay vuelta atrás.

Darío vio el reloj. -Mira, no tengo mucho tiempo, pero lo suficiente como para que comamos algo rápido aquí en la esquina.

Por un momento todo fue como siempre. Había almorzado cientos de veces en aquel lugar, más que nada por sus precios y su cercanía al instituto. Hubiera podido decir que alguien lo

esperaba, pero no lo hizo. Quiso ver a Darío un rato, escucharle su buen humor, lo que parecía su inocencia.

-No estoy muy bien de fondos-. De pronto tuvo miedo de no poder pagar la cuenta.

-Fondos de qué, chico, el dueño me fía, así que le pago a fin de mes.

Después de pedir el menú del día, que en realidad era el menú de todos los días, siguieron con las fórmulas habituales, cómo estaban sus respectivas esposas, qué de nuevo había en sus vidas, qué planes tenían.

-Me dijo alguien que Cosme se mudó con ustedes.

Dimas sintió cierta señal de peligro, indistinta, indescifrable.

-Así es, tuvo que entregar el apartamento en el que vivía porque el dueño lo necesitaba, y Samid y yo le ofrecimos esa solución temporal. No está fácil la cuestión de los alquileres.

-No, claro que no. Mi suegro tiene un apartamento que alquila y no logra sacar al inquilino, tiene meses en ese pleito.

El mesonero sirvió los platos y Darío ordenó unas cervezas advirtiéndole que no quería las artesanales que estaban de moda sino las de siempre. Dimas comenzó a experimentar el aburrimiento de una conversación normal en un país normalizado. Dio un paso al frente.

-¿Y cómo va el instituto? Por ahí se dice que lo van a eliminar.

-Pues sí, la cosa no va bien. Ahora viene una nueva ley del libro, no sé si has sabido algo, se decreta que toda biblioteca pública o privada está obligada a mostrar el catálogo de sus ejemplares a una instancia nueva, que está por crearse, algo así como Oficina de Protección del Lector.

-Protección, ¿en qué sentido?

-Bueno, tú sabes que hay mucho libro que no contribuye a la alegría del reino, que es el principal propósito de nuestro sistema político, y se piensa que los que desmoralizan al pueblo no deben estar al alcance de los usuarios. La ley pretende que las bibliotecas justifiquen su catálogo, es solo eso. Un poco engorroso, desde luego, porque, imagínate el trabajo de la Oficina de Protección para leer todos esos catálogos.

-¿Y las bibliotecas privadas también?

-Sí, en una segunda fase.

-¿Y qué pasa con los libros que no sean aprobados?

-Eso no lo sé.

-¿Se destruyen?

-Eso sería muy definitivo. Quizás algunos, pero no todos.

El mesonero retiró los platos y preguntó si querían algo más.

-Se me terminó el tiempo libre, pero, oye, tenemos que vernos más a menudo. Pásate cuando quieras a esta hora y almorzamos.

-Claro que sí, y gracias por la invitación.

Cuando Dimas regresó no había nadie en el apartamento y se sentó en su sillón favorito junto a la ventana a esperar a que el poste no se encendiera. Tenía que informarles a Samid y a Cosme de su conversación con Darío. ¿Cómo era posible que Cosme no supiera nada de todo aquello? ¿Lo había ocultado? No podía pensar eso, no quería pensarlo, no era posible que Cosme los estuviera traicionando, simplemente no era posible.

Todo se vendría abajo, todo quedaría destruido si Cosme se hubiera convertido en su enemigo.

Samid fue la primera en llegar y Dimas le contó su conversación con Darío.

-¿Crees que es posible que Cosme nos haya traicionado?

-No, no lo creo.

Comían en silencio, Cosme llegó y se excusó por no haberles avisado de su tardanza.

-¿Qué pasa? Están muy raros, bueno, más raros que de costumbre.

-Lo que pasa -dijo Samid-, es que Dimas se encontró con Darío y estuvo conversando con él, y resulta que lo puso en antecedentes de circunstancias muy graves para nosotros. Queremos, necesitamos saber si tú estás al tanto de todo lo que ha ocurrido, y de lo que va a ocurrir con las bibliotecas.

Dimas le hizo un resumen de la conversación que había mantenido con Darío.

-No sé por qué ni cuándo ni dónde te viste con él, pero me voy directo a lo importante, si él sabe cosas que yo ignoro, mis días en el instituto están contados. Todo se mide por el anillo de información en que te mueves, y a mí lo único que me llegó es que había un tipo comprando libros para universidades norteamericanas; si Darío sabe más, como parece ser, pertenece a un anillo superior, y al mismo tiempo otros deben estar en anillos superiores a él, y así hasta llegar a la cúpula, que a su vez es un anillo de otra red de más alcance. Si esa ley se pone en marcha, el instituto cerrará en poco tiempo, es obvio, pero mucho me temo que antes que eso ocurra yo estaré fuera. Ya no

soy digno de confianza. Llegué hasta el nivel de saber de la existencia del comprador de libros, y hoy, precisamente hoy, por eso me retrasé, supe que era un informante que se introducía para ver qué libros guardan en las bibliotecas privadas. No me quedaba claro el asunto, pero ahora que me cuentas lo que dijo Darío acerca de esa ley todo adquiere sentido. Si lo hubiera sabido no lo hubiese traído para acá, no los hubiera puesto en riesgo aunque no fuese más que por una simple razón, si ustedes están en riesgo yo también.

-¿Qué podemos hacer?

-Nada, lo mejor es no hacer nada.

-Pero los libros están aquí, si vienen a revisarlos, no se salva ni Robinson Crusoe.

-Claro que no, es un ejemplo de literatura colonialista.

-Ni *Anna Karenina* tampoco. Es un ejemplo de literatura machista en un reino feminista.

-Quizá se salve *Crimen y castigo*.

-Vayamos a lo importante, ¿qué hacemos? Estamos expuestos a una visita de la Oficina de Protección al Lector.

-Saquemos los libros.

-Qué fácil, ¿no?

-Nada fácil.

La conversación continuó en el mismo tono por un largo rato sin que pudieran llegar a ninguna conclusión.

-Yo creo que no van a venir, lo hubieran hecho ya. Ahora saben, Darío sabe, que intentamos vender los libros. Si quieren vendrán y si no lo han hecho es porque no somos suficientemente importantes, ni nosotros ni los libros.

-No lo sabemos. Son todas suposiciones.

-Ni siquiera sabemos si es verdad lo que dijo Darío, puede ser una fábula para desconcertarnos y asustarnos. Cualquier reseñador del instituto tiene su casa llena de libros, no voy a ser yo el único.

-Dejémoslo de este tamaño, no resolvemos nada dándole vueltas al mismo círculo.

Al acostarse, antes de apagar la luz Samid repitió, es urgente pensar en lo nuestro, y Dimas repitió, lo es, pero no sé cómo hacerlo.

7.

Tuvo pesadillas toda la noche. Lo sabía porque Samid se lo dijo mientras desayunaban.

-No me dejabas dormir, dando vueltas, diciendo incoherencias.

- ¿Otra vez la sirena del barco?

-No creo, decías frases sueltas: las reseñas serán la custodia de los libros, la civilización olvidada está en los libros.

-El instituto va a desaparecer, la biblioteca ya ha desaparecido, las colecciones de libros irán desapareciendo. El reino quedará vacío. Solo habrá tiendas de alimentos caros, ropa barata y bebidas importadas.

- ¿Y nosotros?

-Nosotros seguiremos en el reino, caminando sus calles y viendo la televisión. Hemos tenido mucha suerte, Samid, en esta zona se va poco la luz, es como un milagro que se repite casi todos los días, y gracias a ese milagro podemos ver las series en la televisión y bañarnos con agua caliente.

-Quiero decir qué va a pasar con nosotros cuando cierre el instituto. Perderás la pensión de jubilación, Cosme perderá su cargo, y yo el mío porque si no hay reseñas que archivar tampoco el Instituto Nacional de los Archivos sobrevivirá. ¿Qué pasara con nosotros? ¿Cómo haremos para sobrevivir?

Cosme interrumpió la conversación. - Me marchó. Vamos a ver qué puedo averiguar en el instituto, es decir, en qué anillo de información estoy.

-Suerte. Me voy también -dijo Samid.

Dimas se quedó solo mirándolos alejarse desde el sillón verde. Pensó en qué podría ocupar el día, qué pieza añadir al museo de los lugares perdidos. No quería montarse en el metro por miedo a que se le apareciera el fantasma de Raskolnikov, ni en las busetas, por si acaso le tocaba ir en la perrera. Decidió andar las calles sin destino definido, algo aparecería. Voy a llegar hasta la autopista, pensó. Entonces vio el muro. Era un muro instalado para delimitar un terreno vacío en el que desde hacía años se anunciaba una construcción, quizás de un edificio importante, que nunca se llegó a ejecutar. Sobre ese muro, lo recordaba bien, habían pegado fotografías de rostros, cientos de rostros. No decía nada, salvo los nombres de los fotografiados, hombres y mujeres, adolescentes, también algunas personas mayores. Las fotografías se habían ido despegando, estaban maltratadas por la lluvia, aunque todavía podía distinguirse el nombre y también el número del documento de identidad. Eran fotografías en blanco y negro de fotocopias ampliadas del documento. Había pasado frente a ese muro innumerables veces. No recordaba ningún rostro en particular ni entre ellos había alguien que fuera su conocido, menos su amigo, pero eran personas que alguna vez habían sido. Ahora el muro estaba vacío, lo habían limpiado, y se observaban los restos del papel de las fotografías que había sido arrancado. El muro dejaba ver el material de cartón con el que se había construido, solo eso, el cartón y los restos de papel arrancado. Los rostros ya no estaban. Seguramente alguien pensó que afeaban la avenida. O quizás la construcción del edificio importante iba por fin a tener lugar. Pero ese edificio nunca había estado, por lo tanto, no lo echaba

de menos, lo que faltaba eran los rostros de aquellas personas que otras habían puesto allí. Lo que había dejado de estar era la intervención urbana que alguien colocó sobre el muro. Pieza anotada, se dijo.

Regresó al apartamento, era temprano y no había nadie. Entró en la biblioteca y se acostó en el sofá cama. Desde allí veía sus libros, uno tras otro, sabía exactamente el orden en que estaban dispuestos, la literatura por países y en cada país por orden alfabético, los ensayos en orden alfabético sin distinción de países, igual los de historia y temas relacionados. Luego los de arte, y algunos libros bastante antiguos que no estaba seguro de haber leído nunca. Los miro continuamente hasta que recordó un poema de Pantin,

Cuando me planto frente a los anaqueles
de los restos de mi biblioteca,
y repaso, ociosa, los lomos de los libros,
me doy cuenta de que tuve una vida plena.

¿Qué se había hecho de su vida?, hacía tiempo que no la veía. En el instituto acostumbraban a invitar a escritores y poetas para comentar las reseñas de sus libros y escuchar sus opiniones, pero esos encuentros se interrumpieron.

Si la poesía no es consuelo entonces
no esperes misericordia en ninguna parte.

¿De quién era? Cosme entró y escuchó a Dimas decir el verso en voz alta.

-Yannis Ritsos, pero por ahora vamos a hablar de otras cosas, tengo novedades.

-¿Ya sabes en qué anillo de información te encuentras?

-Desgraciadamente en uno de los últimos, pero soy bueno conservando viejas amistades y por ahí quedan los que me deben algún favor que otro, Lili entre ellos. Voy al grano. Lo que te dijo Darío es verdad, pero no toda la verdad. No es que te mintiera, sino que su posición no le permitió ir más allá de la información que te dio. Efectivamente viene una nueva ley para los libros y materiales impresos. Se considera en esa ley que hay libros útiles y pertinentes para el reino y libros que no lo son. Estos últimos deberán ser entregados por sus dueños, instituciones o personas naturales, una vez que se haya determinado su condición. ¿Y cómo se determina esto? Muy fácil, los libros deben ser catalogados y entregados a la Oficina de Protección del Lector, que a su vez depende del Ministerio de la Felicidad, para que los expertos dictaminen si son alegres, esperanzadores y optimistas, o por el contrario pesimistas, tristes y depresivos.

-Esto era lo que ocurría con las reseñas.

-Exacto, las reseñas eran un experimento, un anticipo de lo que venía, y que permitía discriminar los reseñadores útiles y pertinentes para el reino y los que no. Verbigracia, tu caso.

- ¿Cuánto tiempo puede tomar esa discriminación? Me parece una labor titánica, todavía quedan muchos libros en el reino.

-Ese es el punto en el cual la información de Darío termina y empieza la que conseguí hoy. No es posible llevar a cabo esa

discriminación, la única manera es decidir de antemano que todos son impertinentes, a excepción de una minoría de títulos para que parezca que se hizo una selección. Y la consecuencia es que todos aquellos que entreguen el catálogo de su biblioteca se verán pronto llamados a entregar los libros mismos. Qué harán con ellos, no está claro. La destrucción de esas montañas de papel tiene sus dificultades, pero lo que sí es obvio es que desaparecerán del alcance de todos nosotros. En fin, esa es la parte que puedo añadir a lo que ya sabíamos.

-Aquí hay un asunto importante a considerar, esos libros tienen todavía un valor económico. Puede que el tipo aquel fuese un *fake*, pero no es mentira que muchas universidades internacionales compran libros. Una solución a nuestra inminente pobreza es intentar vender la biblioteca -dijo Samid, que entraba en ese momento.

-Estoy de acuerdo, ¿a quién?

-Tendremos que hacer una investigación. Mañana mismo me pongo en eso, en realidad casi no tengo trabajo en la oficina.

-Lo que investigues quedará en el historial de la computadora, tienes que hacerlo con tu propio teléfono.

-Claro, ¿y si comemos algo? Les cuento que la última remesa de mercancía se vendió esta semana, así que estoy administrando las ganancias.

-Llegó tu hora, amado Toyota del siglo pasado -dijo Cosme-. “Nosotros que nos queremos tanto debemos separarnos, no me preguntes más”.

Se despertó en un estado de perplejidad. Había soñado con el doctor K, alguien a quien había conocido en otra época, un hombre singular, algo extraño, en todo caso, diferente a la mayoría. En el sueño, el doctor K era uno de los directores de un centro de investigación *high tech*, una suerte de CIA internacional. Dimas y otros colegas iban a trabajar con ellos, no se sabía en calidad de qué, todo ocurría en una atmósfera de riesgo indeterminado. Le costaba volver a la situación de hiperrealismo en la que Samid hablaba de que se habían acabado los víveres con los que obtenían ingresos suplementarios, y Cosme anunciaba la despedida de su automóvil, único objeto de valor que le quedaba. Apartando la improbable venta de su biblioteca no tenían nada en que apoyarse.

Había dormido hasta más tarde que de costumbre y los otros ya se habían marchado. Se levantó a tientas, todavía en las sombras del sueño, y comprobó que no había electricidad. Calentó un café en la hornilla de gas y se vistió rápidamente. No quería quedarse solo. Una vez en la calle vio que el bombillo estaba encendido. Era un misterio la existencia de aquel bombillo. Cuando había electricidad permanecía apagado y cuando se producía un corte de energía se encendía, aunque fuese de día. Quizá sea un método para generar locura. *Gaslighting*, dicen en inglés en referencia a *Gaslight*, una película de George Cukor, qué reparto, Ingrid Bergman, Charles Boyer, Angela Langsbury, Joseph Cotten. No puedes seguir viviendo en tus fantasías, Dimas. Vuelve a la realidad. Estás en la calle en

la que vives, en la capital del reino, estás solo, no tienes nada que hacer ni dinero que gastar, pero puedes caminar sin descanso y buscar nuevas piezas para el museo de los lugares perdidos. La ciudad está llena de ellos, solo falta tu mirada para encontrarlos.

Pensó en visitar una tienda de alimentos importados que regentaba el hijo de una amiga de Samid. No se veían desde hacía bastante tiempo, pero siempre habían tenido la intención de conocer la tienda, y hoy podía ser el día. Sería solo una visita, imposible pensar en ninguna compra por el momento. No era lejos de su casa y caminar le haría bien, se sentiría joven, saludable. El nombre de la tienda era Especiales, y vendían productos muy solicitados, aunque también muy competidos. No parecía que les iba demasiado bien, según decía Zoe, la amiga de Samid, pero había que trabajar duro y esperar. El caso fue que el hijo de Zoe cambió de planes y decidió irse muy lejos, a otro reino, y habían invertido una cantidad de dinero importante, es decir, todo lo que poseían, y que ella había ganado cuando trabajaba en una próspera empresa. Cerrar Especiales significaba perderlo todo. No quiso hacerlo y decidió que seguiría luchando por el negocio familiar.

Llegó a la tienda y le llamó la atención que una mujer limpiaba la entrada con una manguera de agua. Llevaba puestas unas botas de caucho, como de jardinero, y una visera. Estaba de espaldas así que no lograba reconocerla. Junto a ella había un muchacho de unos trece o catorce años, que la ayudaba con un haragán y arrastraba el agua hacia la alcantarilla.

-Zoe, ¿qué haces? Soy Dimas, el esposo de Samid.

-No te había reconocido, disculpa. Pues aquí me ves, lavando la entrada del negocio.

Dimas observó que el agua era negruzca, más bien marrón, pero no dijo nada.

-Es lo que estás viendo, agua ensangrentada. Anoche aquí se cometió un crimen. No sabemos mucho más, solo eso, que alguien fue asesinado a cuchilladas. Me avisó un vecino. Entonces llamé a la policía y me vine para acá. Tardaron un buen rato en llegar, luego hubo que esperar a que levantaran el cadáver y eso sí tomo más tiempo porque el médico forense estaba ocupado en otros casos. Esperamos toda la noche hasta que por fin se presentó. Se lo acaban de llevar. Y aquí me ves, lavando esto, tú te imaginas que venga un cliente y se dé cuenta de que acaban de matar a alguien en la entrada de la tienda.

Dimas no lograba decir nada apropiado. Zoe había sido compañera de colegio de Samid. Verla así, con las botas y la manguera, recogiendo sangre de un desconocido lo entristecía.

-Es mi sobrino -dijo Zoe mirando al muchacho-, vive conmigo porque sus padres ya no están aquí, yo lo ayudo en lo que puedo y él a mí. Mi hijo está muy lejos. Pensé que podría hacerme cargo del negocio por un tiempo, pero ya se ve que no. Esto ha sido demasiado -rompió a llorar-. Vengan un día a mi casa y conversamos, me gustaría ver a Samid.

-Y a ella verte a ti.

Se abrazaron de pie como dos soldados de un ejército derrotado. Creo que sí, pensó Dimas de camino a su apartamento, creo que Especiales califica como pieza de los lugares perdidos.

8.

Llegó una respuesta a las comunicaciones que enviaba Samid a diferentes universidades ofreciendo la venta de la biblioteca. Era de Iowa, tenían un programa de estudios de español y les interesaban los libros que estaban en venta. Ofrecían 800 dólares, que serían pagados cuando los recibieran.

-Esto y nada es lo mismo -Samid estaba enfurecida-.
¿Tendrán una idea del costo del envío estos huevones?

-Esperemos otras ofertas -dijo Dimas.

-No podemos hacer otra cosa, pero aquí hay un tema que no puede esperar, y es que estos libros no deben permanecer aquí. No hemos presentado el listado de los títulos al ministerio para que acrediten si son pertinentes, y saben que un antiguo investigador del Instituto Nacional de la Reseña es dueño de una biblioteca. No solamente se van a llevar los libros, es que nos van a llevar a nosotros.

-¿Sugerencias?

-Tengo una -intervino Samid- y es lo mejor que se me ocurre. La casa de los Ruiz González está a las afueras de la ciudad en un lugar bastante difícil de localizar. Podemos guardar los libros hasta que aparezca una buena propuesta y quedarnos tranquilos por el momento.

Después de discutir un rato llegaron a la conclusión de que a falta de otras oportunidades aquella era la mejor solución.

-Por suerte el tipo que me compró el toyota no lo puede recoger antes del lunes, hay que ponerse manos a la obra para hacer el transporte, tenemos dos días.

-¿Quién nos dice que los Ruiz González siguen viviendo allí? Ni siquiera sabemos si están vivos.

- Probablemente los mayores murieron pero estoy segura de que alguno de los hijos estará allí todavía, eran muchos hermanos, no pueden haberse ido todos.

-Y nosotros nos presentamos diciendo, aquí estamos, ¿pueden guardarnos estos 4.735 libros un ratico?

-Algo así, pero un poco más elaborado.

-Era una casa inmensa, con un semisótano en el que había una mesa de billar y otra de ping-pong, un futbolín, un cuarto oscuro para revelado de fotografías; abría a un jardín en que estaban colocados los aros del croquet y una cancha de bolas criollas - continuó Samid-. No habrá problemas de espacio, la cosa es que estén de acuerdo y no veo por qué no. Es un favor que no les molesta para nada, y tampoco es para siempre. En algún momento encontraremos a quién venderle los libros.

-La mejor solución es la que existe -dijo Cosme-. Tendremos que hacer varios viajes porque no podemos transportar todos los libros en un solo automóvil.

-También podemos pedir prestado otro automóvil, y así lo hacemos de una vez.

Discutieron un rato a qué amigos podían pedirles ese favor. Contaban por lo menos con dos en condiciones de hacerlo, uno de ellos tenía una camioneta. Sería el sábado, muy temprano en la mañana, y por la tarde estarían listos. El amigo de la camioneta aceptó, pero exigió que al regreso el tanque de gasolina estuviera lleno. Pasaron toda la noche cargando los libros hasta lograr que todos cupieran. Tomaron la autopista hasta el desvío que

señalaba el nombre del pueblo donde se encontraba la casa, o mejor dicho, cercano a la localización de la casa, que estaba completamente aislada. El camino era boscoso y de vez en cuando se abrían pequeños valles y sembradíos. No había cambiado mucho desde su infancia, pensó Samid. Su padre era íntimo amigo de la familia y con frecuencia los invitaban a pasar el fin de semana. Samid y sus hermanos mayores disfrutaban aquella aventura que incluía montar un viejo caballo, ascender montañas, recoger fresas, y encender fogatas por las noches, cuando la temperatura bajaba unos cuantos grados. La verja estaba cubierta por la maleza, lo que era raro porque siempre habían sido muy cuidadosos en el mantenimiento. Bastó empujarla para entrar. Era una casa de tres patios, que recorrieron lentamente y Samid señalaba las ausencias, aperos de labranza, estribos, fotografías del terreno antes y después de construido, de los integrantes de la familia. Eran ocho hermanos, siete varones y una niña, que ahora entendía era una persona discapacitada. Los adornos estaban rotos, caídos, los muebles por el piso, las cortinas desgarradas y desprendidas de los cortineros. La cocina de gas estaba quemada, y nada funcionaba porque no había electricidad.

-Creo que este es el fin del viaje -dijo Cosme.

-Valió la pena el intento, pero no es posible guardar la biblioteca aquí. Sería igual a perderla. Lo mejor es irnos de una vez.

Al volver sobre sus pasos fueron detenidos por unos ruidos que no habían escuchado hasta aquel momento. En las sombras de las escaleras que conducían a la planta alta, a la que no habían

subido, pudieron distinguir el origen de aquellos ruidos, provenían de unas figuras famélicas, a medio cubrir con jirones de ropa. En lo oscuro no podían distinguirse los sexos ni las edades, eran un conjunto de sobras humanas. Los cuerpos producían un ruido indescriptible, primero golpeando los barrotes de las escaleras con latas y luego lanzando aullidos como de fiera que mastica una pieza de ganado, entonces se lanzaban contra ellos, tratando de arrancarles la ropa y de morderlos. Corrieron a montarse en los automóviles y no se detuvieron hasta llegar a la ciudad. Necesitaban reponerse de lo que habían visto. Al entrar en el apartamento tiraron de cualquier manera los libros en el piso y echados en los sofás recuperaban el aliento. Cosme salió a devolver la camioneta.

-Dimas...

-Ahora no, por favor, no puedo más.

-No sabes lo que te voy a decir.

-Si lo sé, que tenemos que pensar en lo nuestro.

El domingo transcurrió colocando de nuevo los libros en la biblioteca pero no tenían fuerzas para acomodarlos en el orden anterior, simplemente los metían en las repisas de cualquier manera.

-Creo que tengo la solución a este problema -concluyó Dimas-, voy a quemarlos todos. No dispongo de un método tan sofisticado como Hrabal para reciclarlos así que lo mejor es regresar al milenario procedimiento del fuego, polvo al polvo, ceniza a las cenizas. Guardo aproximadamente la mitad de las reseñas que fui haciendo durante estos veintitrés años, lo que me propongo es terminar el resto, al fin y al cabo no tengo nada qué

hacer y puedo seguir siendo un reseñador en mi casa. De esa manera no podrán cambiar el contenido, las reseñas serán la custodia de la civilización olvidada.

Cosme lo escuchaba en silencio y continuaba con su labor.

-¿Qué te parece si hacemos una pausa y nos tomamos una cerveza? Tengo la cabeza embotada de leer tantos títulos y autores que no sé si poner a Alicia con Orlando, o a Maqroll junto a Strogoff.

-No importa, ellos se conocen y se entenderán bien.

-Dimas, estoy preocupado. Preocupado por ti, por todos, pero especialmente por ti. ¿Qué tal si vuelves a visitar al doctor Rei?

Dimas hizo como si no oyera y volvió al tema de los libros.

-Venderlos es una buena posibilidad pero no tan fácil como parecía, lo que tenemos que pensar es cómo invertir el dinero de la venta del automóvil, ¿tienes alguna idea?

-Ninguna por ahora, pero algo se nos ocurrirá. No son días inocentes.

-Dimas se despertó bruscamente Pensó que era otra vez la sirena del barco, pero era el tono del teléfono. Al otro lado de la línea una voz que le pareció conocida le habló:

-Hola, soy Roque. ¿Te acuerdas de mí?

Dudó unos segundos y enseguida lo reconoció. -Claro, Roque, sé quién eres, trabajamos juntos hasta hace poco en el instituto. ¿Sigues allí?

-No, me obligaron a la jubilación anticipada como a ti. Se lo están haciendo a todo el mundo, queda poca gente.

Se hizo un silencio. -¿Estás ahí?, no te escucho.

-Estaba pensando en que como los dos tenemos mucho tiempo libre podríamos encontrarnos un rato. Mi esposa sigue trabajando así que solo nos vemos por la noche y me aburro solo todo el día.

-Me pasa lo mismo, pero he encontrado una ocupación, estoy armando el museo de los lugares perdidos.

-Suena interesante. Si quieres nos vemos y me lo explicas con más detalle.

La cita era en el cine Korda dos horas después. Dimas llegó primero y se sentó en las escaleras, el estacionamiento estaba muy oscuro, pero no sería difícil distinguir a Roque porque no había nadie. La primera persona que llegara, ese sería él, y Roque pensó lo mismo, de modo que se reconocieron enseguida.

-¿No habrá otro lugar mejor?

-El centro comercial está sin luz, así que no creo que haya nada abierto, en la calle seguro encontraremos algún café, pero primero veamos esto, puede ser una pieza interesante para el museo que estás armando. Aquí se inauguró el festival de cine francés.

-Claro, por eso te dije que viniéramos. -Dimas sacó unas fotos de la entrada.

-¿Qué se habrá hecho el viejo Korda?

-No he vuelto a saber nada de él. George, se llamaba, fue primero el distribuidor y luego el propietario. Por cierto, encontré en Wikipedia un Alexander Korda, un director de cine

húngaro bastante famoso en los años treinta y cuarenta en Inglaterra. A lo mejor nuestro Korda era un familiar suyo.

-Puede ser, o a lo mejor es solo una casualidad.

Roque se aproximó a la vidriera recubierta con periódicos.

-Imposible ver nada, oscuro afuera y adentro. ¿Crees que la sala se conserva?

-Intentemos entrar, si queremos incorporar la pieza al museo es necesario verla más de cerca. -Roque forcejeó con la puerta.

-A veces el encargado de abrirla no se presentaba a tiempo y eran los mismos espectadores los que tenían que hacerlo. Lo recuerdo porque en una ocasión unos amigos y yo la empujamos hasta que pudimos entrar. Éramos muy jóvenes, desde luego.

Manipulaban la cerradura y Roque sacó del bolsillo una pequeña llave.

-Soy bastante buen mecánico aunque no lo parezca. Quizá debería haberme dedicado a eso y no a leer tantos libros que no me han llevado a ninguna parte más que a la miseria. Si tuviera un taller te aseguro que estaría ganando mucho dinero, todos los automóviles necesitan un arreglo alguna vez.

Una vez dentro, encendieron los teléfonos para iluminarse y llegar a la antesala. Dimas reconoció los mismos muebles y afiches que habían estado allí por años.

-Vi todas esas películas, creo.

-Yo también.

Al escuchar unos ruidos apagaron los teléfonos. Esperaron inmóviles en la oscuridad, pero el ruido continuaba y claramente indicaba que alguien daba unos pasos cerca de ellos. Un foco

iluminó el espacio y detrás del foco había una mujer sosteniendo una linterna.

-¿Qué hacen aquí? Si vienen a robar les anticipo que no hay nada, absolutamente nada sino lo que ven, es decir, nada.

Dimas y Roque no contestaron. La mujer volvió a hablar.

-Soy la encargada de la limpieza, sigo limpiando este teatro aunque nadie me paga, hace mucho tiempo que nadie me paga, ¿saben por qué?, porque aquí no hay nadie.

-Lo sabemos -dijo Dimas-, pero nosotros quisimos volver porque cuando éramos jóvenes veníamos con frecuencia a este cine.

-Venía mucha gente, eso no tiene nada de particular. Y, vuelvo y repito, si quieren robar aquí no hay nada. Ni yo tengo nada, como no sea esta escoba.

-Tranquilícese, señora, no tenemos ninguna intención de robar, solo queríamos tomar unas fotografías.

-Ah, pues si eso es lo que quieren, háganlo. Pero no me molesten mientras limpio, y no se les ocurra tomarme un *selfie* de esos que hacen ahora, ahí si me pongo brava.

-No le vamos a tomar ninguna foto a usted, quédese tranquila. Pero, si lo piensa, nos gustaría mucho hacerlo. Usted forma parte de este cine.

La mujer se rió. -Es verdad, pero no quiero que me la tomen.

Dimas le pidió que dirigiera la linterna hacia los afiches. Luego registró los muebles, unos silloncitos apoyados en las esquinas para que la gente pudiera sentarse mientras esperaba. También tomó fotos del mostrador en el que se vendían las

cotufas y los refrescos, y después algunas de las butacas de la sala.

-¿Y viene todos los días? -le preguntó Roque.

- ¡Cómo voy a venir todos los días!, tengo otras cosas que hacer. Pero hoy me tocaba venir, lo tenía abandonado y se llena de polvo, una cosa que me molesta mucho es el polvo, que el polvo caiga sobre las cosas. ¿De dónde sale el polvo? Eso es un misterio, me parece a mí. Nunca he sabido de dónde sale el polvo en un sitio como éste en el que no entra nadie y está completamente cerrado. Vengan cuando quieran. A lo mejor nos encontramos otra vez. Yo creo que ustedes son como yo, gente a la que le molesta el polvo.

Después de despedirse y salir al estacionamiento que era, en realidad, la entrada del cine, bajaron por las escaleras hasta encontrar la calle.

-No le voy a contar nada de esto a mi esposa. Va a opinar que estoy loco, ya me lo dice muchas veces, no quiero darle más motivos -dijo Roque.

Reían mientras caminaban hasta que cada quien continuó por su ruta.

-Avísame cuando vayas a buscar otra pieza para el museo de los lugares perdidos.

Dimas le dijo que sí y mientras iba hacia su apartamento pensaba si debía comentarle a Samid lo que le había ocurrido. Decidió que lo haría, pero cuando llegó los encontró a ella y a Cosme muy abatidos. Cosme había recibido la carta de prejubilación.

-¿Y ahora qué? -dijo Samid cuando estaban solos en su habitación-. Ahora, ¿será el momento de pensar en lo nuestro?

-Siempre pienso en lo nuestro aunque no lo creas.

-¿Dónde estabas? Tienes la ropa y los zapatos llenos de polvo.

-Hay mucho polvo por todas partes. No te mortifiques más, mañana pensamos en lo nuestro.

9.

Un mensaje de tuitter le llamó la atención, habían cerrado el hospital psiquiátrico por falta de insumos y de personal, y en consecuencia los pacientes serían trasladados a un centro de acogida. Dimas había estado una sola vez en su vida en aquel hospital, un día que acompañó a su padre en sus visitas para mostrar los nuevos medicamentos a los doctores.

Estaba situado en la calle Manicomio, nombre del antiguo hospital, en el barrio Lídice. Así se llamaba una pequeña población checoslovaca en la que se produjo una de las tantas matanzas perpetradas por los nazis, y al parecer muchas ciudades en el mundo adoptaron ese nombre para que nunca se olvidara. Era lo que su padre le había contado, pero nunca había logrado precisar a quién se le ocurrió la idea de llamar a aquel barrio “urbanización obrera municipal Lídice”, ni porqué de tantos desastres de la guerra era el de Lídice el que había llegado hasta ellos al punto de conmovierlos y llamar así a un barrio empinado, pobre e insignificante. Un nombre, además, que resultó de mal augurio; bastaba con un breve recorrido para constatarlo. Dio unas vueltas alrededor del edificio del hospital sin atreverse a entrar, se respiraba un olor putrefacto y recordó que la nota que había leído señalaba que todo el lugar era un foco de infección. Esa era una de las razones para cerrarlo y concluir su funcionamiento. Un hombre le habló.

-¿No se atreve a entrar?, si quiere lo acompañó. No tenga miedo, este es un barrio decente.

-No lo dudo, pero no estoy seguro de que quiero entrar, ¿y quién es usted?

-Soy como decir el cronista del barrio. Yo hago el recordatorio de la masacre de Lídice todos los años, el 10 de junio, y colocamos unas flores frente a la placa que se puso cuando se le dio el nombre de Lídice, porque el barrio existía de antes. ¿Qué, entramos o no?

Dimas asintió y ambos entraron en el edificio. Los esperaban paredes grafiteadas, tuberías rotas, pisos y mobiliarios destruidos, revestimientos arrancados, baños inmundos, muchas ratas, y algunos perros que parecían comer restos humanos.

-¿Hace mucho tiempo que está en estas condiciones?

- Yo diría que un par de años, pero no se atrevían a cerrarlo porque no hallaban qué hacer con los locos. Además, se había terminado la comida y no llegaba el agua.

-¿Y al final qué se resolvió?

-Al final, que todavía no es del todo el final, la decisión fue trasladarlos a un campamento de refugiados cerca de la costa, y algunos se escaparon. El traslado lo hizo el ejército, pero no lograron montarlos a todos en los camiones militares y hubo disparos.

-Una masacre.

-Pues sí, una masacre, pero por causas distintas a las de Lídice. Hubo algunas muertes y otros, como le dije, los escapados, probablemente están apertrechados en el hospital y no hay manera de que se vayan, es bastante grande y ellos se conocían muy bien los recovecos para esconderse. Los soldados han tratado de sacarlos de su guarida con bombas lacrimógenas, pero al final se retiraron porque los locos les tiraban desechos de todo tipo, animales muertos y perros

enfermos. Los soldados se fueron porque ellos no están para eso sino para defender a la patria y construir sus glorias. Algunos de los locos permanecen aquí. Probablemente nos están viendo en este momento, pero si no hacemos nada contra ellos no nos atacarán.

Dimas, por un momento, pensó que aquel hombre era quizá uno de los que había logrado escapar del camión militar.

-Pues le agradezco mucho que me haya acompañado en esta visita, pero ya me tengo que ir.

- Periodista, ¿verdad?

- Algo parecido, reseñador.

- Colegas, entonces. Pero, espere, no se vaya sin ver la placa.

En una placa conmemorativa de la fundación, dentro del patio central del edificio, podía leerse:

A inicios del siglo XX numerosas carencias sanitarias aquejan al país. Con el propósito oficial de atenderlas se decreta el 24 de julio de 1931 la construcción de un nuevo hospital psiquiátrico que cumpliera con exigencias de transformación técnica, científica y administrativa requerida en la institución. El Ministerio de Obras Públicas encarga el proyecto del Hospital Psiquiátrico a un célebre arquitecto en terrenos adyacentes al existente Manicomio decimonónico ubicado al noroeste de la urbe al pie de la montaña. El Hospital Psiquiátrico, aún en funciones, es el primer

acercamiento a la arquitectura moderna, donde se considera clima, topografía, requerimientos funcionales y uso del concreto armado, aunque persiste la composición elemental academicista y el empleo de tradicionales patios internos.

Curioso, pensó Dimas, que haya sobrevivido esta placa. Es como si un faraón hubiera querido dejar la huella de su tumba destruida y los chacales la hubiesen respetado. Aunque los chacales no comen placas, claro está.

Cuando llegó le preguntó a Samid si recordaba algo sobre el origen de Lídice.

-He leído algo sobre eso. Entiendo que fue la única masacre oficialmente reconocida por los nazis. Asesinaron a todos los habitantes, unas trescientas personas, los rodearon y quedaron encerrados como en una ratonera. A los hombres los fusilaron inmediatamente, las mujeres y los niños fueron trasladados a un campo de concentración y allí murieron.

-Me refiero al barrio Lídice en esta ciudad. ¿Quién le puso ese nombre?

-Ni idea, eso no lo sé. ¿Has estado por allí?

-Estuve esta mañana, leí que habían cerrado el psiquiátrico y me acorde que una vez acompañé a mi papá en sus visitas a los médicos.

-Supongo que el escenario debe ser brutal.

-Supones bien, más que perdido es un lugar masacrado, con su propia gente adentro.

-¿Y el barrio está afectado?

-El barrio está normal, como todo, normalizado.

-Dimas, cuando llegue Cosme tenemos que hablar de la situación que se nos viene encima, una nueva reducción de sueldo, y no creo que falte mucho para la mía.

-He pensado en vender los libros, esta vez directamente del propietario al consumidor. Por ejemplo, los domingos, en algunos parques, plazas, o en las avenidas que cierran para paso peatonal. Podemos turnarnos y vender un rato cada uno. Primero hay que hacer una selección de los más vendibles y ponerles un precio asequible. Te veo escéptica.

-La idea no es mala, pero ¿cuánto crees que podamos sacar de eso?

-No lo sé. Se aceptan sugerencias.

-La primera es tomarnos estas cervecitas que me han regalado por ahí -se escuchó decir a Cosme.

Se vino sobre ellos una pausa, un momento detenido en el que quisieron dejar de pensar o suponer o anticipar. Solo estar allí.

-Dimas estuvo paseando por Lídice -dijo Samid.

-Vaya, que paseo tan estimulante.

-Quisiera ver alguna de las películas que hay sobre la masacre de Lídice. Creo que la mejor debe ser la de Nikolaev, pero dudo que la consiga.

-Si quieres te acompaño a los quioscos de la universidad, puede ser que la tengan.

-No creo, ya estuve por allí hace unas semanas.

La conversación fue languideciendo.

-Mañana será otro día -dijo Dimas besándola.

-Sin duda -contestó Samid devolviéndole el beso.

Se despertó con la llamada de Roque proponiéndole salir a dar un paseo.

-¿A dónde?

-Donde tú digas, somos dos desempleados y podemos pasear por cualquier parte. Además, tengo cosas que contarte.

Decidieron encontrarse frente al instituto y recorrer aquellas calles que conocían muy bien.

-No importa si alguien nos ve, no somos criminales ni estamos haciendo nada prohibido.

-No, pero quién sabe cómo puede interpretarse nuestra presencia. Alguien puede pensar que planeamos una venganza o algo así.

Se sentaron en el café al que solían acudir con frecuencia los empleados del instituto, el mismo en el que había estado con Darío. Había pocas mesas ocupadas, probablemente por la hora.

-¿Y qué es lo que me querías contar?

-El destino que le van a dar al instituto. ¿Has escuchado algo sobre el hospital psiquiátrico?

Dimas le dijo que sí, pero no quiso decirle que había estado allí porque quiso ir solo.

- Ese hospital ha sido clausurado y no hallan qué hacer con los pacientes. ¿Sabes que se les ocurrió? Meterlos en centros de refugio. ¿Y qué lugar les pareció apropiado? El Instituto

Nacional de la Reseña, una vez que haya terminado sus funciones y sea clausurado, lo que parece va a ocurrir pronto.

-Lídice.

-¿Qué dices?

-Digo que el hospital se encuentra en el barrio Lídice. Mi padre era visitador médico, creo que te lo he comentado alguna vez, y lo tenía en sus rutas.

- Bueno, el caso es que van a trasladar a parte de los enfermos al instituto, cuando lo hayan cerrado. Y todavía hay gente que cree que el instituto puede salvarse y que van a mantener sus trabajos.

-¿Extraño, no?, que hayan escogido al instituto como centro de refugio para locos e indigentes.

-Ni tan extraño, simplemente el instituto tal como lo conocemos va a desaparecer, y es un recinto lo suficientemente amplio para que quepan todos esos desgraciados. Y más también, si fuera necesario. Entonces, lo que te quería proponer es que añadiéramos el instituto al museo de los lugares perdidos, para lo cual tenemos que venir después que se marchen los empleados y los supervisores.

-Estamos aquí.

-Pero para sacar las fotos tenemos que entrar y ahora es imposible.

-Roque, no hay que tomarse las cosas tan literalmente, estamos aquí y ya lo estamos incorporando, unas buenas fotografías de la fachada serán suficientes.

-¿Y lo que pasó adentro? Todos los años, día tras día, que estuvimos allí en nuestros escritorios leyendo y subrayando libros que luego debíamos reseñar, ese tiempo, ¿cómo lo fotografías?

-Es lo que estoy tratando de decirte, que no es una incorporación literal, el museo de los lugares perdidos es solamente un espacio en nuestros pensamientos que no queremos dejar que desaparezca.

-Yo tenía la ilusión de que el museo que estás construyendo, pudiera, cómo decirte, pudiera verse, apropiarse, mostrarse.

-¿Quieres otro café?

Se levantaron de la mesa.

-Toma tú las fotografías. Te hará bien.

Roque levantó su teléfono y registró varios ángulos de la fachada.

-Es una fachada bastante importante, reseñé una vez un libro acerca de las obras del arquitecto que la construyó.

Se alejaron preguntándose cuántos reseñadores quedarían todavía en los escritorios, cuántos libros por reseñar, cuántas reseñas por archivar.

-Otro día volvemos.

-Claro -dijo Dimas.

Pero no pensaba hacerlo, no quería volver a ese lugar, ni a esas calles, ni a ese café.

Esa noche estuvo soñando con un inmenso incendio en el que perecían obras de arte, cuadros, esculturas, dibujos, acuarelas, grabados. Todo ardía y él trataba de entrar y salvar algunas piezas. Se despertó muy agitado.

-¿Otra vez la sirena?

- No, no he vuelto a escucharla, pero he tenido una pesadilla. Quemaban el Museo de Arte Moderno. Luego quemaban mis obras de arte, toda mi colección. En el sueño yo era un rico coleccionista que había donado sus adquisiciones a los museos de la ciudad. Era propietario de grandes obras maestras, casi todos los artistas del siglo XX estaban representados en mi colección. Aparecían una a una, se presentaban delante de mí como diapositivas, ¿te acuerdas de las diapositivas?, bueno, era algo parecido. Alguien accionaba el proyector y se iluminaban las imágenes, y luego se veían las llamas, me llegaba el olor del humo y las cenizas me caían en los ojos. Ahí es cuando me desperté. Yo me estaba quemando también.

-Bueno, ya pasó. Vamos a desayunar que se me hace tarde. ¿Qué tienes pensado para hoy?

-Nada, me voy a quedar leyendo. Quisiera leer todos mis libros antes de que los vendamos.

-A Cosme le pareció buena idea lo de irlos vendiendo por lotes, hay que hacer un listado de los que tienen más salida, algunas novelas de famosos y los de historia nacional. ¿Por qué no te pones en eso? Tomará su tiempo y estamos bastante urgidos.

-Buena idea.

Pero no lo hizo. Se sentó en su sillón preferido junto a la ventana a mirar la calle hasta que sintió el impulso de salir. Quería ir al Museo de Arte Moderno y asegurarse de que las obras no se habían quemado. El museo estaba bastante lejos así que decidió tomar el metro. Todos los días había noticias en las redes sociales de que se producían cortes de electricidad, arrollamientos, vagones descarrilados, pero no tenía suficiente dinero para un taxi. Pensó, una vez más, que había sido un error vender los automóviles, Cosme y él pudieran haberse dedicado a hacer viajes y convertirse en taxistas aficionados. Conocían bien la ciudad y no les hubiera sido difícil hacerlo igual o mejor que cualquier taxista profesional.

Llamó a Roque para ir juntos y se citaron en la estación de metro, pero no apareció y decidió ir solo. El vagón estaba bastante desocupado y pudo encontrar asiento. Al lado suyo un hombre le buscó conversación.

-Yo lo conozco a usted, disculpe, pero creo que nos conocimos en el Instituto Nacional de Publicaciones. Trabajo allí.

-Es muy posible, yo trabajaba en el de reseñas y con frecuencia tenía que ir al de publicaciones.

-Sí, estoy seguro. Por cierto, he escuchado que el Instituto Nacional de Reseñas lo van a cerrar.

-Estoy jubilado, pero sí, en efecto, eso es lo que se dice.

-También se dice que es posible que lo rehabiliten. Yo es que estoy muy preocupado, mi sueldo es mi único ingreso. Mi esposa está desempleada y nos ayudamos con unos trabajitos

que ella hace por su cuenta, pero cada vez le llegan menos. Si empiezan a cerrar los institutos y le toca al de publicaciones...

Dimas no recordaba a aquel hombre, pero no era raro que se hubieran encontrado alguna vez. Sentía conmiseración escuchándolo y al mismo tiempo no quería seguirlo haciéndolo. Vio el reloj y luego se despidió, “en la próxima me bajo, me alegro de verte y que tengas suerte”. “Hasta otra”, dijo el hombre. Pero de pronto el vagón se estremeció y se detuvo en seco, se escuchó el chirrido de los frenos y a través de las ventanillas se veían algunos chispazos. “Se puede producir un incendio”, dijo alguien. “No, chico, es la pastilla de los frenos que se ha recalentado”. “Estos no son frenos de pastilla, por favor”. Apareció un empleado y dio órdenes de evacuar el tren, intentó abrir las puertas con unas ganzúas sin lograrlo; se produjo una estampida, rompían a golpes los vidrios de las puertas. “Poco a poco, no está pasando nada, salgan en orden”, decía el empleado.

-No está pasando nada y de vaina este tren no se descarrila y nos matamos todos -dijo el hombre que había estado hablando con Dimas-. Por cierto, no nos presentamos. Me llamo Damián.

-Tenemos nombres parecidos, me llamo Dimas.

-¿Y ahora qué hacemos? ¿Ponernos a esperar, irnos? Es lo que yo le digo a mi esposa, no se puede vivir con tanto desconcierto.

Inmóviles en el andén, volvieron a la conversación de los institutos. Damián pensaba que la rehabilitación era posible, que podían cerrar un instituto y luego volver a abrirlo, es lo que se decía del instituto de reseñas, y también de la Biblioteca

Nacional. Dimas no quiso comentar que había estado allí y la había visto cerrada. No quería entrar en detalles porque, si bien creía recordar a Damián, tampoco estaba seguro de que fuera el mismo, aunque no parecía un tipo sospechoso. Cuando le pidió su número de teléfono Dimas accedió, nunca se sabe cuándo puede ser útil un contacto. Pasaba el tiempo y el tren accidentado no se movía ni nadie parecía venir a remolcarlo.

-Lo mejor va a ser irnos, esto no tiene pinta de arreglarse - dijo Dimas.

En ese instante se fue la luz y se produjo la más absoluta oscuridad. Solo algunos conservaban batería en sus celulares y lograban iluminarse.

-Las escaleras están hacia la derecha, vayamos en esta dirección.

La gente ignorante de lo ocurrido se aglomeraba en la entrada de la estación. “No bajen, no hay servicio”, se oía decir. Luego empezó a correr el rumor. “Un arrollamiento, por eso no hay servicio”. Escuchó a Raskolnikov a su lado. “Qué suerte encontrarlo, profe”. Las voces seguían informando: “Este es el segundo del mes, todas las semanas hay un arrollamiento. Y en la misma estación”. ¿Por qué será que la gente viene a esta estación a tirarse? Arrollamiento quiere decir suicidio, pensó Dimas. Una nueva forma de calificar el hecho de que alguien quiera poner fin a su vida. Raskolnikov insistía,

-Vamos a conversar un rato, como en los buenos tiempos.

-Déjame en paz, Collado, no tengo ganas de conversar.

-Vaya, si hasta se acuerda de mi nombre.

Dimas apuró el paso y se perdió en la multitud, de pronto se vio arriba, llegaba el aire y comenzaba a verse la luz de la calle. Miró a su alrededor y Damián no estaba. Se habrá quedado más atrás, pensó, no puedo esperarlo, estoy demasiado nervioso para continuar aquí. Fue un momento de alegría, ver el cielo esplendoroso, el aire todavía fresco de la mañana, la gente común caminando por la avenida. Era como si nada hubiera sucedido. Quería llegar a su casa, pero sobre todo perder de vista a Raskolnikov. Cuando Samid regresó por la tarde le comentó lo sucedido.

-¿Sabes lo que estoy pensando?, que es muy raro esto de los arrollamientos en el metro. Hoy escuché en las afueras de la estación que todas las semanas allí se produce uno, ¿no es mucha coincidencia?

-¿Y qué más pudiera ser?

-No lo sé, es solamente que me parece raro que todos los que deciden suicidarse elijan la misma estación. ¿Hay algo particular en ella? ¿Es que todos los suicidas viven en el mismo barrio o que sienten el impulso a saltar a las vías en el mismo lugar?

-Francamente, no puedo ponerme a pensar en eso. ¿Sabías que cerraron el instituto de publicaciones? Lo supe esta mañana.

-A mí también. Me lo dijo un hombre que me buscó conversación en el metro, dijo que trabajaba allí y que me conocía porque alguna vez me había visto.

-Ha llegado la hora.

-De pensar en lo nuestro, ya lo sé.

-Pues sí, eso mismo es lo que quería decir.

Se abrió la puerta y era Cosme. - ¿Alguna novedad?

-Creo que novedades ninguna, un nuevo arrollamiento en el metro, el cierre del instituto de publicaciones, y hay rumores de que probablemente cierren también el de reseñas.

-Mientras ustedes se lamentan yo me ocupo de resolver problemas. Ya encontré el lugar ideal para vender los libros, el Gran Parque. Los fines de semana va bastante gente y es fácil desplegarlos cerca del estanque donde estaban las nutrias. ¿Se acuerdan de las nutrias? Cuando era niño fui muchas veces con mi papá y mi mamá.

-Nosotros también -dijo Samid-, todo el mundo iba al Gran Parque a ver las nutrias. ¿Tú crees que los que van ahora estarán interesados en comprar libros?

-Es cuestión de probar, no perdemos nada.

-El tiempo.

-Tiempo es lo que nos sobra, y nos va a sobrar mucho más. Voy a preparar un lote para llevarlo este sábado. ¿Quién me acompaña?

-Podemos ir todos -dijo Dimas-. Y llevamos unos sándwiches como si fuésemos a disfrutar el parque.

-No te pongas amargo, esa no es la actitud. Haz algo útil, ayúdame a seleccionar el primer lote. Lo vamos a vender todo. “Profesores jubilados venden libros usados en buen estado y a precios que no volverán”. ¿Qué tal? Hacemos un cartelito y lo ponemos donde se vea bien.

Dimas y Samid estuvieron de acuerdo, de todos modos no tenían nada mejor que hacer, pero el sábado amaneció lloviendo

sin parar desde la madrugada. Quedaba pospuesto el plan de ventas.

-Hagamos otra cosa -dijo Dimas-, esta semana intenté visitar el Museo de Arte Moderno, pero con tantos inconvenientes en el trayecto que desistí. Hoy puede haber más tranquilidad.

Paraguas en mano se encaminaron a la estación de metro. Efectivamente había poca gente y los trenes marchaban con normalidad, una vez en las cercanías del museo se pararon a tomar un café en una panadería muy concurrida. En la entrada del museo no había nadie. Después de dar unas vueltas alrededor de la fachada buscando un acceso alternativo sin encontrarlo, regresaron a la puerta principal y entonces se escuchó una voz detrás de una ventanilla enrejada que no habían observado antes.

-Está cerrado.

-¿Cómo puede estar cerrado un sábado?, siempre ha sido el día de más visitas - preguntó Dimas.

-No sé -contestó la voz -, está cerrado.

-Venimos del Instituto Nacional de la Reseña y del Instituto Nacional del Archivo, tenemos que hacer una visita oficial.

La voz no contestó.

-¿Me escucha? Esto es una visita oficial -insistió Dimas.

- Está cerrado.

-¿Está cerrado porque es sábado o está cerrado siempre?

-Siempre.

-¿Tú sabías esto?

-Ni idea, no había escuchado nada de que lo hubiesen cerrado, es más, creo que es mentira y que a ese tipo le da flojera abrir.

-Pero lo cierto es que no hay más nadie y a esta hora lo usual sería que hubiese algunos visitantes.

-¿Qué día van a abrir? -preguntó Cosme con voz de empoderado-, le digo esto porque voy a poner una queja en el Instituto Nacional de Museos.

-Ponga lo que quiera -y a continuación sonó el clic de la ventanilla al cerrar.

Les pareció suficiente, no podían seguir en el inútil intento de acercamiento a una voz detrás de una ventanilla enrejada.

-¿Esto es el museo de arte moderno? ¿Un lugar secuestrado? -Dimas estaba furioso.

-Si era una pieza para el museo de los lugares perdidos, puedes añadirla -dijo Samid. -Vámonos, esto es deprimente.

La lluvia había cesado y caminaron despacio por la avenida a la espera de alguna buseta que pudiera acercarlos al apartamento. El sol salió de nuevo, pero habían perdido las ganas de vender libros ese día. Al llegar los invadió una sensación rara. Dimas empujó la puerta y se abrió sola. Habían desarmado la cerradura. En realidad, una cerradura muy precaria, no un verdadero instrumento de seguridad, le había dicho el cerrajero. Constataron que todo estaba en orden, pero al revisar las habitaciones vieron la ausencia. La biblioteca había desaparecido, no los estantes, solo los libros. Los estantes permanecían en su sitio, sin que nada los hubiera conmovido, absolutamente vacíos.

-Un aviso -dijo Cosme.- El primer aviso en serio de que esos libros no gustan.

-Se les quedó uno.

Samid lo encontró detrás de una tabla, parecía haberse caído descuidadamente durante la requisa. Lo puso sobre la mesa.

-*Crimen y castigo* en edición de bolsillo. Esa es la lectura que nos dejan. El vengador con derecho a matar porque tiene la razón de la historia.

10.

Dimas atendió la llamada y habló con una persona que se presentó como la esposa de Damián.

-Nosotros no nos conocemos, pero usted se encontró con mi marido el día en que murió en el metro. Estuve en la morgue para identificar el cadáver y me devolvieron sus pertenencias, básicamente el teléfono y la billetera. Revisé los últimos contactos y vi su número.

-Pero su marido, si es la persona que creo, estaba vivo. Estuvimos hablando un rato y luego cuando se fue la luz salimos de la estación.

-Recordará que hubo un arrollamiento...

- Claro que lo recuerdo, pero yo estaba casi afuera de la estación cuando lo anunciaron. A él no lo vi más.

-La persona que murió en el arrollamiento era Damián. No quiero molestarle, solo saber si en su opinión Damián era un hombre que planeaba un suicidio.

-Es una cuestión difícil de responder, yo no lo conocía, aunque creo que nos habíamos visto alguna vez en el instituto de publicaciones, pero nada más. Cuando nos encontramos en el metro me buscó conversación, dijo que me recordaba, y luego me dio su número de teléfono para que yo hiciera una llamada y quedáramos conectados por si acaso quisiéramos vernos más adelante. Me pareció alguien que buscaba compañía. Estaba preocupado por su situación, como lo estamos todos, y conversamos acerca de los institutos que están cerrando, pero no diría que era alguien pensando en quitarse la vida. ¿Cómo

saben que se tiró? En medio de esa multitud es fácil que alguien se tropiece y se caiga, o que...

-O que alguien lo empuje.

-Pues sí, también eso es posible.

Se hizo un silencio. -Aló, ¿está ahí?

-Sí, estoy aquí, me quedé pensando en lo que dijo, que alguien lo pudo empujar.

-Bueno, no es necesario que nos pongamos a hacer de detectives, solo quería saber si en su opinión Damián era una persona que quería matarse, y ya me la ha dado. Se lo agradezco mucho, de verdad, muchísimo. Es un consuelo pensar que murió por azar, cualquiera que haya sido, y no por su voluntad. No quiero molestarlo más.

-No me ha molestado en absoluto, se lo aseguro. Y lamento esto, créame, lamento mucho lo ocurrido.

-Gracias de nuevo. Mi nombre es Emira.

Samid le preguntó con la mirada.

-Con Emira, la esposa, mejor dicho la viuda, de alguien que conocí en el metro.

-¿Pero, qué quería?

-Saber si su esposo se suicidó.

-¿Es una persona trastornada?

-No me parece, solo desesperada, destruida.

La conversación fue muy breve, pero Dimas sintió que duró horas. ¿Por qué alguien tendría que empujar a la vía del tren a un hombre tan inofensivo? ¿Quizás porque la naturaleza humana es mala y no buena como pensaba Rousseau? ¿O

porque quizás Damián había cometido alguna fechoría que afectaba al asesino y sin justicia ordinaria el afectado la tomaba de su mano? ¿O simplemente porque Damián tuvo la mala suerte de encontrarse con alguien que necesitaba venganza? Venganza contra cualquiera. Venganza anónima. Venganza del que dice “yo soy más fuerte que tú y te aplasto”, “yo puedo pisarte, cucaracha”, “Tú, ahora estás bajo mi poder”. Se levantó y desolado miró su biblioteca vacía.

-¿Ves lo que pasa cuando desaparecen las bibliotecas? Necesito urgentemente una cita para consolarme, y quién sabe adónde se habrá ido el libro.

-Dimas, se llevaron los libros, no tus archivos. Busca en la computadora, o en las carpetas que antes hacías a mano.

Buscó desenfrenadamente hasta dar con *¡Tierra, tierra!*

-La encontré, pero no solo la cita de Sandor Marai, encontré al asesino de Damián.

Tú no puedes comprenderlo -repitió de manera mecánica, y se golpeó el pecho-. Ahora se trata de nosotros, de los que no tenemos talento -precisó con una extraña actitud de confesión, como el héroe de una novela rusa-. ¡Esta es nuestra oportunidad!

-Espero que tú sepas lo que dices, porque yo no te entiendo.

Dimas tampoco estaba completamente seguro de entenderse, pero encontrar una respuesta en un libro que había

leído hacía mucho tiempo lo consolaba. Era como la sirena del ferri en *El hombre de Londres*, la prueba de que la verdad estaba en algún lugar.

-Por eso se llevan los libros, por eso quieren destruirlos, es para que todo sea una superficie plana en el Reino de la Alegría. La memoria produce arrugas, surcos, cicatrices, si se aplana todo desaparece.

-Dimas, mi amor, me tengo que ir, voy llegando tarde. Luego seguimos hablando.

Samid siempre se iba al trabajo preocupada de dejarlo solo con sus ensoñaciones y sus pensamientos abstrusos. A veces los entendía, a veces no, pero lo que le dolía era dejarlo solo. No poderlo acompañar hasta el fondo de su mente. Tampoco él me acompaña a mí, cuando le digo que debemos pensar en lo nuestro, me deja sola. Y sin embargo sí, sí nos acompañamos. Le vino el nombre de Emira. ¿Quién era esa mujer a la que se la había ocurrido llamar para preguntar si su marido se había suicidado? Una mujer sin interlocutor, una mujer que fue a la morgue, identificó el cuerpo de alguien con quien había compartido la vida un cierto número de años, y salió del edificio sin otra respuesta que el olor fétido de un depósito sin suficientes congeladores para tantos cadáveres, una billetera vacía y un teléfono de modelo bastante viejo que a nadie había interesado. Había traspasado la muchedumbre de personas tratando de saber si alguien querido estaba entre los cuerpos, de mujeres llorando y gritando, de hombres furiosos, de niños espantados, y salió a la calle con una sola respuesta: el teléfono de Damián. Se había sentado en la cama cuando llegó a su casa

y revisó las llamadas del último día y allí apareció un nuevo contacto, un hombre llamado Dimas, solo eso, Dimas, y decidió marcar el número.

Samid se preguntaba si ella hubiera hecho lo mismo en su situación, y pensó que sí, que probablemente hubiera hecho algo parecido. Era una persona tímida, pero en un caso así hubiera reunido valor para llamar a un desconocido y preguntarle, de buenas a primeras, si pensaba que su marido se había suicidado. Al mismo tiempo le parecía que era demencial tener esos pensamientos, nunca antes se le habría ocurrido formularse aquellas preguntas. Una chica normal, educada en un colegio normal, en una familia bastante normal para lo que había llegado a conocer, no se hubiera planteado jamás la coyuntura de llamar a un extraño y preguntarle, oiga, usted cree que mi marido se mató porque quiso, o fue más bien que se cayó, o quizás que alguien lo empujó.

Se alegró de llegar al instituto, tendría trabajo por delante y los compañeros estarían pendientes de la hora para salir a tomar un café. Salían a conversar un rato, a preguntarse tonterías (no cosas como si el marido se había suicidado), a pasar unos minutos que aliviaran el aburrimiento. Eso era todo. Dejar de aburrirse con el trabajo de archivar documentos que nadie leía y aburrirse escuchando los mismos comentarios de la misma gente. Pero aquel día trajo novedades. El cierre del instituto de publicaciones ponía sobre la mesa el destino del de archivos. Comenzaron los de siempre a repetir lo que les habían dicho, lo que habían oído, lo que era un secreto a voces. En poco tiempo todos estarían en la calle. Samid regresó a su cubículo, no quería

más incógnitas para el mismo día. Le pasó un mensaje a Dimas, “¿sabes algo de aquí?”; “nada nuevo”, contestó él.

Dimas había salido ese día con Roque que lo vino a buscar en su automóvil.

-¿Algún lugar en particular? -le preguntó.

-No, dale a donde quieras, me es indiferente.

Roque aceleró y dio unas vueltas indeciso. -No hay muchos lugares a donde ir, y refugiarnos en un café cualquiera no vale la pena. ¿Algún lugar en especial que te interese ver?, ¿alguna diligencia que tengas que resolver?

- Tengo la inquietud de visitar las tumbas de mis padres.

-Bueno, pues vayamos.

El automóvil enfiló por una larga avenida comercial y después a través de unos barrios que no frecuentaban demasiado. Dimas veía las calles vacías, las tiendas parecían cerradas, los lugares de entretenimiento habían desaparecido. Se respiraba escasez y desconfianza.

-No sé si te pasa, pero últimamente celebro cuando me encuentro con algún conocido.

-Yo también, de vez en cuando ocurre. Lo que hago con cierta frecuencia es ir a un pequeño teatro, que ya no es teatro, pero lo ocupan algunos artistas, escritores, gente así, y producen lecturas de poesía, o sesiones musicales, sobre todo para jóvenes. Casi siempre aparece alguien, y aunque sea por unos minutos nos contamos las novedades de nuestras vidas, eso que llaman “ponerse al día”. Bueno, precisamente ahora que vamos al

cementerio, me acuerdo que estuve en un entierro hace unos meses. Me pareció que nos encontrábamos viejos amigos, que nos tratábamos con mucho cariño, porque nos sabíamos en el Titanic. Pero no me preguntes de quién era el entierro porque no lo recuerdo.

-Otra cosa que me ocurre, no he querido comentársela a Samid porque se pondría muy nerviosa, es que cuando paso por las calles en las que vivían antiguos amigos o conocidos, veo faltantes en las casas o en los edificios. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es como si al edificio, por poner un ejemplo, le faltara un ladrillo en el vértice de una de las esquinas, o el marco de una ventana, o una losa de la entrada.

-¿Es por el deterioro?

-No, no tiene nada que ver. Es, no sé cómo explicarlo mejor, es como esas imágenes de juegos de videos en las que tienes que armar una figura geométrica, o una construcción, cometes un error y la figura se desmorona parcialmente. Queda incompleta, pero en tu mente la puedes armar de nuevo. Es un faltante que se ha producido en el juego.

-Comprendo que no se lo quieras contar a Samid.

-Pero, ¿lo entiendes o no?

-Creo que sí, es inquietante.

-Más inquietante es que esos faltantes los veo también en las personas. Por ejemplo, te veo a ti, y te falta una parte de la oreja, o del labio, o quizás un pie. Es como si por un momento ese apéndice quedara en blanco, no es que estoy viendo a una persona desorejada o coja, es como un lego al que le quitaras

unas partes y las vuelves a poner, o un dibujo al que el dibujante le borrara ese detalle y luego lo reconstruyera de nuevo.

-No estoy muy al tanto de los juegos electrónicos, la verdad, pero supongo que pueden dar lugar a ese tipo de..., de fenómenos. Mira, estamos llegando.

Antes de entrar en el recinto era necesario atravesar un pequeño puente sobre una quebrada que crecía mucho con las lluvias. En aquel momento estaba seca pero los daños producidos todavía estaban presentes, el paso se había reducido a la mitad y era necesario conducir con mucho cuidado porque los bordes habían perdido las defensas. Después de las ventas de comida y de flores, alcanzaron el otro lado del pasaje hasta la calle en la que se alternaban los negocios de marmolería y los talleres mecánicos, y finalmente estaba el cementerio. Dimas fue dirigiendo la ruta hasta llegar al sector donde estaban enterrados sus padres.

Hacía mucho tiempo que no iba, no sabía por qué había tenido este impulso de volver; quizás porque ir sin automóvil era complicado y aprovechó la compañía de Roque; quizás porque le hacía falta reencontrarse con ellos. La última vez, recordaba ahora, estuvo con su hermana antes de que ella se marchara. Fue como una despedida total de los muertos y de los vivos. Caminaron sobre el césped entre las tumbas sin encontrarlas.

-Busca con calma, no estamos apurados.

Después de un buen rato sin dar con las lápidas, de pronto Roque dijo: -Oye una cosa, estoy chequeando todas las tumbas que vamos pasando y han desaparecido las identificaciones, todas son anónimas. Solo se ve la tierra.

-No puede ser.

-Sí lo es, fíjate bien.

-Creo que me he equivocado de sector.

-¿Puedo ayudarlos?

Era quizás un jardinero o un cuidador, o simplemente un hombre que había aparecido allí.

-Estamos buscando unas tumbas pero no damos con ellas, han desaparecido los nombres.

-Eso pasa, sí.

-¿Cómo que eso pasa?

-Viene pasando.

-¿Es usted un empleado del cementerio?

-¿Yo?, no qué va. Vengo algunas mañanas y ayudo a los deudos, hago trabajitos para acomodar las flores, la tierra.

-¿Entonces sabe por qué no hay lapidas, y por qué si las hay no tienen las letras?

-Se las llevan. Esto es muy solo, hay muchas tumbas abandonadas. Algunas personas van a la oficina y lo denuncian, pero, la verdad, no arreglan nada con eso. Yo, si quieren, le digo a mi cuñado que trabaja en una de las marmolerías que le haga otra vez la placa, y se la coloco. Le cobro muy barato. Pero no las ponga de bronce, esas son las que más se llevan. Ahora las están haciendo de una vaina que no se puede sacar.

Dimas y Roque salieron del cementerio.

-¿De qué hablábamos? Ah, sí, de los faltantes.

-El rumor acerca del cierre del Instituto Nacional de Archivos se fue extendiendo hasta convertirse en un hecho. Los empleados fueron convocados a la sala de reuniones y un directivo nuevo tomó el micrófono y se lanzó con una perorata acerca de los méritos solidarios de la institución; luego procedió a lo que era la razón principal de su presencia en una sede en la que nunca había estado. Explicó que era nuevo precisamente por eso, porque venía a renovarlo todo, desde el principio de los tiempos. Todo, absolutamente todo, necesitaba ser removido, reactualizado, recompuesto. Y lo primero eran los objetivos de la institución, lo segundo, los funcionarios de la institución, y lo tercero, la dirección de la institución. Y para eso estaba él, por eso estaba él allí aquel día. Inaugurando el futuro.

Nadie se atrevía a moverse -continuaba Samid-, nos daba miedo, sí, miedo de que si dejábamos de escucharlo atentamente fuéramos castigados sin la jubilación anticipada, hasta que él mismo, como si nos leyera el pensamiento, lo dijo: “si me están escuchando porque creen que se salvan del despido, se pueden ir de una vez. Esto no es jubilación, esto es despido y punto”. Entonces un muchacho joven, con muy poco tiempo en el instituto, levantó la mano y dijo: “somos trabajadores y tenemos nuestros derechos”. Todos nos quedamos en silencio y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que entre nosotros había un grupo de personas que no conocíamos. Gritaban para que el muchacho se callara y como no se callaba, se abalanzaron contra

él a patadas y golpes, hasta que, ensangrentado, lo sacaron de la sala y no lo vimos más.

“Pero no los vamos a dejar sin nada, eso no somos nosotros, no, esos serán otros que explotan a los trabajadores y los dejan en la calle”, siguió hablando un rato más el de la perorata, y mientras tanto nos pasaban unas hojas de inscripción para que pusiéramos nuestros datos y huellas, y de ese modo ser incluidos en la lista de beneficios. No recuerdo más porque en ese momento, cuando me vi con la hoja de inscripción por delante, decidí levantarme de la silla. La mujer que repartía las hojas y tomaba las huellas me preguntó qué me pasaba y le contesté que me sentía mal y necesitaba urgentemente ir al baño. No me puso atención y yo simplemente me fui, entré en mi cubículo y recogí las pocas cosas que guardaba en mi mesa, busqué la salida, y sin mirar atrás estaba fuera para siempre - Samid terminó su relato.

-Bueno, esto es lo que ya sabíamos que iba a ocurrir -dijo Cosme-. Ninguna novedad.

-Sí hay una novedad. A ti y a mí nos queda la jubilación anticipada, aunque sea una migaja. A Samid ni eso -contestó Dimas.

-Lo que quiero decir...

-Lo que quieres decir ya lo sabemos -habló Samid-, lo que tenemos que resolver es la situación en la que estamos.

-El dinero por la venta de mi automóvil lo guardo casi completo, no dramaticemos, vamos a encontrar una solución.

-Creo que será necesario vender el apartamento.

-Estás loco, Dimas, quedarnos de verdad en la calle...

Tocaron el timbre de la puerta y era Roque. Se había enterado del cierre del instituto de archivos, probablemente el próximo sería el de reseñas. Un amigo le había comentado que cada día se veían más sillas vacías y que la mayoría de los escritorios estaban desocupados.

-No me explico cómo no lo han cerrado todavía, si es que están esperando algo que no sabemos.

-¿Y qué harán con esa cantidad de edificios deshabitados? Los institutos de reseñas, archivos, publicaciones, más la biblioteca nacional, el museo de arte moderno, el hospital psiquiátrico, los cines, esos son los que recuerdo en este momento, pero seguramente son muchos más. ¿Detonarlos?, ¿destruirlos para siempre?

-Yo me pregunto qué harán con las personas -dijo Samid- Los edificios quedan vacíos porque desaparecen las personas que los ocupaban, que los visitaban, que los necesitaban.

Los hombres seguían hablando entre ellos, discutiendo, proponiendo, sin que verdaderamente pudieran llegar a una conclusión, una estrategia, un mínimo plan. Samid se fue a su habitación.

-Los dejo, ha sido un día muy fuerte.

-¿Y qué vas a hacer sola?

-Pensar en lo nuestro, Dimas, pensar en eso.

A partir de entonces Roque comenzó a formar parte del grupo y los visitaba al menos una vez por semana para conversar, ver películas, a veces llevaba una pizza. Estaba muy

solo. Al principio no había dicho nada, pero luego admitió que su esposa ya no estaba con él, no había vuelto a saber de ella ni de su hijo tampoco.

Dimas había perdido el entusiasmo por la búsqueda de piezas para su museo de los lugares perdidos. Volvió a sentarse en el sillón verde frente a la ventana, desde allí vigilaba la calle, como lo hacía uno de los personajes de *Tango satánico*. Menos mal que conservo las reseñas y que mi archivo, como un perro amigo, me sigue acompañando, pensaba. Si no hubiera sido así, nada de mi vida tendría sentido. Todo se habría perdido en el vendaval.

Había que seguir concentrado y captar cualquier detalle, fuese el “espacio delimitado por las hebras de tabaco en la mesa”, la dirección desde la que llegaban las ocas salvajes o simplemente la secuencia de los ademanes humanos más insignificantes, pues ahí residía la única esperanza de no terminar convertidos algún día en prisioneros enmudecidos y sin rastro de ese orden satánico que eternamente se descomponía y eternamente se levantaba.

Samid había decidido actuar más positivamente y junto a una ex compañera de trabajo, la misma que le había recomendado al doctor Rei, montaron un pequeño negocio de comida mediterránea en honor a sus madres, una libanesa y la otra italiana. “No es para hacernos millonarias, pero algo le sacamos a esto”, le había dicho a Dimas que se mostraba muy

escéptico con respecto al emprendimiento de su esposa. Salía muy temprano en la mañana para comprar los productos y luego se iba a la casa de su amiga que tenía una cocina más espaciosa y allí preparaban las comidas. Establecieron en las redes sociales un punto de contacto para los posibles clientes, y en efecto, el negocio funcionaba, al menos estaba vivo y pensaban en la posibilidad de buscar una tercera persona porque a veces no lograban cumplir con todos los encargos, pero era preferible ser prudentes y esperar. Había semanas en las que los pedidos eran demasiados y otras en las que nadie llamaba. Mientras repasaba los posibles menús dejaba que Dimas le hablara y escuchaba sus digresiones, aunque no con toda la atención que él hubiera querido, o necesitado, pero al menos se sentaba a su lado, arrimaba otro silloncito al lado del sillón verde, y dejaba que transcurrieran las horas de la tarde, las más pesadas.

-¿Por qué será que Béla Tarr decidió que *El caballo de Turín* fuera su último filme?

-Ni idea -contestaba Samid.

-Es una decisión incomprensible, una pérdida irreparable para el cine. ¿Sabes lo que más me gusta de él? Su fidelidad. Siempre escribe los guiones con su esposa, Ágnes Hranitzky, y con su amigo el novelista László Krasznahorkai, el del fragmento que leí antes. La música siempre es de Mihály Vig, y si puede contrata a los mismos actores. János Derzsi actúa en casi todas sus películas, y en *Satantango*, que es de 1994, apareció Erika Bók, que tenía entonces once años, y vuelve con ella en *El hombre de Londres* de 2007 y en *El caballo de Turín* de 2011; bueno,

y la de ella no se queda atrás, no trabaja con otro director. No sé qué irá hacer ahora si Tarr no filma más.

-Sí, es increíble. Aunque Woody Allen también ha trabajado con las mismas actrices en varias oportunidades.

-No me vas a comparar a Woody Allen con Tarr. Fíjate en esto, lo anoté hace años, y mira qué interesante. También Krasznahorkai se sienta a observar junto a la ventana.

Lo mejor sería, pues, pensó el doctor allá arriba en el molino, “reducir al mínimo el número de circunstancias que me obligarán a aumentar la cantidad de asuntos sometidos a observación”; esa misma noche (...) preparó la mesa de observación todavía incompleta junto a la ventana y se puso a organizar los elementos básicos de ese sistema que desde cierto punto de vista podía calificarse de demencial.

Samid se rió. -Un poco abstruso tu..., cómo es qué se llama, es complicado hasta el nombre.

Mientras Dimas pensaba en el destino de Erika Bók, Samid se preocupaba en cómo hacer para que un tabule pudiera durar en buenas condiciones más de dos días. Eran conversaciones que se repetían en términos parecidos, y podía seguirlas sin prestar toda su atención. Y, al mismo tiempo, le gustaba que Dimas continuara siendo Dimas. No podría vivir con él si hubiese dejado de serlo. Y tampoco, pensaba, podría vivir sin él.

Cosme, por su parte, pasaba fuera todo el día, “estoy a la caza de oportunidades -decía- y en algún momento aparecerán”. Los otros no compartían su entusiasmo, pero tampoco querían desanimarlo. Al fin y al cabo, todos necesitaban un poco de suerte, un imprevisto, una vuelta de tuerca que pudiera cambiar la vida.

Roque animaba a Dimas y le hablaba de posibles piezas para el museo de los lugares perdidos, quedaban muchas por capturar, estaban seguros, y eso mismo hacía más difícil la selección. Si no podían ser todas, ¿cuáles entonces? Era un tanto triste escucharlos hablar como dos niños que se lamentaran por sus juguetes desaparecidos. Roque, por ejemplo, pensaba mucho en un pequeño teatro, clausurado por falta de seguridad, de financiamiento, de interés. Su madre los llevaba con frecuencia, a él y a sus primos, a las funciones de los domingos por la mañana. No recordaba qué obras habían visto, pero sí que se divertían, que su madre era joven y hermosa, y ellos bastante bien portados.

-Ese teatro debería existir para los que son niños ahora -decía.

-Seguramente hay otros que no conocemos -contestaba Dimas-. Es difícil distinguir entre lo que se ha perdido por el paso del tiempo y lo que ha desaparecido porque nos lo han arrebatado.

-¿Y no es lo mismo?

-Es muy diferente. No puedes comparar lo que se desvanece para transformarse con lo que se extingue por destrucción. Yo, por ejemplo, no recuerdo ese teatro, mis padres

eran personas más de acción, y los fines de semana íbamos a la playa o a montar bicicleta en un terreno inclemente a las afueras de la ciudad. Era propiedad de los hermanos de mi mamá, que lo compraron para montar una pollera que no llegó a existir.

Estas consideraciones podían continuar indefinidamente y Samid, acostumbrada a la manera de discurrir de su marido, no les ponía demasiada atención. Pensaba en lo suyo, ya que Dimas no lograba pensar, como ella quería, “en lo nuestro”. Estaba por ir a encontrarse con su socia cuando Cosme apareció muy excitado y los obligó a reunirse para explicarles lo que estaba ocurriendo.

-Les dije que vendrían las oportunidades y han llegado. Si en vez de estarse consumiendo en la nostalgia salieran a la calle con un ánimo optimista las encontrarían.

Traía una botella de champán barato y procedió a abrirla.

-Tú te has vuelto loco completamente -escuchó que dijo alguno de los tres.

-Locos están ustedes, encerrados en sus propias mentes, mirándose el ombligo, esperando la muerte como si no hubiese más nada qué hacer. Se creen muy listos metidos en sus pequeños proyectos. Tú, Samid, crees que vas a renovar el concepto de comida a domicilio; y ustedes dos, Roque y Dimas, peor todavía, por lo menos Samid produce algo con su trabajo, pero ustedes, caminando la ciudad para escuchar la hierba crecer, ¿a dónde creen que van a llegar? Traten de poner atención, lo que tengo que explicar soluciona todo.

-¿Qué es todo, exactamente?

- Todo es nuestra miserable situación.

- Una parte del todo.

- Una parte suficientemente importante para ser el todo.

Samid trató de aplacar los ánimos. Sabía que esas discusiones entre Dimas y Cosme podían terminar mal, de amigos entrañables a socios de causas perdidas la relación entre ellos se había agriado mucho. Parecía como si ya no fuesen los mismos de antes.

-¿Por qué no escuchamos a Cosme antes de estar en desacuerdo?

-Gracias, amiga. Las mujeres son bastante más inteligentes que los hombres.

-Sin condescendencias, amigo -contestó ella-.

Cosme dio una larga explicación de las oportunidades que habían surgido, de las que estaba al tanto gracias a sus contactos con los anillos superiores de información. En resumen, aunque no era fácil que resumiera porque se extendía en detalles y minucias, algunas irrelevantes, pensaba Dimas, el anuncio era el siguiente: se había decretado un proyecto extraordinario para alcanzar, por fin, la suprema felicidad. Por muchas razones ese proyecto haría llegar a todos -subrayaba *todos*- las condiciones que exaltaban la alegría de vivir, mejoraban las condiciones de bienestar, y en suma, la conclusión a tantos años de penuria a los que el mundo -óigase bien, el mundo-, había sometido al reino por odio a su felicidad. A partir de hoy, aunque *hoy* fuese una fecha imprecisa, comenzaba otra etapa, una nueva fase del proyecto de la felicidad suprema.

-Exactamente, ¿qué es lo que comienza? -se atrevió a decir Roque -Todavía no le hemos visto, como se dice, el queso a la tostada.

-¿Quieres la tostada con queso?, muy bien, esto es lo que viene. Se ha decretado un proyecto de reestructuración absoluta, todo lo que muestre signos de descomposición, daño, usura del tiempo, destrucción, ruina, asolamiento, decadencia, pérdida, deterioro, desgaste, maltrato y desarreglo, todo aquello que se haya destrozado por obra de los enemigos del reino, será ahora arreglado, ordenado, conciliado, transformado, reparado, remediado, restablecido, atendido, cuidado, embellecido, asistido y enmendado.

Quedaron estupefactos.

-Ocurrirá un milagro, es lo que quieres decir.

-Dimas, estoy acostumbrado a tu pesimismo, no me vas a desanimar con eso. Yo no sé lo que va a ocurrir, pero sea lo que sea, hay algo para nosotros. Es decir, ese proyecto necesita de nosotros. Tenemos un arma muy poderosa de la que ellos carecen, las referencias culturales que serán indispensables para pensar esa inmensa reconstrucción. No he reunido todavía la información completa, pero estoy seguro de que podré penetrar en un anillo que me permita saber cómo debemos actuar, qué podemos ofrecer y, sobre todo, a quién.

-No soy un pesimista incurable, pero tampoco un optimista irredento. Lo que creo entender es que se trata, en pocas palabras, de conseguir un trabajo mejor remunerado que esas jubilaciones de mierda -dijo Roque.

-Eso parece, pero de momento no voy a soltar mi renovación del concepto de comida a domicilio -añadió Samid.

-¿Y tú qué piensas? -le preguntaron todos a Dimas.

-Lo único que quiero advertir es que no tengo conocimientos de albañilería, digo esto porque veo que se habla mucho de construir.

-Demos por terminada esta asamblea y pasemos a tomarnos el champán -concluyó Cosme- Ha comenzado el porvenir.

El diorama colosal

1.

Si escucha la sirena de un barco en una ciudad en la que no hay mar, también podría escuchar el silbido de una locomotora en una ciudad sin trenes, y el rugido de un avión donde no haya aeropuerto. Busca espacios que están vacíos y los llena con sonidos que reposan en algún arcano recinto de su memoria. Ahora ve *Werckmeister harmonies* y piensa con Béla Tarr que todos allí esperan a que ocurra algo maravilloso que los saque de la somnolencia en la que viven. Así trataba Samid de comprender lo que le ocurría a Dimas, en aquel fenómeno que, como le había explicado al doctor Rei, no era ni un sueño ni una alucinación; solo algo que ocurría sin poderlo evitar.

“Es la ballena, la ballena que no representa nada ni sirve para nada, pero despierta curiosidad y da origen a las más diversas interpretaciones, entretiene a los menesterosos y al mismo tiempo produce miedo. Se convierte en el centro de las preocupaciones y las cavilaciones del reino, pero detrás no hay nada, no se oculta nada. ¿Comprendes, Samid, lo que quiero decir?” Dimas le había explicado el argumento, basado en una novela de ese húngaro cuyo nombre nunca lograba recordar correctamente, en la que se relataba la llegada de un circo a una pequeña ciudad en medio de la llanura, y el dueño del espectáculo prometía mostrar a los vecinos la ballena más grande del mundo. ¿Cómo podría sobrevivir una ballena, grande o pequeña, en una carpa de circo? “Esa imposibilidad no tiene importancia, esa imposibilidad es parte del enigma”, respondía y Samid asentía, intuía que detrás de sus conjeturas Dimas poseía una gran claridad, una videncia del misterio, aunque ella no

pudiera asirla por completo. Eso era lo que ella más amaba en él, que fuera capaz de aceptar que se dedicara a lo que Cosme despectivamente llamaba “la renovación del concepto de comida a domicilio”, y al mismo tiempo supiera escucharlo a él, a Dimas, y entender su dolorosa necesidad de ser comprendido.

Aun cuando nada habían comentado, todos quedaron muy curiosos con lo que les había propuesto Cosme, la reconstrucción de la felicidad total. Y él, desde aquel día no había vuelto a decir nada más, entraba y salía sin dar noticias de sus gestiones, y todo continuaba igual que siempre. Samid se iba temprano a la casa de su amiga para preparar los encargos, si es que los había. Roque y Dimas habían vuelto a la búsqueda de piezas para el museo de los lugares perdidos, y por la noche todos cenaban juntos y hablaban de cualquier tema, una película que hubieran visto alguna vez, una receta de cocina que fue su preferida, un viaje de la infancia. Nadie quería romper la armonía que estaba amenazada desde que Cosme los había reunido para anunciarles el súper proyecto que se traía entre manos, pero al mismo tiempo se percibía una atmósfera de suspenso. Estaban atentos a que en cualquier momento se produciría una señal que haría estallar la paz, porque al fin y al cabo la paz era no hacer nada, consistía en permanecer esperando con la tranquilidad que desprenden las tortugas cuando se inmovilizan al sol mientras transcurre su larga vida.

...aun así, poco a poco se iba sintiendo como una presa abandonada a su suerte, pues adonde quiera que mirara, buscando con la vista la claridad que emanaban las

viviendas, tenía la impresión de hallarse en uno de esos lugares sitiados que, al considerar inútil y superfluo todo esfuerzo tradicional, renuncian a cualquier signo que revele la arriesgada presencia de seres humanos, confiando en que, a costa de entregar calles y plazas, quienes se ocultan tras las gruesas paredes de las casas están a salvo de cualquier peligro.

-¿Qué estás leyendo?

- Las notas que tomé cuando hice la reseña de *La resistencia de la melancolía*.

-¿Del mismo húngaro?

-Del mismo.

-Ahora que nuestra vida va a cambiar -dijo Samid-, creo que debemos apostar a que esas ideas de Cosme puedan convertirse en realidades.

-¿Cuáles ideas?

-El proyecto de reconstrucción que nos estuvo explicando. Puede ser que funcione.

-No hemos vuelto a saber nada del asunto.

-Hay que ser pacientes, las cosas no se arreglan de un día para otro.

Y así transcurrían los días y las semanas esperando a que Cosme por fin les avisara de que había llegado el momento de la felicidad total. “Yo creo -decía Roque- que ese proyecto es una nube, algo que escuchó en alguna parte, y a lo que está aferrado para sostener la ilusión, pero no debemos confiarnos en que ocurrirá. ¿Quién puede estar interesado en contratar a unos

tristes y desesperanzados jubilados de las reseñas y los archivos para reconstruir el reino?” Así intercambiaban ideas y conversaciones, esperando que el milagro sucediera, hasta que Cosme irrumpió en el apartamento con una computadora portátil que nunca le habían visto usar.

-Aquí está todo -exclamó-, aquí está el principio de la reconstrucción. ¡Por fin lo conseguimos! Tenemos una tarea por delante y no quiero excusas ni comentarios irónicos, es mucho trabajo y hay que ponerse a ello, si no, otros pueden adelantarse y nos quedamos sin el proyecto.

-¿Quiénes son esos otros?

Cosme desatendió la pregunta de Dimas, consideraba que era una manera de socavar el plan. Abrió la computadora y comenzó a leer:

-“Uno de los dioramas principales que forman parte de la reconstrucción total del reino tendrá lugar en el antiguo hospital psiquiátrico de la ciudad. El cierre de las instalaciones fue un error que algunos compañeros cometieron por actuar sin la debida conducción; no fue un error por mala intención, todo lo contrario, fue cerrado porque parecía la mejor solución para descartar un viejo edificio que ya no tenía utilidad ni cumplía su cometido, lo que no es raro porque fue construido en épocas tristes y desesperanzadas, pero ahora se inicia su resurrección bajo nuevos criterios de alegría y esperanza.”

Dimas interrumpió la lectura. -Supongo que se refiere al hospital de Lídice.

Cosme asintió y continuó:

-“Este hospital albergaba seres afligidos y abandonados, nómadas que atravesaban la ciudad sin destino ni futuro, pero eso ya no será así. Ahora sus espacios serán habitados por hombres y mujeres con derecho a la felicidad”. Siguen así varias páginas, no es necesario leerlas todas. Lo que nos interesa es la parte dedicada a la reconstrucción en la que nosotros participaremos. Los materiales deben estar al llegar, me avisarán oportunamente, por ahora debemos ir al campo de operaciones y planificar lo que vamos a hacer. Y no tienes que preocuparte, Dimas, por la albañilería, tendremos suficientes albañiles para lo que haga falta.

-Leíste algo sobre un diorama -dijo Roque- es un tipo de maqueta, por lo general a escala real, que muestra figuras humanas, vehículos, animales o incluso seres imaginarios, dentro de un entorno que simula la realidad. El efecto es el de reconstruir una escena viviente a partir de materiales inanimados.

-Pues como que tiene razón Cosme y nuestras referencias pueden ser útiles -dijo Samid- ¿Cómo sabes todo eso?

- Hace tiempo escribí una reseña sobre el artista ruso Franz Roubaud, el más célebre dioramista del mundo por su reproducción del asedio de Sebastopol en la guerra de Crimea. Más que un diorama es un panorama, una estructura circular de grandes proporciones exhibida en un museo especialmente construido para ello en 1904. Lo recuerdo porque cuando lo escribí pensaba que era un lugar al que alguna vez me hubiera gustado ir.

-Magnífico, entonces, manos a la obra. Ustedes tres quedan comisionados para visitar el hospital y hacer el plan de construcción del diorama, y yo, por mi parte, quedo a cargo de coordinar la entrega de materiales y todo lo que haga falta.

-Estuve allí hace poco -dijo Dimas como si hablara consigo mismo- y conocí a un hombre que vivía en el barrio y decía ser su cronista. Lo incorporé a mi museo de los lugares perdidos, así que no ha sido una tarea tan inútil después de todo.

Se dirigieron al hospital y por un momento les pareció que estaban haciendo útil. Una vez estacionado el vehículo dieron unas vueltas alrededor hasta que entraron. Estaban en el patio principal. No había nadie, pero tampoco, recordaba Dimas, vio a alguien en su visita anterior, salvo al cronista.

-Más o menos está igual; igual de destruido, quiero decir.

-¿Es aquí donde quieren construir un diorama? Es absurdo, habría que empezar por terminar de demolerlo.

-Pero, ¿por qué aquí? Hay tantas locaciones mejores...

-Quieren reconstruir la locura, por lo visto.

-Esa vez que estuve aquí escuché voces que delataban la presencia de seres humanos. El cronista dijo que algunos se habían refugiado para no ser evacuados.

-¿A dónde?

- Ni idea, los transportaron en camiones militares.

-Quizás están todavía.

-Esperemos que no, su presencia no es tranquilizadora, puedo asegurarles.

-¿Y no sería mejor que buscáramos a ese tipo que llamas el cronista?

-Si nos ve seguro que aparece, pero no sé dónde buscarlo.
Salió como de la nada.

En el silencio les pareció sentir unos pasos, pero era su imaginación.

-Bueno, Roque, tú que eres nuestro experto en dioramas, ¿qué se te ocurre que podríamos hacer aquí? -preguntó Samid.

-Tendríamos que explorar el interior y constatar si algún espacio está más o menos incólume para montar las piezas allí.

-¿Qué piezas?

- Es lo que tenemos que inventar. De acuerdo a lo que nos leyó Cosme se trata de recuperar el espacio hospitalario para recoger a los nómadas y que sean felices aquí.

-No, amigo, no es eso. Es mucho más que eso.

La voz apareció frente a ellos.

-Doctor Rei, no lo puedo creer.

-¿Qué es lo que no puede creer?, encontrar a un psiquiatra en un psiquiátrico es bastante verosímil.

-Es el doctor Rei -dijo Dimas-, el médico que me recomendó la cuñada de tu compañera de trabajo. Ella es Samid, mi esposa, y él es Roque, un buen amigo.

- ¿Y usted cómo sigue? No ha vuelto por el consultorio.

-Mejor, mucho mejor.

-Excelente, aquí tenemos bastante por hacer, así que es importante que todo el mundo se encuentre en buenas condiciones. ¿No les habían advertido de que vendría?

Dijeron que no.

-A veces hay fallas en la comunicación, pero de todas maneras haremos un buen equipo, estoy seguro.

-¿Y exactamente en qué consiste este trabajo, doctor?, porque tampoco nos han dado instrucciones muy precisas -dijo Samid.

-¿Ah no? Vaya, pues, entonces me tocará a mí guiarles. Bienvenidos al lugar destinado para construir la primera pieza del diorama colosal.

Procedió entonces a dar los detalles de cómo se llevaría a cabo la construcción. Había elegido la sala del hospital que se encontraba en mejor estado y que podía recomponerse fácilmente con algunos retoques en las paredes, el friso, y una buena mano de pintura, en un color alegre, probablemente amarillo, si se encontraba el tono adecuado -representa éxito y felicidad-, o verde claro -símbolo de calma y tranquilidad; luego se instalarían los pósters de gran tamaño con imágenes de hombres y mujeres en diversas tareas, leyendo, comiendo, jugando, haciendo deporte, viendo televisión o conversando. También se colocarían unos módulos para proyectar videos que mostraran filmaciones en las que los enfermos mentales -que ya no serían llamados así sino personas libres de locura- explicaban al visitante su proceso de curación y reinserción en una vida feliz y productiva. Este sería el diorama de fabricación más sencilla, al que seguirían otros de mayor complejidad.

-¿Y exactamente, qué es lo que nos corresponde hacer a nosotros?

- Lo más importante, por supuesto.

-¿Qué sería?...

-Ustedes representarán a las personas libres de locura en carne y hueso y serán filmados en vivo. Ese video constituye la

pieza clave de la producción. Yo les daré el guion, no teman, está todo perfectamente programado.

Quedaron desconcertados cuando el doctor Rei les informó de que los trabajos no estaban listos para empezar ese mismo día. Se habían producido retrasos en la producción de las gigantografías y en la entrega del mobiliario, de modo que debían regresar la semana siguiente, o mejor la subsiguiente.

-No puedo creer que esa conversación tuvo lugar -decía Roque.

-Por un momento pensé que el doctor Rei era uno de los pacientes que se habían refugiado en el hospital después que fue clausurado.

-Quisiera que Cosme apareciera y nos explicara qué es lo que estamos haciendo, y cuál es el uso que podemos darle a lo que él llama “nuestras referencias culturales”. Por ejemplo, yo no tengo ninguna referencia personal de la locura y de cómo representar a un enfermo mental reinsertado en una vida feliz y productiva.

-Me pareció entender que lo que tenemos que hacer es fingir una conversación alegre y normal.

-Y también me gustaría saber cuánto nos van a pagar por ese video porque se supone que esta es una oportunidad de negocio.

-Esperemos a que llegue Cosme, él tiene que explicarnos todas estas incógnitas.

2.

Dimas, cansado de recorrer la ciudad buscando lugares perdidos, ocupaba su tiempo releendo las citas que había acumulado en las reseñas escritas durante aquellos años de lo que podría llamarse bienestar.

Corrió el rumor de que había sido el guardián del harén, Reneferef, quien había expresado la idea de buscar un procedimiento que dilapidara parte de las riquezas de Egipto... también Egipto debía encontrar el medio de consumir el exceso de energías de su población: emprender una obra que excediera lo imaginable, tanto más colosal en sí misma como abrumadora y extenuante para sus habitantes.

-Supongo que una pirámide -dijo Samid.

-Exactamente, así se llama la novela de Ismaíl Kadaré. *La pirámide*. El párrafo sigue así:

En una palabra: algo agotador, destructivo para el cuerpo y la mente y por completo inútil. O, más precisamente, una obra tan innecesaria para los súbditos como imprescindible para el Estado.

-Esto me empieza a sonar conocido.

-Y oye esto:

Fue de este modo como el soberano y sus ministros, así lo testimonian los papiros, desembocaron poco a poco en la idea de un gran monumento sepulcral. De una tumba inigualable.

-La tumba de los esclavos que la construyeron, por supuesto.

Hubieran podido continuar un buen rato, les gustaba comentar aquellas viejas reseñas, sobre todo desde que la biblioteca había desaparecido, pero Cosme los interrumpió.

-Vaya, vaya, y qué están haciendo aquí. ¿No se supone que deberían estar en la construcción del diorama del hospital?

-Ocurre que estuvimos esta mañana pero no pudimos hacer nada. El doctor Rei nos dijo que no habían llegado los materiales necesarios y que volviéramos en dos semanas.

-¿Rei? ¿Quién es ese tipo?

-Es un psiquiatra a cargo del diorama del hospital.

-Lo sabía, esto está lleno de vivos robándole el trabajo a los demás -estaba enfurecido.

-¿Y qué sugieres?

-Que nos olvidemos de ese hospital, ya eso se lo han agarrado otros y hay proyectos mucho mejores. Mañana vamos al zoológico, yo los acompaño.

Salieron muy temprano en una camioneta que le habían asignado a Cosme y conversaban muy animados. Un zoológico parecía ser un lugar más amable que un psiquiátrico. En la entrada se desplegaban unos carteles explicativos. Una muchacha se pintaba las uñas sentada detrás del escritorio, dijo

“bienvenidos” y siguió con su tarea mientras chateaba. En el catálogo de las especies que albergaba el zoológico podía leerse: “ardillas, chigüires, cunagueros, monos, venados, jaguares, nutrias, perezas, pumas y rabipelados. Águilas, cardenalitos, cotorras, garzas, patos, gonzalitos, guacamayas, lechuzas, zamuros, tucanes y turpiales. Babas, caimanes, iguanas, morrocoyes, tortugas, reptiles, una anaconda y muchos peces”. Cosme se dirigió a la muchacha:

-Venimos del plan Tu Diorama Feliz, y queremos visitar el parque.

-Claro, adelante.

-¿Hay algún guía que nos pueda acompañar?

- Ahora mismo, no.

-¿Y cuándo podría ser?

- Te soy sincera, no tenemos guías. Los teníamos pero ya no están.

-Creo que no lo necesitamos -dijo Roque-. Vine muchas veces de niño.

Algunas de las señalizaciones permanecían en su lugar y no era difícil orientarse. Sin embargo, el silencio resultaba extraño, no se escuchaba la algarabía de los monos y los pájaros, tampoco había visitantes, aunque eso resultaba comprensible por la hora. La puerta del terrario estaba cerrada. Regresaron sobre sus pasos hasta llegar al estanque de las nutrias, solo había una. Tampoco se veían patos en el lago ni se avistaban las garzas, únicamente un caimán solitario medio enterrado en la arena. Se sentaron en un banco y Samid comentó que no se acercaban las ardillas

buscando comida ni se veían perezas en los árboles. Apenas unos rabipelados hurgaban en la basura.

Un jardinero los saludó amablemente

-Buenos días. Queremos ver los animales pero pareciera que hay pocos. ¿Qué será lo que pasa?

-Eso es porque se los llevan, a veces para comérselos, sobre todo los peces y los patos, otras para venderlos, algunos los matan por maldad, una vez me encontré una danta descuartizada, y otros se mueren de hambre y de enfermedades. ¡Desde cuándo no pasa un veterinario por aquí! Yo me traje unas cotorras para mi casa porque a mi nieta le gustan mucho y se iban a morir de mengua.

-Pero tampoco hay empleados, solo lo hemos visto a usted y a la muchacha de la oficina.

-Esa no es empleada, es novia de uno de los vigilantes.

-Tampoco hemos visto vigilantes.

-Será que han salido, pero quedan algunos.

-¿Y usted tiene tiempo aquí?

-Toda la vida, puede decirse. Desde la inauguración. Yo era un muchacho, pero como en la casa hacía falta dinero mi papá consiguió que me contrataran para regar las matas, y me fui quedando y cogiéndoles cariño a los animales, también les ponía la comida. Una vez casi me ataca un mono que estaba rabioso. Tengo muchos cuentos pero no quiero fastidiarlos. Mi esposa dice que me pongo muy fastidioso contando cosas del pasado.

-No nos aburre, al contrario, nos interesa mucho.

-Otro día seguimos, no hay agua para regar pero ahora tengo que recoger las hojas, se han caído bastantes porque hay mucho verano.

-Esto no es un zoológico sino un cementerio -sentenció Dimas cuando el anciano se alejó.

-Esa es la razón de nuestra presencia, precisamente -habló Cosme-. Los animales vivos hay que alimentarlos, cuidarlos, curarlos cuando se enferman, todo eso supone una gran inversión, en cambio en un diorama permanecen para siempre, y sin mayores costos el parque volverá a ser lo que fue, un lugar de disfrute para las familias y para que los niños conozcan las especies de nuestra fauna. Creo que tenemos suficientes datos para organizar el plan de acción. Podemos empezar esta misma tarde, y si Samid nos hace una pasta de esas maravillosas que sabe preparar, mejor todavía.

Samid dijo que compraran una pizza, no se veía con ganas de cocinar, y mientras comían fueron haciendo los planes de trabajo.

-He estado pensando en los nombres de los dioramas, cada uno debe ser diferente, y al mismo tiempo, todos juntos remiten al diorama colosal. Para el zoológico se me ocurre DioZoo. ¿Qué les parece? -comenzó Cosme.

-Suenan bien -contestó Roque. -Estuve indagando un poco y la cantidad de información es abrumadora. Existen todo tipo de dioramas, en tamaño, temática, propósito. Algunos han sido elaborados por notables arquitectos y artistas, otros están dirigidos a niños y aficionados a los pasatiempos, o tienen fines religiosos, científicos, educativos. Imagínense que el diorama fue

inventado por Louis Daguerre a principios del siglo XIX. Uno de los más famosos es...

-Bueno, no es necesario que nos des una clase sobre el particular. Vayamos a lo práctico.

-Pensé que estábamos en esto por nuestras referencias culturales.

-Claro que sí, pero la prioridad es que hagamos un listado de las necesidades, personal, materiales, lugares apropiados para la instalación. Del éxito del DioZoo depende que nos vuelvan a contratar. Lo usual es que el diorama tenga efectos de iluminación pero en nuestro caso será un diorama con luz natural, aprovechando la amabilidad de nuestro clima. Los componentes básicos son la escena, el fondo y las figuras, de modo que se presente en tres dimensiones. Concentrémonos en eso, ¿a quiénes necesitamos para ponernos en marcha?

-Pienso -seguía Roque- que en primer lugar requerimos jardineros, podemos hablar con el que conocimos en el parque, ha pasado toda su vida allí y seguro sabe de los que trabajaban antes. Luego vienen los albañiles y carpinteros para construir los elementos de la ornamentación, y los pintores que se encarguen de la pintura del fondo. El fondo es muy importante, es lo que le da perspectiva a la escena. Por supuesto, todo esto debe estar coordinado por un diseñador de interiores, puede ser un arquitecto con cierta experiencia en el área, conozco a una chica que lo haría muy bien. Y, lo más importante, los taxidermistas.

-¿Y todo esto cuánto tiempo toma? -preguntó Samid.

-Lo primero será buscar en el zoológico los animales que hayan muerto recientemente para disecarlos. Una vez

seleccionados, el proceso, por lo que he leído, tarda entre tres y seis meses, dependiendo del tamaño del animal.

-Lo mejor será contar con un buen número de expertos para que el trabajo sea rápido. ¿Te encargas tú, Dimas, de hacer los presupuestos de los materiales y de la contratación? -habló Cosme.

-Por lo que se ve el DioZoo será una gran fuente de empleo, y nosotros creo que quedaremos en la categoría de contratistas.

-Eso también es un empleo. De momento no sabemos nada acerca de cuánto dinero representa este trabajo.

-Un poco de paciencia, Dimas, no hemos ni empezado y ya estás preocupado por lo que vas a cobrar.

Después de comerse la pizza se pusieron a calcular el número de personas que harían falta para construir el DioZoo.

3.

Una vez comenzadas las obras de preparación del terreno y antes de que estuvieran terminadas la gente comenzó a frecuentar el parque. El levantamiento del DioZoo causaba asombro y los visitantes permanecían horas mirando el avance de los trabajos. Muchos querían tomar fotografías pero se prohibió hacerlo. No era conveniente que las redes sociales se inundaran de imágenes que anticiparan el día de la inauguración. Debía ser una sorpresa. Cosme estaba muy satisfecho porque corrían rumores de que el diorama del hospital psiquiátrico estaba muy retrasado y era fundamental que el suyo fuese el primero; de ese modo, decía, aseguraban la contratación del siguiente. El único problema era que los fondos no llegaban y surgieron las protestas. Aunque nadie se atrevía a boicotear la obra, y mucho menos ir a huelga, el ambiente estaba enrarecido y se percibía el descontento. Este era, en realidad, el mayor obstáculo. El DioZoo se anunciaba como la máxima expresión de la felicidad de todos, y el hecho muy visible de que quienes lo construían no expresaran en sus rostros esa felicidad era una amenaza.

Poco después de la inauguración, los trabajadores colocaron un cartel a los pies de un venado en el que podía leerse: “no nos pagan”. Alguien, para suavizar las cosas, añadió “a tiempo”. Mientras tanto cada vez más gente seguía acudiendo entusiasmada e incluso e instalaron puestos de comida. Lo que fascinaba a los niños era ser fotografiados junto a los animales. En un zoológico real no hubiera sido posible posar al lado de un cunaguaro, ni subirse a los lomos de un venado. La disposición

de los paneles de exposición era bastante peculiar, pero tampoco los visitantes eran expertos que pudieran estar pendientes de los detalles estrambóticos. Una de las maquetas, por ejemplo, se centraba en un perfil de árbol elaborado en cartón en el que podían verse unas perezas enzarzadas en las ramas, en la copa una lechuza y en el piso unos rabipelados junto a un pingüino. “Esto es un disparate -dijo Roque-, confunde al espectador. Los pingüinos no pertenecen a nuestra fauna autóctona”. Todos estuvieron de acuerdo pero lo importante, pensaba Cosme, no era la fidelidad al canon zoológico sino reproducir visiones interesantes e imaginativas. “Tampoco es usual -seguía Roque- que dos gacelas estén apoyadas en un perfil de árbol junto a un león, los leones son depredadores de las gacelas”. Lo que le parecía más inquietante era que la maqueta principal tuviera por fondo una cortina de plástico que perdía por completo la perspectiva de profundidad. “Un poco de improvisación no viene mal”, le contestó Cosme irritado.

Algunos animales habían sido preparados por los taxidermistas y lucían muy realistas, pero la mayoría de las figuras fueron recreadas con la ayuda de artesanos que fabricaban los prototipos con materiales de desecho, y de ese modo surgieron avestruces, cebras, jirafas y tigres. Solamente el leopardo era una verdadera reproducción de lo que había sido un animal alguna vez. En cualquier caso, el DioZoo era un éxito y fue tanta la afluencia que se hizo necesario programar las visitas y establecer turnos, especialmente los fines de semana.

Poco después ocurrió un hecho muy perturbador y fue la aparición de la cabeza del leopardo en medio de un basural.

Rodeado de botellas y bolsas de plástico, de latas de refrescos, en medio de una hojarasca, la fiera decapitada miraba al espectador mostrando sus colmillos. Cosme dio órdenes de retirarlo de inmediato. Por temor a que si se botaba en un vertedero alguien lo encontrara y lo colocara en un lugar visible, Roque accedió a llevárselo y disponer de modo discreto su definitiva desaparición. Pero ese no fue, recordaba Dimas, el único incidente que puso en peligro todo el proyecto. Los letreros denunciando la falta del pago a los trabajadores continuaban apareciendo, y aunque eran eliminados rápidamente, constituían una preocupación. Cosme tomó la decisión de que debían desaparecer de allí, y Dimas, Samid y Roque estuvieron de acuerdo. Tampoco ellos habían cobrado por sus servicios, pero al menos querían evitar ser el blanco de los ataques, ya que eran el único rostro visible y los trabajadores los consideraban responsables. Una vez reunidos en el apartamento Cosme les dijo:

-El DioZoo ha sido un éxito y estoy seguro de que en algún momento recibiremos el pago prometido, pero por ahora lo mejor es dejarlo como está, hemos cumplido con nuestra misión y nos toca cambiar de escenario.

-¿Es una broma? -dijo Dimas.

-No, es otra propuesta mucho mejor y esta vez con gente más seria que nos garantiza el pago. La mitad antes de empezar y el resto cuando hayamos terminado.

Lo miraron atónitos. -Así que nos van a volver a engañar, y por cierto, ¿quiénes son? Nunca nos has dicho los nombres de los contratistas.

-¿En alguna parte están escritos los nombres de los constructores de las pirámides? Las construyó el faraón, y el faraón, para nosotros, es el Estado -respondió Roque.

Dimas se levantó para alcanzar su computadora y buscó entre sus archivos.

-Aquí está. Ya lo encontré. “La pirámide es el pilar que sostiene el poder. Si ella vacila, todo se derrumbará”. Eso es, ¿no?, lo que debemos hacer, construir un pilar que sostenga el poder. Es decir que las acciones absurdas y disparatadas no deben ser entendidas como errores sino como propósitos de ocultamiento. Producir humo hasta que no pueda verse la verdad. Todos se preguntan para qué sirve. El diorama es el gran proyecto, la espera infinita.

-No digas tonterías, no vamos a sostener nada, es solamente un contrato de obras como siempre han existido en el reino, en todos los reinos.

Dimas continuaba leyendo:

Él buscaba otra cosa, algo con lo que las gentes estuvieran ocupadas día y noche al extremo de olvidarse de sí mismas. Pero además, una obra que en razón de su propia naturaleza tuviera a un tiempo fin sin llegar a tenerlo jamás. En definitiva, que se renovara continuamente. Y que por otra parte fuera bien visible.

-Creo que exageras trayendo a colación a Kadaré -dijo Roque-. Yo también he leído esa novela, pero no creo que nuestro caso sea el mismo.

-Los casos nunca son los mismos, precisamente por eso -dijo Samid-, porque son casos, pero son comparables.

-¿Esto va a ser un simposio o es una reunión de amigos tratando de sobrevivir?

-Eso es lo que quería el faraón, sobrevivir del olvido. Les leo:

Fue de este modo como el soberano y sus ministros, así lo testimonian los papiros, desembocaron poco a poco en la idea de un gran monumento sepulcral. De una tumba inigualable.

Samid propuso que consideraran seriamente lo que Cosme tenía que decirles, y si no estaban de acuerdo, pues no lo harían. No era necesario ponerse dramáticos. Así fue cómo escucharon del nuevo proyecto: el DioMall. En la ciudad podían verse unos cuantos centros comerciales deshabitados, los propietarios habían ido cerrando los negocios hasta que finalmente no quedaba ninguno, o muy pocos, y esos no estaban en capacidad de sostenerse por sí solos. No había electricidad permanente, ni agua, ni recogían la basura. Se habían convertido en antros nauseabundos, guarida de indeseables, refugio de desechos humanos, habitación de abandonados. El DioMall sería el proyecto bandera del Reino de la Alegría.

-Lo tengo bien pensado y elegido -seguía Cosme-. En primer lugar es necesario limpiar los escombros y adecentarlo. Luego una mano de pintura, la pintura es muy importante, y por

último instalar los maniqués que van a representar a los comerciantes y a los compradores.

-¿Y has pensado en cómo desalojar a los indigentes? - preguntó Samid-. Dicen que hay miles de personas.

-Eso no nos corresponde a nosotros. Ya está considerado y el plan de desalojo será ejecutado previamente.

Continuaron comentando los detalles hasta llegar a la conclusión de que era factible.

-Pero será el último -aseguró Dimas.

-Recuerda a James Bond, *Never say never again*.

Efectivamente el trabajo de remodelación (*refacing*, según Cosme) presentó menos obstáculos que el del DioZoo. No hubo que luchar con terrenos en mal estado, grama seca y quemada, hojarasca por todas partes, árboles enfermos, cadáveres de animales, otros desnutridos, plagas de ratas, y un sinnúmero de problemas que se interponían constantemente. En el centro comercial, una vez desalojados los refugiados, conocidos en la nomenclatura oficial como personas privadas de hábitat, las labores se centraron en la limpieza y refrescamiento de los materiales. En general no se observaban grandes daños en las estructuras, y para ahorrar gastos se decidió que no era necesaria la instalación de sanitarios ni de aire acondicionado, puesto que los maniqués no los necesitaban. Todo fluía según los planes y el cobro de los servicios se hizo efectivo. Por primera vez recibieron un pago. Se habían repartido las funciones y cada cual se responsabilizaba por una parte del adecentamiento de los

locales, la colocación de los figurantes artificiales le había correspondido a Samid.

-Siempre he odiado los museos de cera, y esto se le parece -comentó.

-Piensa en que podremos reparar la lavadora, que está diciendo a gritos que no da más. Y quizás comprar un tanque de agua portátil.

Dimas no era alguien que estuviera tan pendiente de esos detalles y eso sorprendió a Samid.

-De todos modos -añadió-, me desagradan los muñecos humanoides, son siniestros. Y lo peor es saber que son maniqués vestidos con ropas que provienen de fábricas abandonadas o expropiadas. Menos mal que las encargadas de vestirlos son las mujeres despedidas de esas fábricas. Sé que es injusto lo que digo, injusto y clasista, pero no me sentiría capaz de hacerlo. Suficiente con jugar a la decoradora indicando cómo y dónde ponerlos, algo así como una nostalgia de cuando San Nicolás me trajo la casa de muñecas. ¿Y sabes lo peor?

-Lo peor es que con tanto agite no hemos tenido tiempo de pensar en lo nuestro -dijo Dimas.

4.

Llegó el día de la inauguración que convocó una multitud que sobrepasaba todas las expectativas. Fue necesario llamar a los cuerpos de seguridad para impedir que se produjera un desastre con el tumulto que suponían miles de personas tratando de entrar a la vez. Aquel centro comercial había permanecido cerrado por años y se había filtrado el rumor de que todos los productos serían distribuidos gratuitamente a los primeros quinientos visitantes. No fue posible disuadirlos y hacerles entender que solamente se trataba de una exposición, y que en realidad no había productos que entregar. Al desbordarse los espacios fue necesario el uso de la fuerza para evitar males mayores. Pronto comenzaron a estallar las lacrimógenas y se escuchaban perdigones. Cosme se quedó intentando parlamentar con los que se negaban a abandonar el local, y Dimas, Samid y Roque lograron escapar por la salida de emergencia. Una vez en la calle se preguntaron asustados cómo no habían previsto que aquello pudiera suceder.

-Luego analizaremos lo ocurrido -dijo Dimas-, de momento lo único que podemos hacer es alejarnos de aquí.

-No podemos dejar solo a Cosme, tenemos que buscarlo - Roque volvió sobre sus pasos.

En ese momento lo vieron venir.

-Ya pasó lo peor, el centro fue desalojado y se llevaron algunos detenidos, pero en general todo está calmado. Fue una falla de organización por nuestra parte, deberíamos haber anunciado que era únicamente una visita de entretenimiento con la finalidad de mostrar un centro comercial.

-¿Crees que hubiera sido suficiente?

-No lo sé, Dimas, solamente estoy tratando de buscar soluciones a esta catástrofe. Aunque, bien mirado, no lo ha sido tanto. El DioMall atrajo muchos más visitantes que el DioZoo, y eso es lo que hay que resaltar a la hora de que nos exijan responsabilidades. Se necesita mayor vigilancia, eso es todo. Y reponer algunos estropicios y materiales perdidos, que por suerte no han sido tantos.

-O sea, que el DioMall continúa.

-Pues claro que sí, Samid, no se puede condenar un proyecto tan importante por un percance.

-De momento nosotros necesitamos reponernos de lo que llamas un percance, así que propongo que nos vayamos a casa.

La zona había quedado acordonada y no pasaba ningún taxi, de modo que se encaminaron a la estación de metro. Solo falta que lo hayan cerrado, comentó Roque, sin embargo estaba funcionando. Parados en el andén Dimas vio acercarse a Raskolnikov. Las desgracias nunca vienen solas, dice la sabiduría popular.

-Vaya, vaya, los profes. Tanta inteligencia junta es una bomba.

Ninguno le respondió. Miraban la vía esperando que llegara el tren y continuaban hablando entre ellos.

-Estás muy linda, Samid, no te veía desde hace rato.

-Yo, por suerte, tampoco -contestó ella.

-A tu marido sí me lo encuentro de vez en cuando, ¿no es verdad, Dimas?, pero a Roque y a Cosme les había perdido la pista. ¿Y qué hacen por aquí los cuatro? No me imaginaba

encontrarlos en el metro, pensé que ahora estarían estrenando tremenda camioneta.

Cosme rompió la política de silencio. -¿Y qué te hace pensar tanto?

-Ah, es que yo tengo muchas neuronas y pienso, ¿qué se habrán hecho los profes? Son muy famosos, todo el mundo sabe que son los creadores de los dioramas. Yo en mi vida había escuchado nada de un diorama, y ahora resulta que mis profes queridos son los jefes del asunto. Cuando hagan otro, acuérdense de mí, que soy bueno para todo.

-¿Sigues leyendo *Crimen y castigo*?

-No, Roque, no. Ya esa novela la tengo bien aprendida.

Dimas estaba inquieto, el tren no llegaba, la conversación se hacía cada vez más tensa, y los otros no parecían intuir el peligro de dirigirse a él en aquel tono despreciativo. Intentó suavizar las cosas.

-Lo que pasa es que hoy estamos apurados, pero hagamos una cosa, dame tu número y te paso un mensaje cualquier día de estos para vernos en algún bar de los viejos tiempos.

-¿Apurados por qué, si están todos jubilados? Ah, debe ser que tienen que arreglar la cagada que pusieron en el DioMall. ¿Saben de las víctimas? Había muchas viejitas, una se ahogó con los gases, y a una muchacha le cayó un perdigonazo en un ojo, capaz que lo pierda.

En ese momento se fue la luz. Se escuchaban las exclamaciones de impotencia y la gente se arremolinó buscando las escaleras. Tanteando y con ayuda de la iluminación de los

teléfonos lograron subir a la superficie y salir a la calle. Faltaba Roque.

-Esperemos un momento, ya va a salir.

Se apostaron a la salida para comprar unas botellas de agua en uno de los puestos de venta de refrescos. Pasaba el tiempo y Roque no aparecía. Alguien dijo que la electricidad había vuelto, se trataba de una falla momentánea. Dimas bajó a buscarlo. Al rato apareció consternado.

-No lo encuentro. Quizá salió por otro acceso.

-No hay otro acceso en esta estación.

En eso apareció un gentío subiendo de los andenes. Comentaban que por una vez que había sido un apagón corto los trenes estaban detenidos porque había ocurrido un arrollamiento. Dimas y Cosme bajaron corriendo las escaleras pero no les permitían acercarse. De todos modos era fácil reconocerlo.

-Quisiera saber dónde carajo está Raskolnikov, es mucha casualidad.

-Se fue con su crimen sin castigo.

El regreso al apartamento se hizo en silencio. Samid lloraba y se acostó en su cuarto. -No traten de consolarme, por favor. Sería peor.

La desaparición de Roque estaba muy presente en el ánimo de todos y no habían querido volver ni al zoológico ni al centro comercial. No ganamos casi nada y perdimos un amigo, ese es el saldo, decía Dimas. Encerrado en su apartamento, desde el

sillón verde miraba la calle y el poste de luz, y de vez en cuando revisaba sus archivos y leía las citas de algunas de sus viejas reseñas.

Pensaba a veces K que en esos rostros ásperos aparecían con frecuencia la ira y la rabia, pero que nunca veía una cara triste o melancólica. Reconoció poco a poco que estos hombres no tenían por qué sentirse melancólicos puesto que carecían de recuerdos: los habían perdido o habían ajustado las cuentas con ellos. Por tanto, no poseían un pasado ni, ciertamente, un futuro. Vivían en ese estado de presente continuo en el que la mera existencia se percibe como una realidad inmediata y al mismo tiempo exclusiva.

-¿Ves, Samid?, esto que dice Kertész es lo que se persigue con los dioramas. Producen un estado de presente continuo, nadie se siente triste o melancólico porque desaparecen el pasado y el futuro.

-Ese es precisamente el propósito, me parece. Tengo la impresión de que todo es un continuo errático en el que damos tumbos sin saber a dónde vamos.

La conversación se interrumpió porque Cosme regresó al apartamento muy excitado.

-Prometo que éste es el último proyecto. Les explico, pongan atención. Los anteriores dioramas tuvieron un éxito relativo, pero también quedó al descubierto que tenían grandes

fallas. El DioSalud fue de todos el mayor desastre, el doctor Rei no supo manejar la situación.

Lo ocurrido fue un episodio trágico. Nadie podía prever que los antiguos pacientes del psiquiátrico, escondidos en los sótanos del hospital, salieran de su refugio y se abalanzaran contra los trabajadores que construían el diorama. Algunos murieron, entre ellos el propio Rei cuyo cadáver descuartizado y a medias devorado fue encontrado días después.

-Era un hombre estúpido y arrogante -dijo Dimas-, pero no se merecía ese final.

-El DioZoo, por el contrario, fue un gran éxito, hizo feliz a muchas familias y pudo llegar a ser considerado como uno de los grandes emprendimientos ecológicos del mundo si no fuera por el desgraciado accidente del leopardo, con seguridad producto de una conspiración de los grupos enemigos del Reino de la Alegría que se proponían destruir esa felicidad. Igual ocurrió con el DioMall. Pocas veces se había visto mayor alegría en la población hasta que alguien le hizo creer a los visitantes que estaban regalando los objetos expuestos y desató el desastre que costó algunas vidas, no se sabe cuántas. Ahora ha surgido el proyecto DioHábitat. Es necesaria una solución final que termine con cualquier vestigio de infelicidad.

Dimas y Samid escuchaban a Cosme estupefactos.

-Así que después de los descalabros que acabas de resumir, nos encaminamos al gran fracaso final.

-No tiene porqué serlo, si se hacen las cosas bien y se aprende de los errores.

-No cuentes con nosotros, ya hemos cumplido, hemos dado lo que hemos podido y no daremos más.

-Me temo que no has comprendido bien, Samid, tu colaboración en el DioHábitat no es voluntaria.

-¿Ah no? ¿Me obliga quién?

-No veo que estemos obligados a seguir en esto, trabajamos lo mejor que pudimos, y si los enemigos de la alegría sabotearon lo que se hizo, hipótesis que me parece estrambótica, no es culpa nuestra. Nosotros también hemos tenido víctimas, te recuerdo que Roque desapareció el día del desastre del DioMall.

-Es difícil para mí hablar de esto, pero lo cierto es que no tienen opciones, yo tampoco las tengo. Está todo decidido.

-Decidido, ¿por quién?

-Somos amigos desde hace mucho tiempo, tanto que ni me acuerdo de cuándo nos conocimos. No me hagan decir lo que no quiero decir.

-Di lo que sea, no vamos a jugar a la comedia de las equivocaciones.

-Lo que puedo decir es que estamos obligados por los altos anillos del Reino de la Alegría a colaborar en la solución final, porque también ha llegado el momento de la verdad final. Si no lo hacemos nos tenemos que atener a las consecuencias, y les aseguro, son poco deseables. Se hizo un silencio y Samid se fue a la cocina y comenzó a preparar el almuerzo. Dimas volvió a la computadora para revisar sus viejas reseñas. Cosme abrió la suya para revisar los pasos del plan DioHábitat. Por la tarde Dimas y Samid aceptaron escucharlo.

-El proyecto consiste -resumió Cosme- en crear una habitable felicidad donde por el momento lo que existe es una soledad edificada. Empezaremos por localizar los barrios, urbanizaciones o sectores con mayor número de viviendas vacías; hay muchas, ya lo sé, ese es precisamente el problema que el DioHábitat busca solucionar, el sentido melancólico que esa deshabitación (¿se puede decir así?) produce en los supervivientes. Dimas, ¿me estás siguiendo?

-Por supuesto. De lo contrario no estaría leyendo esto.

... el proceso irreversible de destrucción, desintegración y ruina continuaba de acuerdo con sus rigurosas leyes, y día tras día se estrechaba el círculo, dentro del cual los “asuntos” funcionaban y seguían con vida; veía que hasta los edificios, en su insuperable abandono, esperaban a que se cumpliera su destino, puesto que los inmuebles y sus habitantes ya se habían separado: el revoque caía en grandes trozos, los marcos carcomidos de las ventanas se desprendían de los muros y el creciente número de cumbreras rotas a ambos lados de la calle indicaba también que la estructura de las vigas de madera -como de la piedra, de los huesos, de la tierra- perdía cada vez más estabilidad.

-¿De que libro es?

-De *La resistencia de la melancolía* -contestó Samid-, me lo lee casi a diario.

-Bien, sigamos. Ese húngaro tiene razón, el efecto que produce la separación de los inmuebles y sus habitantes es exactamente lo que queremos evitar, o al menos detener su avance, o su efecto nocivo en el imaginario de la gente.

-¿Todo eso se te ha ocurrido a ti o a los anillos superiores de información?

-A mí, por supuesto. He dicho montones de veces que son nuestras referencias culturales las que podían ser utilizadas en estos proyectos.

-Pensé que la idea final era que desaparecieran las ideas.

-¿Quién te crees que soy?, ¿un peón de los anillos de información? No, Dimas, sigo siendo el mismo Cosme de toda la vida, solamente que en modo sobreviviente. Y pretendo que ustedes dos también. Podría olvidarlos y buscar a otros para que me ayuden, pero no quiero. Quiero que permanezcamos juntos como siempre y hasta el final.

-Sigue con la explicación del proyecto -dijo Samid-, necesito escuchar algo concreto, iba a decir sensato, aunque probablemente eso no sea posible.

-En términos simples la misión consiste en detectar los lugares deshabitados y construir dioramas que permitan recrearlos como si estuviesen habitados. Como sabemos que son muchos, y que probablemente no podremos hacerlo con todos, nos limitaremos a la construcción de un DioHábitat modelo para que otros continúen la obra hasta que se construya el diorama colosal, el diorama total del Reino de la Alegría.

-Es demencial.

-También parecía demencial que la tierra fuese redonda, o que el hombre pudiera llegar a la luna. Un poco de imaginación, Dimas, eso es lo que necesitamos para sobrevivir.

Veía todo esto y veía también las persianas oxidadas y cerradas desde hacía semanas con candados en los escaparates de las tiendas, veía los armazones caídos de las farolas ya ciegas, veía los coches y autobuses abandonados con los depósitos vacíos... y de pronto una sensación dulce y cosquilleante le recorrió la columna vertebral, ya que esta dura decadencia hacía tiempo que no representaba para ella un final decepcionante, sino aquello que pronto ocuparía el lugar de este mundo ya maduro para el desastre; es decir, no suponía una conclusión, sino un punto de partida, la materia prima de un orden nuevo “que no se levantaría sobre la mentira, sino sobre la verdad implacable” y que no conocería nada más importante que “el fortalecimiento del cuerpo y la fuerza y la belleza del afán de acción”.

-Exacto, eso es. No podría decirlo mejor.

-Por supuesto, no eres Krasznahorkai.

-El plan es el siguiente: elegimos un barrio, o mejor una calle, para comenzar sin demasiadas aspiraciones, y las viviendas vacías las dioramizamos lo mejor que se pueda. Es un súper *refacing* porque, además de la apariencia exterior, debemos dar la impresión de vida. ¿Y cómo se hace eso? Muy sencillo,

instalamos un equipo que ilumine por unas horas durante la noche y produzca ruidos cotidianos como una secadora o una televisión, y colocamos figurantes humanoides como ya se hizo en el DioMall. Quizás puedan aprovecharse algunos que no quedaron destruidos.

-Lástima que Duane Hanson haya fallecido, era el artista ideal para este tema.

-Pensé en él, y lo que podría hacerse es copiar algunas de sus piezas. Por supuesto que necesitamos, como en los proyectos anteriores, la asistencia de personal capacitado para estos trabajos y ya estoy en eso. Nuestra labor será exclusivamente la supervisión. Una vez que hayamos concluido al menos una calle recibiremos el pago correspondiente por la construcción del modelo y podremos terminar con esta historia.

-Seremos libres.

-Pues sí, Samid, seremos libres.

-Y pensaremos en lo nuestro.

5.

Al día siguiente muy temprano salieron Dimas y Samid a recorrer calles y la conclusión fue la misma, el mejor vecindario para comenzar el plan era el suyo. Caminaron contando los apartamentos en los que se escuchaba algún ruido o se veía alguna indicación de estar habitados, y luego procedían a preguntar a los que encontraban por la calle. El resultado, en cifras gruesas, parecía indicar que apenas había diez por ciento de ocupación, incluido el edificio en que vivían. “Hace tiempo que vengo observando desde mi sillón la poca gente que pasa por aquí”, dijo Dimas, como si pensara en voz alta. Cuando Cosme supo sus hallazgos estuvo de acuerdo en que esa fuera la calle para comenzar la dioramización.

-Hay un problema, sin embargo, y es qué hacer con ese diez por ciento que permanece en sus viviendas.

-No tratemos de resolverlo todo a la vez. Por el momento, buscaré un cerrajero para ingresar en los apartamentos y ver el estado en que se encuentran.

-Habrá que tranquilizar a los vecinos, pueden pensar que es un saqueo.

-Eso está previsto, tengo todas las órdenes de ingreso que hagan falta.

-O que es un allanamiento.

-En el Reino de la Alegría no existen esas palabras, “saqueo”, “allanamiento”, nuestro ingreso es una visita con el propósito de confirmar el estado de bienestar de los habitantes.

En efecto, algunos vecinos, asustados al verlos romper las cerraduras de los apartamentos deshabitados, comentaban

inútilmente cosas como, “ese es de mi cuñado”, o “ahí vive gente de toda la vida”, o “dijeron que ya regresaban”. Otros, en cambio, azuzaban al cerrajero, “abra de una vez, esos tipos seguro guardan armas y joyas”, o “siempre me parecieron sospechosos”. Dimas acompañaba al cerrajero y hacía caso omiso de lo que escuchaba. “Ni se te ocurra discutir con nadie, tú enseñas la orden de ingreso y más nada, al que se ponga cómico le dices que vas a llamar a los Soldados de la Felicidad”, le había dicho Cosme. En realidad poca gente protestó y nadie se opuso por la fuerza. La revisión de las viviendas vacías fue pacífica y Dimas se limitó a anotar los muebles y objetos que contenían, así como el estado general de las habitaciones. Podían observarse signos de deterioro, de cuidados no llevados a cabo, de olor a moho por el tiempo de encierro, pero estaban bastante bien conservados, y pensó que eso facilitaría los trabajos de dioramización. Lo que hacía falta era darles una buena limpieza y Samid se ocuparía de eso.

Regresó por la tarde acompañado de un joven que hacía los croquis para rediseñar los espacios. Se llamaba Enzo y había sido estudiante de arquitectura.

-No es lo que yo esperaba, pero por los momentos el señor Cosme me paga este trabajo y con eso ayudo a mi familia.

-¿Tú eres feliz, Enzo?-le preguntó Dimas.

-¡Qué pregunta señor Dimas! Todo el mundo es muy feliz en el Reino de la Alegría.

-Claro, no me hagas caso, a veces se me ocurren preguntas tontas. Sigue con los dibujos, vamos a tratar de terminar este edificio hoy mismo.

-Usted, señor Dimas, ¿qué hacía antes?

-Antes, ¿de qué?

-Antes de ser feliz en el Reino de la Alegría.

-Siempre he hecho lo mismo, leer y reseñar.

-¡Qué bonito oficio! Yo tengo una hermana que quería estudiar Letras, ¿usted estudió Letras?

-Hace tiempo, sí,

El joven volvió a los croquis y Dimas pensó que por nada del mundo quería pensar en las aspiraciones del pasado. Y él, aunque ya no podía leer porque le habían quitado los libros, podía revisar sus viejas reseñas y recordar lo que había leído. No era exactamente una definición de felicidad pero tampoco de desgracia. Enzo le parecía un buen muchacho, honrado, conforme con su destino y además un excelente dibujante. Una vez terminado el edificio, ya bastante tarde, salieron a la calle. Al día siguiente les tocaba hacer el suyo. El edificio se llamaba Oasis, qué extraño nombre, nunca lo había pensado. Cuando se dirigía hacia su apartamento un hombre se le acercó.

-¡Lo encontré! Tengo días buscándolo.

Al principio Dimas no lo reconoció, pero al acercarse recordó al hombre del maletín.

-Capitán, ¿cómo le va?

-Pues no diré que bien pero podría ser peor. ¿Se acuerda del proyecto aquel del que le hablé cuando nos encontramos buscando hacernos unas fotografías? Logré el contrato y sobreviví un tiempito. Ahora vuelvo a una crujida, y por eso lo estaba buscando.

-¿Usted cree que lo puedo ayudar?

-Claro que sí, usted sabe que me gusta estar informado y tengo mis contactos, me dijeron que hay un proyecto que se llama DioHábitat y que usted y su esposa son los chivos del asunto. Conseguí su dirección y aquí estoy para ponerme a la orden. Yo soy bueno para muchas cosas, en el ejército se aprende de todo, aunque la gente no lo crea.

-No lo dudo, pero el asunto, capitán, es que ni mi esposa ni yo estamos reclutando personal, ni somos jefes de nada.

-¿Se va a poner con eso? Todo el mundo, bueno, todo el mundo no, pero la gente que me habló del DioHábitat sabe que ustedes están en el negocio. Yo lo único que le pido es que me dé algo que hacer y no se arrepentirá. Hay militares honestos y eficaces, se lo aseguro.

-Bueno, si sé de algo le aviso. Páseme su número de teléfono y le envío un mensaje.

-Pero que sea pronto, por favor. De verdad que estoy urgido y tengo familia.

Al llegar a su casa le comentó a Samid el encuentro con el hombre del maletín.

-Parece el título de una novela de espías. ¿Quién es ese tipo?, nunca me hablaste de él.

-Creía que lo había hecho, fue un día que estaba buscando Foto Benita, cuando estaba construyendo el museo de los lugares perdidos. Ahora me parece que hace mucho tiempo de eso, y en realidad solo han pasado unos meses.

-¿Y te parece que vale la pena contratarlo?

-No sé, tengo que preguntarle a Cosme. Sabe algo de electrónica y a lo mejor puede ayudar en la instalación del equipo reproductor de ruidos domésticos.

-Quién sabe quién es, de dónde ha salido y qué busca.

-Sale de la nada, como la primera vez que lo vi y me dijo que esto estaba prendido.

-Yo ya no me siento segura de nada, lo único que quiero es terminar con nuestra parte de este proyecto demencial y ser libres. Eso fue lo que nos prometió Cosme y lo va a cumplir. Y si no lo hace, lo cumpliremos nosotros por nuestra cuenta. No creas que yo lo único que hago es cocinar y limpiar apartamentos abandonados, también pienso, y pienso en lo nuestro más de lo que te imaginas.

-Por hoy creo que ha sido suficiente, estoy molido, y mañana a las 8 en punto viene Enzo, ya casi estamos terminando. Solo falta nuestro edificio.

Prendieron la tele un rato, pero no les interesaba nada de lo que veían.

-¿Sabes lo que me dijo Cosme? No sé cómo consiguió una botella de whisky y nos pusimos a tomar, entonces, de pronto me dice, este proyecto no es solo de unas calles o de unos barrios, es algo total, incluye escuelas, hospitales, aeropuertos, ciudades enteras. Es la dioramización de todo el reino, ¿comprendes?, de todo absolutamente. Y el propósito es que *todos* nos dediquemos por entero a su construcción. Mientras lo hacemos nada más podrá importar, nada más existirá, solo el DioHábitat. Es como un *superstage*, como si Cecil B. DeMille

estuviera recreando el mar Rojo, o Spielberg la galaxia, o Christopher Nolan la retirada de Dunkerque.

-Yo tengo una duda -dijo Samid- y es si Cosme de verdad cree que eso es posible o simplemente repite la consigna que recibió de los anillos superiores.

-Moriremos con esa duda.

-Por lo menos veo que tú también la tienes, eso me consuela.

Al día siguiente volvieron a recorrer la calle de arriba abajo. Querían estar seguros de que el censo que habían levantado era correcto y saber con precisión cuántos apartamentos estaban deshabitados. Cosme necesitaba cifras exactas para calcular los materiales y la cuadrilla de trabajo. Dimas le envió un mensaje preguntándole si le hacía falta alguien como el hombre del maletín y Cosme contestó que quizá, que lo contactara para hablar con él.

-No me explico para qué te metes a recomendar a un desconocido.

-Uno nunca sabe si puede ser útil, pero la verdad es que no tengo ninguna razón para hacerlo, estoy en un momento en que no encuentro ninguna razón para casi nada.

Por la tarde el censo estaba completo, de las seis cuadras de toda la calle quedaban solamente doce apartamentos habitados. Enzo había preparado los dibujos para la remodelación y en principio el trabajo no se veía demasiado complicado. Faltaba lo más importante, instalar el equipo que

produjera los sonidos de unas viviendas familiares vivas, algunas con niños, otras con jóvenes, una que otra con mascotas. Cosme escribió que el hombre del maletín le había parecido alguien en capacidad de hacerlo; tenía varios cursos de entrenamiento en comunicaciones en Estados Unidos, y si le proporcionaban los equipos podía instalarlos, grabar los audios, y conectar el sistema de encendido y apagado automático. Ejecutaría uno de prueba y si funcionaba quedaba contratado. Así las cosas, Dimas y Samid quedaron muy contentos. Faltaba poco para terminar su compromiso, salvo un punto pendiente, qué hacer con las viviendas que *sí* estaban habitadas.

-No veo el problema -decía Samid-, están habitadas y punto. ¿No es eso lo que se pretende, que toda la ciudad parezca habitada?

-No exactamente -dijo Cosme-, es más complicado que eso.

-Si te explicas...

-La dioramización debe ser total. No es un parche, es un concepto nuevo. Un concepto holístico.

-No me hagas reír, holístico a estas alturas, ¿de dónde han sacado esa pacotilla ideológica?

-Es el planteamiento de los anillos superiores, no puedo decirte más porque no sé más. Es un planteamiento y una exigencia.

-Volvemos al punto de partida de que no tenemos opciones.

-Punto de partida y punto de llegada, Samid.

-Vamos a poner un poco de sentido común a todo esto - sugirió Dimas. - Debemos dioramizar ochenta y ocho por ciento de las viviendas de esta calle. El plan está listo y la semana que viene se pone en marcha. Paralelamente tenemos doce por ciento de viviendas habitadas por las familias que residen en ellas, incluyendo nosotros. En mi criterio el planteamiento holístico se cumple perfectamente. Todo cien por ciento habitado.

-Un diorama sustituye la vida precaria por una vida perfecta, inmutable, igual a sí misma. ¿Qué edad tienen los tiburones del Museo de Historia Natural de Nueva York? La misma del primer día. ¿Pueden enfermarse? No. ¿Hay que alimentarlos? No.

-No puedo creer que estoy escuchando esto -Samid se levantó y dando un portazo se metió en su cuarto.

-Las mujeres, las mujeres, qué falta nos hacen a veces y otras cuánto nos sobran.

-Bueno, amigo, ha llegado el momento de que me digas la verdad. ¿Qué es lo que se va a hacer con las viviendas habitadas?

-Las viviendas habitadas -contestó Cosme después de una larga pausa- tienen que ser desocupadas.

-No voy a insistir en la irracionalidad de lo que me estás diciendo, solamente voy a hacerte dos preguntas, la primera, por qué; la segunda, cómo.

-La primera es difícil de responder, es más o menos lo que dije antes: el diorama crea una realidad perfecta, absoluta, que no puede degradarse por la infelicidad, puesto que no es un organismo vivo que pueda alterar su estado de ánimo. Si lo creas

feliz siempre lo será. En cambio los seres humanos se alteran constantemente, tienen demasiadas necesidades, y cuando no pueden cumplirlas se vuelven infelices.

-Entiendo lo que dices, aunque también creo que es lo más absurdo que he escuchado en mi vida. Lo interpreto a través del mito de la pirámide, ocupar a una sociedad entera en la construcción de la inmortalidad, mientras tanto esa sociedad muere, pero eso es solo una paradoja banal. ¿Voy bien, Kadaré?

-Exactamente, lo has expuesto mejor que yo. Siempre he pensado que de los dos tú eres el más inteligente.

-Ahora, la segunda pregunta. ¿Cómo?

-La segunda es muy fácil de responder. Para que las viviendas habitadas dejen de estarlo y puedan ser dioramizadas, la condición es que las personas que viven en ellas dejen de hacerlo.

-No has dicho cómo.

-Se van por las buenas o por las malas.

-Nosotros formamos parte de esas personas.

-Encontraremos una solución.

-Sacamos a los que quedan de sus casas mientras que nosotros tenemos una solución. Me tranquiliza que Samid no haya escuchado esto, sé que le produciría un malestar incontrolable.

-No he dicho que tenemos una solución sino que la encontraremos.

6.

Los Soldados de la Felicidad habían llegado muy temprano y la mayoría de la gente estaba todavía durmiendo. Dimas y Samid se despertaron con los gritos de los vecinos. Al abrir la puerta, delante de ellos estaba la señora del último piso, agarrándole la mano a una niña, mientras era empujada escaleras abajo. “Soy una persona mayor y estoy a cargo de mi nieta, sus padres se fueron hace tiempo. Tengan compasión”, decía. “No se preocupe, abuela, no le va a pasar nada, adonde la vamos a llevar va a estar muy bien atendida”.

Samid arrastró a la mujer por el brazo y la empujó hacia el interior. Uno de los soldados la apuntó con el arma.

-Mira, compatriota, por si no lo sabes nosotros somos los encargados de dioramizar este edificio, esta calle, y si podemos, este barrio, así que averigua bien antes de meterte en problemas.

El hombre retrocedió desconcertado. Dimas cerró la puerta diciéndole, “nosotros también somos Soldados de la Felicidad, que tengas un buen día”. La anciana los miraba agradecida, la niña lloraba sin parar.

-¿Ustedes saben lo que pasa con la gente que se llevan, sobre todo los viejos? Desaparecen.

- Tranquila, señora, no le va a pasar nada. ¿Se quiere tomar un cafecito? ¿Y tú, desayunaste? -le dijo a la niña.

Mientras Samid se ocupaba de ellas, Dimas llamó a Cosme. -¿Esto qué es exactamente? Están desalojando a los vecinos a patadas.

-Esa es la orden.

-¿Tú dónde estás? No pasaste la noche aquí.

-Ya voy para allá, llego enseguida. Tengo el precinto para que no entren en el apartamento.

-¡Ah claro! Encontramos la solución.

- No puedo seguir hablando.

La llamada se interrumpió y Dimas trató de buscarle conversación a la señora. Se dio cuenta de que no sabía su nombre, se habían encontrado algunas veces y era la misma que él y Cosme habían ayudado a salir del ascensor un día en que el apagón la dejó encerrada con la niña. Tantos años viviendo aquí y uno no sabe el nombre de los vecinos. Se presentaron, y ella de nuevo agradeció lo que habían hecho por ella.

-Yo lo que quiero es irme. Aquí no hay seguridad de nada, y no quiero pensar qué será de esta niña sola. Yo le digo que sus padres regresarán a buscarla, pero la verdad es que no he sabido nada de ellos.

-¿Y adónde se le ocurre que podría irse?

-Tengo familia en otra ciudad, la cosa es cómo viajar.

-A lo mejor le conseguimos alguien que las lleve -dijo Samid.

-Esperemos a Cosme -dijo Dimas-, a ver qué se puede hacer.

Al rato se escuchó el timbre. Era el vecino de enfrente con su esposa y el hijo. Samid reconoció a la mujer, habían coincidido en alguna reunión de condominio.

-Cuando vinieron no estábamos en casa. Ahora no sabemos qué hacer.

-Nosotros tampoco, hay que esperar el desarrollo de los acontecimientos.

-El único desarrollo que podemos esperar es que vengan otra vez -dijo el hombre.

Se escuchó la llave de la puerta y era Cosme.

-Ya puse el precinto, tranquilos.

-Así que usted es el tal Cosme -dijo el vecino.

-Me llamo Cosme, en efecto. ¿Qué se le ofrece?

La situación se enrarecía y Samid propuso que vieran un rato la televisión. Solo funcionaba un canal y pasaban reportajes de países en los que se cultivaba la producción de salmones. La niña se quedó mirándolo y preguntó si no pasaban *Frozen*.

-Ahorita eso es lo que hay -le dijo la abuela-, ponte a verlo, a lo mejor es interesante.

Tocaron de nuevo el timbre y entró una pareja con dos niños pequeños. No eran vecinos del edificio pero se habían enterado de que en el Oasis había un apartamento precintado. El rumor se había extendido en el vecindario y era imposible pararlo. Detrás de la pareja con los dos niños venía otra con tres, y ancianos, muchos ancianos. Pronto el apartamento estaba inundado por más personas de las que podía contener, y Dimas y Cosme intentaban frenar la invasión, pero se veían sobrepasados por la cantidad de gente y de objetos. Traían maletas, bolsos, carteras en las que guardaban sus recuerdos, dibujos de cuando los hijos eran pequeños, trofeos de campeonatos deportivos escolares, fotografías, recuerdos familiares; alguien vino con su perro. Samid logró que hicieran silencio y les habló con mucho carácter:

-Este apartamento tiene 72 metros cuadrados. Es fácil comprender que no cabemos tantas personas, en poco tiempo

faltarán el oxígeno, no hay facilidades sanitarias para todos, ni tampoco alimentos.

Alguien la interrumpió: -No crea que estamos aquí porque nos gusta, estamos aquí porque esta es la única vivienda precintada de la zona, y sabemos muy bien qué significa eso, quiere decir que los Soldados de la Felicidad no van a entrar. Este es el único lugar donde podemos estar a salvo al menos por un tiempo.

-Nosotros y nuestros recuerdos -siguió una mujer-. No somos tontos y estamos al tanto de la dioramización, de hecho la mayoría de nosotros trabajamos en eso. Y cuando dioramizamos todo lo que habla del pasado se borra.

-Por eso las primeras víctimas somos los viejos -dijo un anciano-. Nosotros guardamos la memoria y por eso nos desaparecen.

Poco a poco se fueron acomodando y llegaron al acuerdo de que por el momento no se recibiría a nadie más. Cosme les hizo señas a Dimas y a Samid, y encerrados en el baño se escribían con el teléfono: “Tenemos que irnos. Pronto.” “¿Cómo?” “En algún momento estarán cansados y tratarán de dormir. Entonces salimos”. “Hay que ser muy rápidos”. Esperaron a que se hiciera de noche y que el sueño los venciera. “Voy a apagar las luces”, dijo Dimas, y lo hizo sin que se dieran cuenta de que había pasado el interruptor general. “Deja una luz prendida”, dijo alguien. “No se puede, contestó Samid, no podemos gastar tanta electricidad”. “Tratemos de descansar”, gritó Cosme.

Salieron silenciosamente y una vez afuera encontraron al hombre del maletín apostado en la puerta del edificio.

-¿Qué hace aquí, capitán? -le preguntó Dimas.

- Los estaba esperando para ayudarlos.

- No necesitamos ayuda -le dijo Samid.

- Uno nunca sabe cuándo la necesita.

- Vamos a seguir, no discutan tonterías -dijo Cosme.

Caminaban en el silencio de las calles vacías.

-Aquí como que no han dioramizado muy bien -dijo Samid, pero nadie le contestó. Seguían calle abajo en la soledad del barrio abandonado.

-¿Tenemos alguna idea de adónde nos dirigimos? -preguntó Dimas.

Cosme le hizo un gesto para que se callara y señaló al hombre del maletín que caminaba unos metros delante de ellos. De pronto los sorprendió el ruido de unos camiones con los faros encendidos, los Soldados de la Felicidad se bajaban frente a un edificio más abajo. En la siguiente esquina esperaron un tiempo hasta que no se escucharan los camiones y al reanudar la marcha, Samid observó que el hombre del maletín había cambiado su posición y ahora los seguía desde atrás.

-¿Por qué no va adelante indicándonos la ruta? -le preguntó.

-Protejo la retaguardia.

Ya habían abandonado el barrio y recorrían calles menos conocidas para ellos. Experimentaban cierto cansancio, pero no era cuestión de detenerse, tenían que seguir hasta que llegaran a un sitio seguro. Confiaban en que Cosme tenía el precinto para

refugiarse en otra vivienda y continuaban caminando lo más rápido que podían. Al rato el silbido de unos disparos que provenían de una azotea, los obligó a protegerse contra la pared esperando que el francotirador se cansara. Cosme escribió en su teléfono, “sígueme, estamos cerca”. Hubo más descargas y en instantes se desplomó. El hombre del maletín huyó y un poco más adelante cayó también, víctima de alguien que lo ametralló desde una moto que salió de la nada y volvió a perderse en la oscuridad. Aterrados se acercaron al cuerpo de Cosme.

-Está muerto -constató Dimas-, vámonos.

-Espera un momento, a lo mejor respira.

-No tiene pulso, no hay nada que hacer -dijo Dimas, y registró los bolsillos del pantalón-. Aquí está el precinto, una llave y una dirección, tenemos que encontrar dónde está esa casa.

-Lo que dijo el hombre del maletín cuando lo conocí fue, “esto está prendido”.

-Ahora murió nuestro mejor amigo. Y por alguna razón nosotros seguimos vivos. Nunca sabremos la razón.

Continuaban la marcha temiendo nuevos disparos, pero solo los acompañaba el silencio. Se refugiaron en el interior de un taller mecánico que tenía la reja abierta y permanecieron despiertos hasta que comenzó a amanecer. Entonces, buscando la dirección que Dimas había anotado, entraron en un barrio de pequeñas casas, modestas viviendas obreras que sorprendentemente se conservaban en buen estado. Samid reconoció dónde estaban, allí vivía una amiga de su madre. Las casas estaban separadas por una avenida bien trazada, con árboles, y una pequeña plaza de tierra en la que quedaban los

restos de algunos columpios. Una de las casas tenía un letrero escrito con pintura, “Escuela Primaria”, el nombre estaba descolorido y solo quedaban algunas letras. No parecía que hubiesen llegado hasta allí los trabajos de dioramización. Después de varias vueltas al fin apareció la casa. Al tocar la puerta nadie contestó.

-Da lo mismo. Aquí no hay nadie. Estamos agotados, vamos a intentar entrar.

Abrió la puerta. El interior estaba oscuro, iban tanteando los muebles, quedaban algunos, pero estaban desvencijados. Acostados en el piso se quedaron dormidos. Al despertar estaban hambrientos, y comenzaron a explorar las habitaciones en busca de comida. La casa era bastante más grande de lo que les había parecido y no estaba deshabitada como habían creído.

-¿Ustedes son los amigos de Cosme? -dijo una voz. Era una mujer joven que llevaba un niño en brazos.- Soy Lili y él es Abel.

-¿Cómo sabe que somos amigos de Cosme?

-Él me dijo que a lo mejor venían.

-Cosme murió.

Lili parecía muy afectada.

-¿Lo mataron, verdad?

Samid contestó con un gesto.

-Yo sabía que eso iba a terminar pasando, se lo dije muchas veces.

-Nosotros somos Samid y Dimas, conocíamos a Cosme desde jóvenes pero nunca nos habló de ti.

-Él sí me hablo de ustedes, dijo que eran sus mejores amigos, y que si aparecían por aquí los protegiera.

Samid la miraba con curiosidad. ¿Por qué pudo pensar Cosme que aquella muchacha estaba en capacidad de proteger a nadie?

-Esta casa es de mis padres, y ellos eran muy amigos de los padres de Cosme. Vivían en este barrio. Cuando todo esto empezó vino a verme, yo casi no me acordaba de él, pero él se acordaba de mí. Se acordaba de todo, de la gente que vivía aquí, de mis padres.

-¿El niño es de él? -quiso saber Samid.

Lili se rió. -¿De Cosme? No, qué va. No éramos amigos de estar juntos, solo amigos de recuerdos.

Puso al niño en el piso y les preguntó si tenían hambre. - No es que tenga demasiada comida pero siempre encuentro algo. Podemos comer y luego, si quieren, damos una vuelta para que conozcan.

-Yo había estado antes aquí -dijo Samid-, vine una vez con mi mamá a visitar una amiga de ella.

-¿Y cómo se llamaba? Aquí todo el mundo se conocía.

Samid no recordaba el nombre de la amiga de su madre.

-Este era un barrio muy bueno -continuó Lili-, la gente era muy decente, ahora ustedes lo ven que está muy echado a perder, pero no era un barrio pobre, vivíamos bien. Mi papá trabajaba en la construcción y mi mamá cosía para encargos.

-¿Y tus padres, dónde están?

-Pues no lo sé, cuando vinieron a desalojar las casas por la dioramización los obligaron a irse. Quizás están muertos, mi mamá es una persona bastante enferma. Yo no estaba aquí en ese momento, sino en casa de una tía, y cuando regresé un

vecino me dijo lo que había pasado. Bueno, voy a preparar algo de comer, ya vuelvo.

-No puedo pensar que nos vamos a quedar aquí. -Samid hablaba para sí misma.

-Eso no importa, lo que importa es que estamos aquí y que nos va a dar algo de comida. Luego pensaremos mejor.

Lili hizo café y unas arepas, y volvió a preguntarles si querían salir a dar una vuelta. No había nadie en las calles, o no se veía a nadie. Quizá la gente estaba adentro, como Lili y Abel. Pasaron por lo que había sido un parque. La tierra estaba cubierta por montones de cadáveres de perros y los zamuros sobrevolaban el lugar.

-Eso fue cuando fusilaron a los perros -dijo la muchacha-.

-¿Por qué?

-Decían que los perros estaban enfermos. No sé si es verdad. Otros, que los habían matado para comérselos. También hay gatos muertos. Yo nunca he querido comer ni perros ni gatos.

Al volver a la casa estaban en un estado muy deplorable. La caminata por aquellas calles y la visión de los perros fusilados los había dejado exhaustos.

-Estoy cansada de esto. Dimas, yo quiero volver a la calle donde murió Cosme, quiero ver si está allí, quiero enterrarlo.

-No sabes lo que estás diciendo. Esa zona está rodeada por francotiradores.

-Dejamos su cuerpo tirado en el suelo.

-No podíamos hacer otra cosa, era irnos o seguir el mismo destino.

-Y ahora, ¿cuál es nuestro destino?

-¿Sabes qué?, vamos a regresar a casa.

-¿Estás seguro?

-Estoy seguro de que no podemos seguir dando vueltas sin llegar a ninguna parte, ni podemos quedarnos con Lili. Ahora que la vimos a la luz del día no me pareció tan joven. No sabemos nada de ella, ni de cómo consigue comida, ni de nada. Y es preferible no saber.

Lili estaba bañando a Abel para acostarlo a dormir una siesta cuando Dimas le dijo que se iban, que estaban muy agradecidos con ella, y que esperaban poder devolverle su ayuda cuando pudieran. No se mostró sorprendida, ni tampoco dio signos de que le agradara o desagradara que se fueran. Se despidieron para deshacer el camino andado. No estaban tan lejos como les había parecido. En menos de una hora se divisaban los perfiles conocidos de su barrio. “Es la próxima cuadra”, dijo Samid.

Siguieron por las calles sigilosas sin encontrar a nadie hasta llegar a su edificio. El ascensor estaba funcionando y al entrar comprobaron que los muebles y objetos estaban en desorden, pero al mismo tiempo no parecía faltar nada, salvo la comida. Los gabinetes de la cocina estaban completamente vacíos, pero tenían agua y electricidad, lo demás se resolvería después, y sobre todo su casa volvía a ser suya, la gente que la ocupaba había desaparecido. Estaban muy cansados pero sentían la extrema necesidad de volver a poner todo en orden, de limpiar los pisos y los baños que estaban inmundos. Al terminar estaban exhaustos y necesitaron acostarse a descansar un rato. Alguien

tocó a la puerta. Permanecieron inmóviles y en silencio, el sonido del timbre continuaba. Luego se escuchó una voz infantil que decía, “señor Dimas, ábrame por favor”. Se sentían desconcertados y paralizados, sin atreverse a nada. La voz continuaba, “soy yo, Rona, la nieta de la señora del último piso. Yo los conozco”.

Samid abrió la puerta y la niña estaba allí. Algo sucia y descuidada, pero parecía en buen estado de salud.

-Los hombres se llevaron a mi abuela y a todos los demás, yo me escondí en un clóset.

Samid la hizo entrar y cerró la puerta. -Puedes quedarte con nosotros. Lo único es que no tenemos nada para comer.

-En mi casa hay comida, mi abuela siempre compraba toda la que podía.

En el apartamento de Rona había efectivamente un buen abastecimiento de granos, pastas y enlatados que les duraría hasta que apareciera otra solución. Rona metió algo de ropa en su morral escolar y regresaron con ella al apartamento. Samid extendió las sabanas en el sofá cama que había usado Cosme y, sin que hubiera sospechado que lo haría, abrazó a la niña.

-¿Cuánto tiempo me puedo quedar con ustedes? Es que no sé cuándo regresará mi abuela.

-Te puedes quedar todo lo que haga falta. Estamos contentos de tenerte -le dijo Dimas.

-¿Y puedo ver la tele?

-Claro, ¿la quieres ver ahora?

Rona dijo que sí y se acostó en la cama de Dimas y Samid.
-Luego podemos traer la de mi abuela y así no los molesto.

Los días transcurrían sin alteraciones, nadie volvió a presentarse en el edificio, al parecer todo avanzaba según lo previsto y el barrio había sido declarado dioramizado. Dimas encontró un expendio clandestino de alimentos al que llegaban de vez en cuando algunos víveres, y consiguió un acuerdo con el propietario. Tenía dos hijos que apenas sabían leer, y se ofreció a ir unas horas por las tardes, de lunes a viernes, para mejorarles la lectura y tratar de que al menos escribieran algunas letras. No parecían haber pisado una escuela. La aritmética, sin embargo, la manejaban bien, acostumbrados a llevar las cuentas de los productos vendidos. De ese modo, todos los lunes regresaba al apartamento con la comida de la semana, y aunque era casi siempre la misma, Samid lograba preparar diferentes platos. Rona la ayudaba y luego hacía las tareas que le ponía Samid.

Dimas volvió a sus reseñas, la computadora había desaparecido pero las hojas impresas seguían en el archivador. Mirar la biblioteca desnuda le producía un sentimiento de desolación, pensó que podía hacer unas tarjetas con el título de los libros que recordaba, que eran casi todos, y colocarlas en cada repisa, pero desistió. Era una tarea demasiado inútil. Encontró la reseña de una vieja novela que había leído hacía mucho tiempo, cuando comenzó a trabajar en el Instituto Nacional de la Reseña. Era de una joven escritora española que había ganado un premio muy importante. El título era *Nada* y le pareció muy sugerente. Le leyó a Samid.

Hasta entonces me había sido fácil dar la espalda a lo que quedaba detrás, pensar en emprender una vida nueva a cada instante. Y aquel día yo había sentido como un presentimiento de otros horizontes. Algo de la ansiedad terrible que a veces me coge en la estación al oír el silbido del tren que arranca o cuando paseo por el puerto y me viene en una bocanada el olor a barco.

-¿Será eso lo que me pasaba, esto que dice Laforet? ¿Un presentimiento de nuevos horizontes?

-La diferencia es que, por lo que veo, en la ciudad donde ella vivía había estaciones y puertos.

-¿Sería eso lo que yo buscaba -insistió Dimas - cuando escuchaba la sirena del barco?

-¡Cómo saberlo!

-¿Te das cuenta, Samid, de la cantidad de personas que empezaron con nosotros esta historia y ya no están? Roque, Cosme, Raskolnikov, el hombre del maletín, Augusto Rei, Damián, Emira, Darío; David, el chico del quiosco de películas; el cronista de Lídice, Zoe, la propietaria de Especiales; el dueño de la cafetería en la esquina de la librería, el dueño de la librería, la señora que limpiaba en el cine Korda...

-Y mi socia del negocio que Cosme decía que era la renovación del concepto de comida a domicilio...

Se quedaron en silencio. Rona dijo que había terminado las tareas y quería ver un rato la tele.

-¿Siempre vamos a estar aquí? Yo los quiero mucho pero estoy aburrida y me hace falta mi abuela.

-Tenemos que resistir -le contestó Samid- pero no sabemos hasta cuándo.

-Hasta el final -concluyó Dimas.

-¿Y cuándo es el final? -preguntó la niña.

-El final es cuando ocurre.

LIBROS CITADOS

Bandi (seudónimo). *La acusación. Cuentos prohibidos de Corea del Norte*. Barcelona: Libros del Asteroide, 2017. Traducción de Héctor Bofill y Hye Young Yu. pp: 101, 146.

Bohumil Hrabal. *Una soledad demasiado ruidosa*. Barcelona: Destino. Traducción de Monika Zgustová. pp: 21, 101-102.

Ismail Kadaré. *La pirámide*. Madrid: Alianza Editorial, 2012. Traducción de Ramón Sánchez Lizarralde. pp: 17-18.

Imre Kertész. *Liquidación*. Bogotá: Alfaguara, 2004. Traducción de Adan Kovacsics. pp. 147-148.

Ivan Klíma. *Amor y basura*. Barcelona: Acantilado, 2007. p: 146. Traducción de Judit Romeu Labayen. p: 146.

Laszlo Krasznahorkai. *Tango satánico*. Barcelona: Acantilado, 2017. Traducción de Adan Kovacsics. pp: 65-67.

Laszlo Krasznahorkai. “Circunstancias extraordinarias” en *Melancolía de la resistencia*. Barcelona: Acantilado, 2018 Traducción de Adan Kovacsics. (edición digital).

Carmen Laforet. *Nada*. Barcelona: Destino, 1960. p: 219.

Sándor Marai. *¡Tierra, Tierra!* Barcelona: Salamandra, 2006. Traducción de Judit Xantus Szarvas. p: 14.

Yolanda Pantin. “Insight” (fragmento) en *Bellas ficciones*. Caracas: Eclepsidra, 2016. p: 69.

Ana Teresa Torres. *Nocturama*. Caracas: Alfa, 2006. pp: 21, 53,34,74,75, 79.

EL REINO DE LA ALEGRÍA

EL MUSEO DE LOS LUGARES PERDIDOS

EL DIORAMA COLOSAL

LIBROS CITADOS